

La Esfera

1928

2

1 FEB. 1929



«Alsaciana» cuadro de Jules Adler

PRENSA GRAFICA, S. A.

Editora de "Mundo Gráfico", "Nuevo Mundo" y "La Esfera"
HERMOSILLA, 57.-MADRID ♦ PRECIOS DE SUSCRIPCION (Pago anticipado)

Mundo Gráfico

(APARECE TODOS LOS MIÉRCOLES)

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas:	Ptas.
Un año.....	15
Seis meses.....	8
América, Filipinas y Portugal:	
Un año.....	18
Seis meses.....	10
Franca y Alemania:	
Un año.....	24
Seis meses.....	13
Para los demás Países:	
Un año.....	32
Seis meses.....	18

Nuevo Mundo

(APARECE TODOS LOS VIERNES)

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas:	Ptas.
Un año.....	25
Seis meses.....	15
América, Filipinas y Portugal:	
Un año.....	28
Seis meses.....	16
Franca y Alemania:	
Un año.....	40
Seis meses.....	25
Para los demás Países:	
Un año.....	50
Seis meses.....	30

La Esfera

(APARECE TODOS LOS SÁBADOS)

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas:	Ptas.
Un año.....	50
Seis meses.....	30
América, Filipinas y Portugal:	
Un año.....	55
Seis meses.....	35
Franca y Alemania:	
Un año.....	70
Seis meses.....	40
Para los demás Países:	
Un año.....	85
Seis meses.....	45

NOTA

La tarifa especial para Francia y Alemania es aplicable también para los Países siguientes:
Argelia, Marruecos (zona francesa), Austria, Etiopía, Costa de Marfil, Mauritania, Níger, Reunión, Senegal, Sudán, Grecia, Letonia, Luxemburgo, Persia, Polonia, Colonias Portuguesas, Rumania, Terranova, Yugoslavia, Checoslovaquia, Túnez y Rusia.

AVISO IMPORTANTE

Para Escuelas, Ayuntamientos, Diputaciones, Casinos, Sociedades, Oficinas del Estado, etc., etc.

Magnífico retrato en huecograbado de S. M. el Rey Don Alfonso XIII, tirada especial, y reproducción del publicado en el número 1.791 de NUEVO MUNDO.

Se halla de venta en la Administración de PRENSA GRAFICA, Hermosilla, 57, Madrid, al precio de 50 céntimos ejemplar, franco de porte.

MAQUINARIA

DE UNA

FABRICA DE HARINAS

SISTEMA MODERNO
Y COMPLETAMENTE NUEVA

SE VENDE

Dirigirse á D. José Briales Ron
Puerta del Mar, 13 MÁLAGA

Obra nueva del Dr. Roso de Luna

LA ESFINGE.— Quiénes somos, de dónde venimos y adónde vamos.— Un tomo en 4.º Precio, 7 pesetas.

El elogio de esta notable obra de las 30 ya publicadas por este polígrafo, está hecho con sólo reproducir su índice, á saber:

Prefacio.—El Edipo humano, eterno peregrino.— Los epícticos de Hiparco y los «ciclos» religiosos.— Las hipótesis.—Kaos-Theos-Cosmos.—Complejidad de la humana psiquis.— Más sobre los siete principios humanos.— El cuerpo mental.— El cuerpo causal.— La supervivencia.— La muerte y el más allá de la muerte.— Realidades «post mortem»: la Huestia-Arcana-coelestia.

De venta en casa del autor (calle del Buen Suceso, número 18 dupl.º) y en las principales librerías.

ROLDÁN

Camisería

Encajes

Equipos para novias

Ropa blanca

Canastillas

Bordados

FUENCARRAL, 85

Teléfono 13.443

MADRID

Teléfonos de Prensa Gráfica

REDACCIÓN

ADMINISTRACIÓN:

50.009 51.017

"PUBLICITAS"

Administración de la publicidad de
PRENSA GRAFICA

Avenida Conde Peñalver, 13.—MADRID

CONSERVAS TREVIANO

LOGROÑO

ESCUELA BERLITZ Arenal, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán é italiano
CLASES GENERALES E INDIVIDUALES * TRADUCCIONES

FOTOGRAFÍA

ALFONSO

Fuencarral, 6 - MADRID

AVISO

A todos los señores abonados á **LA ESFERA** que con motivo del verano se ausenten de Madrid, les serviremos los ejemplares correspondientes—sin aumento alguno de precio—al punto donde se trasladen, bastando para ello con que nos indiquen la dirección á que hemos de consignar los envíos

La Esfera

AÑO XV.—NÚM. 757

MADRID, 7 JULIO 1928

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

Director: FRANCISCO VERDUGO



EL GENERAL OBREGON

Patricio invicto, que ha sido elegido Presidente de la República de Méjico, y de cuya actuación presidencial puede esperarse el resurgimiento nacional más completo

M

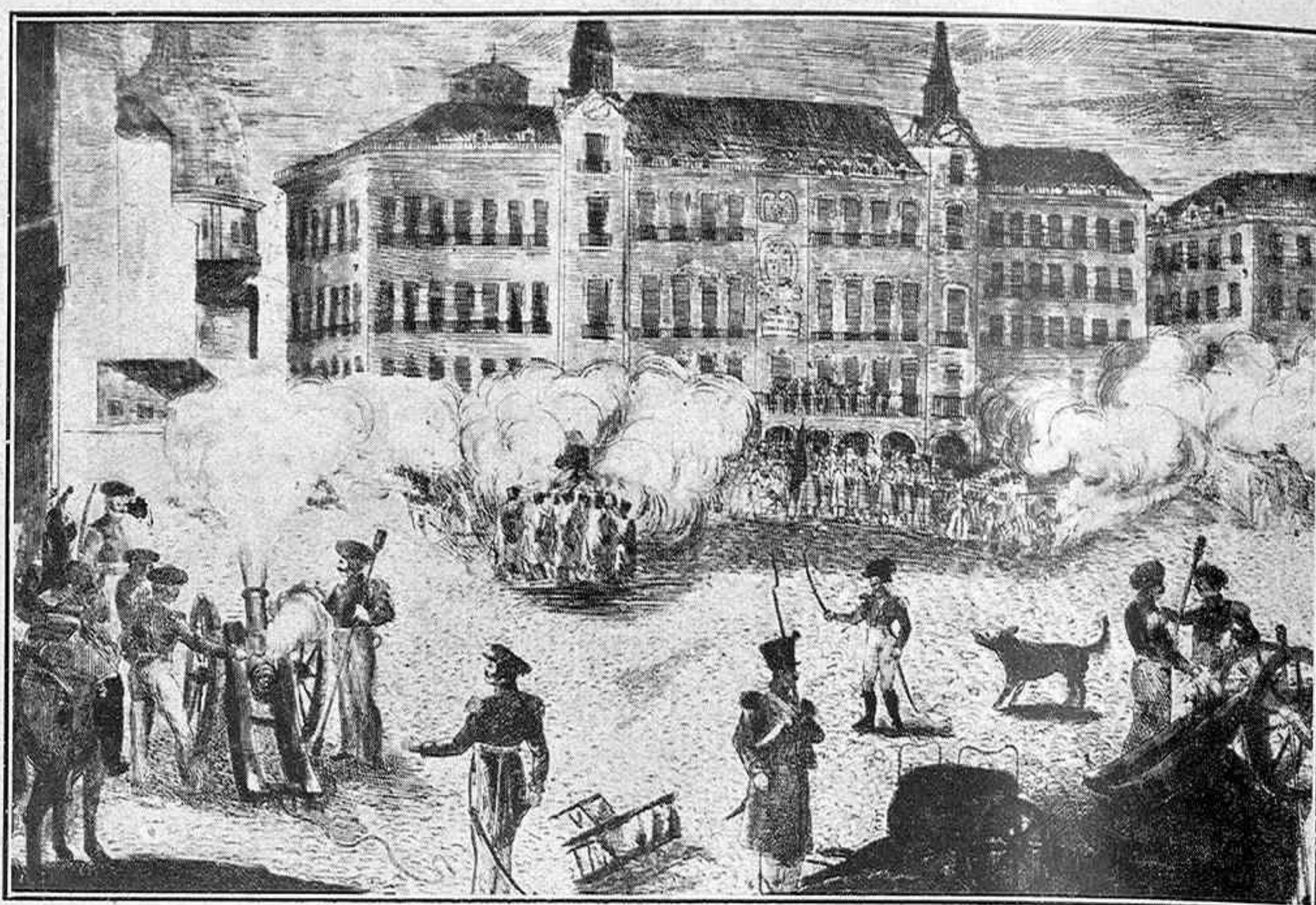
ESTAMPAS ROMÁNTICAS DEL 7 DE JULIO

ESTOS acontecimientos constitucionales están llenos de síntesis. Parécense á las bellas estampas, grabadas en madera, de aquella romántica época. Traza sencilla y aguda. Gracioso desdibujo popular. Ingenua iluminación en colores también ingenuos: rojo, azul, amarillo... Y á veces un verde que hacía rutilar destellos de justas esperanzas.

1820. El «Deseado» juró, al fin, la Constitución. ¡Con cuánta prestancia pasean los liberales las calles de la Corte! Han triunfado, aunque no en toda la línea. Pero ellos se imaginan plenos triunfadores. Se canta «el trágala» en todas partes. Don Rafael del Riego tiene gestos arrogantes: desde un palco dirige, durante una regia función, á los inverecundos «liberalotes», qué á voz en cuello entonan el consabido «trágala». Y hay un hombre ensotado, el clérigo de Tamajón, que desliza, suntuoso y servil, palabras venenosas para la mente del Monarca: «¡Si fuerais Rey absoluto!...»

Aparece la estampa dramática, borrosa y equívoca, del 1821. Tiene desdibujos de impremeditación. Tiene recios toques de aguafuerte. El agro castellano es vivero de partidas absolutistas. Si en los campos medra el absolutismo, en las ciudades reina la fiebre amarilla. Los carbonarios se mueven en la sombra con actividad y arrojo. Llevan nombres pomposos: «Los Caballeros de Iberia», «Los Numantinos»... Y la peste continúa entretanto su marcha triunfal. Se han cerrado las fábricas y talleres. El pueblo padece hambre, y los «robacapas» aguardan en las esquinas. Un francés, Jorge Bessieres, nos trae á Barcelona una república que dura tres días. Otros dos galos, Uxón y Cugnet de Montarlot, halagan los oídos de los avanzados zaragozanos con la promesa de otra república que no llega...

El cura de Tamajón ha sido preso. Los liberales esperan verle cómo se retuerce con el cuello acariciado por el cáñamo. Los absolutistas sueñan con su libertad. El cáñamo ha encarecido, y la libertad no se halla en estos tiempos de 1821. Los jueces condenan á ocho años de prisión al cura Matías Vinuesa. Alguien ha dicho á los absolutistas: Las puertas de la cárcel no son inviolables... Y al siguiente día la «Mariblanca» ve cómo las calles del Arenal, Carretas y la Montera son surtidores de hombres que hacia ella se dirigen. Reconócense unos á otros por señas y signos secretos. Uno llega de Pontejeos llevando un



Memorable día 7 de Julio de 1822 en Madrid, en la madrugada de dicho día.—Vista del ataque dado en la Plaza de la Constitución por los batallones de Guardias, y la valerosa defensa por la Milicia Nacional, Cuerpo de Artillería, Guarnición y Patriotas de esta Corte, batiendo á los perjuros, que se presentaron en los tres puntos de las calles Amargura, Boteros y callejón del Infierno

gran martillo. A sus órdenes marchan todos á la cárcel de la Corona. A golpes de martillo cae la puerta, que no era inviolable, y á golpes de martillo termina la vida del cura de Tamajón, D. Matías Vinuesa. Los absolutistas les llaman en adelante «dos asesinos del martillo». Y ellos hablan con fervor del martillo justiciero.

Lleno de odios y pasiones asoma la cara este año de 1822. Es su estampa dura, brava. El buril ha trazado sobre la madera líneas vigorosas y seguras. ¡Es el año del 7 de Julio! Las fuerzas absolutistas y las liberales han ido engrosando. Los primeros son mayores en número. Los «leales» son más fuertes porque defienden lo que han jurado. Unos quieren recoger la sangre de Vinuesa. Los otros quieren terminar el cisma de una vez. Ambas fuerzas se contemplan. Saborean, de antemano, la violencia del choque. Sueñan, nostálgicos, con el batir monocorde de los tambores, el tableteo de la fusilería y el trueno cruento del cañón.

Las Cortes cierran su segundo período. La Guardia Real está inflamada de absolutismo. Al llegar el Rey á Palacio, un grupo, situado en el cerrillo fronterero, lanza un viva sonoro á la

Constitución. La Guardia Real arremete furiosa contra los lenguaraces. El teniente Landáburu trata de refrenar á sus subordinados. Dos tiros de fusil penetran en su pecho por la espalda. Y aun el bravo «leal», cuando ya su boca se llena de sangre, tiene tiempo de gritar: ¡Viva la Constitución!

La indisciplina cunde rápida entre los guardias. El general Morillo, conde de Cartagena, es requerido á la rebelión. Pero este hombre, todo ecuanimidad, niégase á ser traidor, y trata de calmar sus alborotados caletres. ¡Todo en balde! La noche del 1 de Julio los guardias reales se sublevan. La plaza de la Armería tiene lúgubre aspecto á las llamaradas de las hogueras de los batallones absolutistas que allí acamparon. Los otros cuatro batallones marcharon á El Pardo para caer sobre Madrid en el momento más propicio. Deste lado está D. Luis Fernández de Córdoba. Destotro los generales Alava y Ballesteros. El conde de Cartagena, siempre comedido, aun trata de unir á los dos bandos.

¡Milicianos nacionales de Madrid! ¡Batallón sagrado de voluntarios constitucionales! Dos nombres llenos de romanticismo. Los milicianos



Soldados de Infantería de la Milicia Nacional de Madrid (Según un grabado de la época)



CARICATURA DEL REY
Hecha hacia 1822



Oficial de la Guardia Real
(Según un grabado de la época)



Horroroso asesinato de D. Matías Vinuesa, cura que fué de Tamajón, arcediano de la Santa Iglesia Catedral de Tarazona y capellán de honor de S. M. A las dos de la tarde del día 4 de Mayo de 1821 se reunió en la Puerta del Sol una turba de cincuenta á sesenta asesinos, que se dirigió á la Cárcel de la Corona gritando: «Viva el Rey constitucional y muera Vinuesa.» La Milicia Nacional local que cubría aquel puesto se encerró en el edificio é hizo fuego al aire á la llegada de los amotinados, los cuales rompieron las puertas y, apoderándose de la llave de la prisión de Vinuesa, subieron á ella y le hallaron de rodillas con un pequeño cuadro de la Virgen en las manos implorando la piedad de sus enemigos. El sargento de la Guardia dicen que intercedió por la víctima, pero sin duda pérfidamente, porque uno de los asesinos le descargó un martillazo en la cabeza que le hizo caer en tierra expirando; otro le hendió el pecho con un sable y otro le disparó dos pistoletazos. Consumado así este horroroso crimen, los monstruos empaparon sus pañuelos en la sangre del inocente y salieron por las calles haciendo alarde de su cobarde triunfo

guardan la Casa Panadería, donde luce la lápida de la Constitución. El Consejo está reunido en sesión constante. Asimismo la Diputación permanente de Cortes. De allí sale aquella conminación al «Deseado» que terminaba así: «... y os aconsejamos, señor, que vengáis con vuestros ministros á las filas leales, ó que os declaréis cautivo, y nosotros sabremos libertaros.»

Dos hombres cumbres de aquel momento se miran de hito en hito: el general Riego y el general Morillo.

—Espero, señor conde, que iréis á El Pardo y batiréis á los rebeldes...

—No haré tal.

—Lo haré yo.

—Y vos ¿quién sois?

—El diputado Rafael del Riego.

—Entonces id á la Cámara. Aquí nada tenéis que hacer.

—Yo defenderé siempre la Constitución y la libertad.

—Y yo procuraré no derramar sangre de mis hermanos.

—Es que peligrá la Constitución.

—Aquí está mi espada para defenderla... cuando alguien ataque. Ni soy traidor ni fraticida.

Todo es bullicio en Palacio la noche del 6 de Julio. Nadie piensa en dormir. En todas las habitaciones, iluminadas por las llorosas velas, hay corrillos de palatinos que discuten acalorados. Por los rincones, azafatas y palafreneros se dicen al oído: «Esta noche vienen...»

Sigilosos, callados, los rebeldes se deslizan por el Portillo del conde Duque, enfilando la calle Ancha. Al llegar á la calle de la Luna, dos de los cuatro batallones acampan. Quiéren caer, en amaneciendo, sobre el Batallón Sagrado, que tiene su puesto en la Plazuela de Santo Domingo. Los otros dos marchan hacia la Puerta del Sol para batir á los Milicianos, que guardan la Plaza de la Constitución. Pero quiere su suerte que al llegar á la esquina de las calles de Silva y de la Luna les sorprenda un pelotón del Batallón Sagrado, al mando del veterano D. Agustín Miró. Suena un ¡quién vive! Se oyen disparos. Un absolutista muerto. Un prisionero: el te-

niente de guardias D. Luis Mon. El golpe ha fracasado.

¡Alarma! ¡Alarma! La voz cunde rápida por Madrid. Los rebeldes, descubiertos, inician un ataque desesperado. Intentan en vano apoderarse de la Plaza de la Constitución. Las calles de Postas y de la Amargura se cubren pronto de muertos y heridos. A los primeros albores del amanecer sólo se oyen lamentos y alaridos de rabia acompañados á intervalos por las descargas. Los rebeldes llevan la peor parte. No lograron pisar la Plaza de la Constitución. La voz recia del brigadier Pa area domina el estruendo. ¡Viva

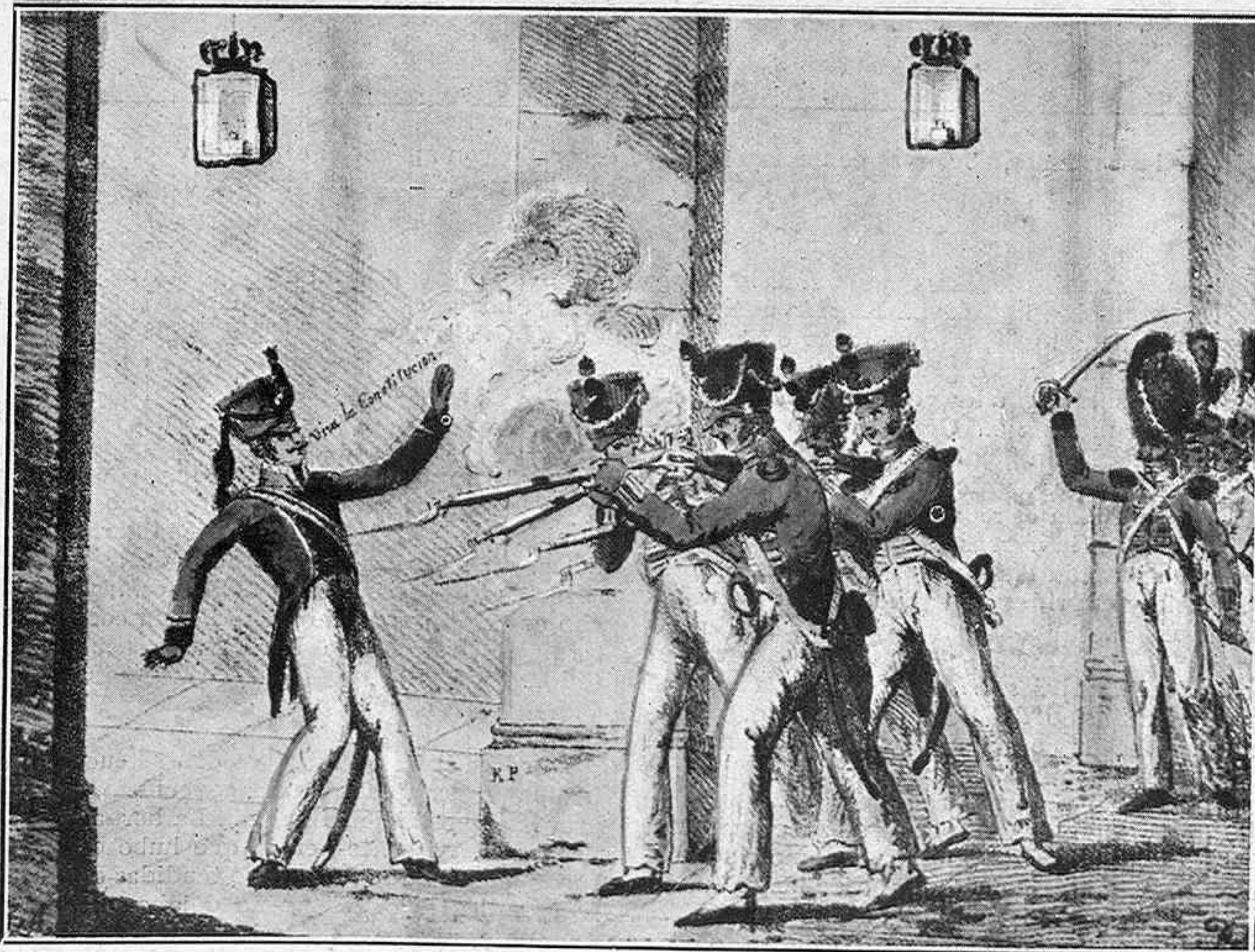
la Constitución! Este breve grito basta para enardecer á los heroicos milicianos. Entrada la mañana, llega el general Ballesteros. Fuegos de artillería obligan á replegarse á los absolutistas. Siempre al mando de Fernández de Córdoba inician la retirada, calle Mayor abajo. Van buscando refuerzos á Palacio. Pero el conde de Cartagena cumplió su palabra. Con el Batallón Sagrado batió á los que acampaban en la Plaza de la Armería. Y ya vencidos, los absolutistas emprenden la fuga en este día 7 de Julio, que se prometían tan feliz.

El conde de Cartagena y el general Ballesteros parlamentan con D. Fernando. El Rey muéstrase triste, por la sangre vertida. Llorra por sus Guardias y también por los leales. Ballesteros le comunica los acuerdos de la Junta de Estado, Provincia y Municipio: Si se rinden, si confiesan su error, se les perdonará. Habla enérgico: «...Caso de no rendirse, las bayonetas de los libres los perseguirán hasta la Real Cámara si preciso fuera...»

La característica más firme del romanticismo es la generosidad. El romántico coloca siempre su corazón sobre la cabeza. Al siguiente día de la batalla, los milicianos llevan blancas señeras de paz en la punta de sus bayonetas. Abrazan en las calles á los maltrechos guardias. ¡Piedad para los vencidos! En la Plaza Mayor, humeante aún la sangre, se alza un altar. El obispo de la diócesis oficia por la memoria y perdón de las víctimas, sean rebeldes ó leales.

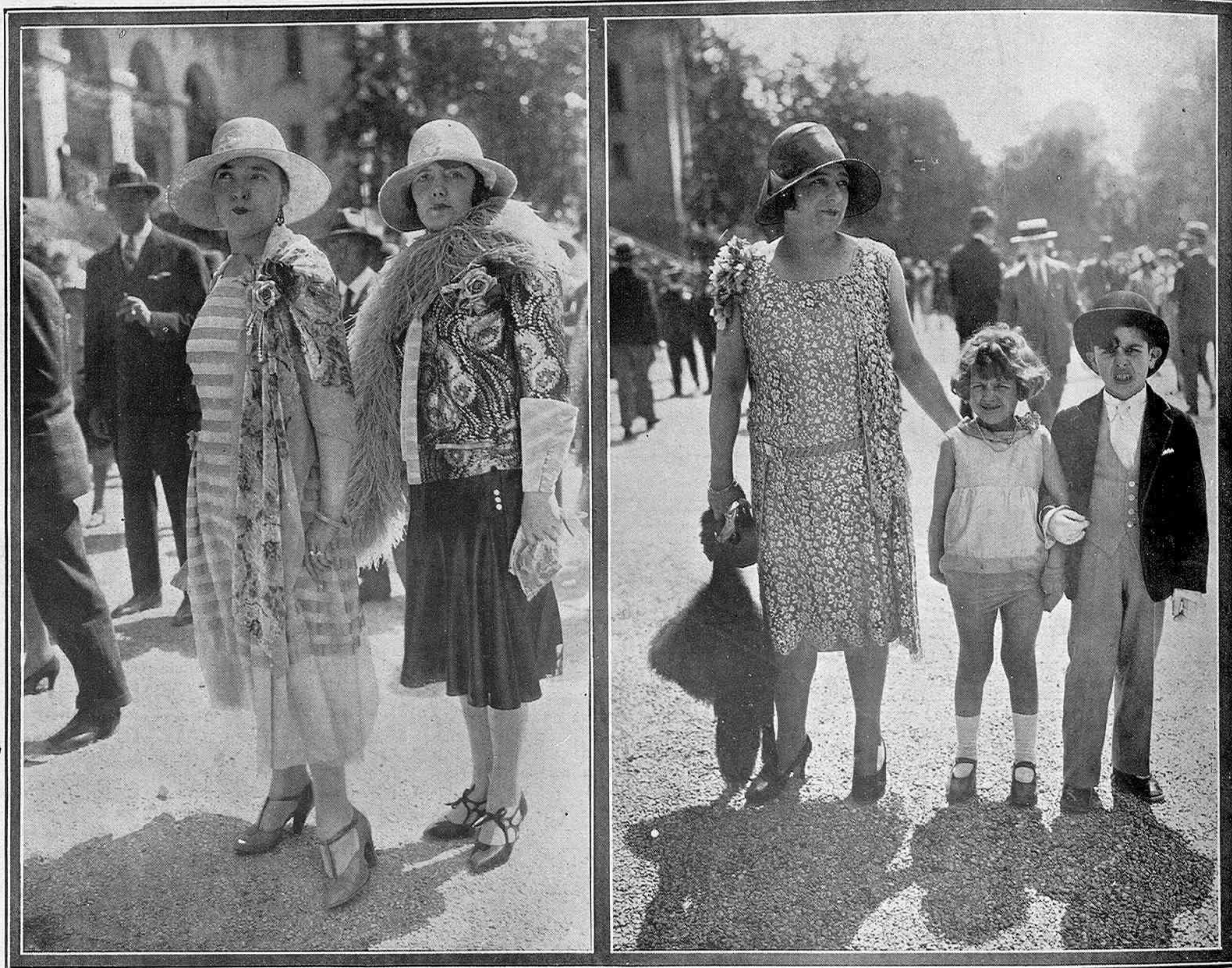
Estos gestos románticos tienen para nosotros el fino encanto de los antañones grabados en madera. Gracioso desdibujo popular. Ingenua iluminación en colores primarios. Es algo muy bello y muy sencillo que pasó para dejar plaza que ocupan las modernas consecuciones y las futuras promesas.

ANTONIO SOTO



Horroroso asesinato cometido en el Real Palacio de Madrid por los Guardias Españolas en el digno patriota D. Mamerto Landáburu, en la tarde del día 30 de Junio de 1822 (Fots. Díaz Casariego)

EL «GRAND PRIX» DE LONGCHAMP



Chales bordados, «boleros» de terciopelo negro decorado con aplicaciones, y un niño, vestido de hombrecito, con americana de terciopelo negro, chaleco y pantalón gris perla y «hong» negro...

GRAN Premio de Longchamp... Cumbre y término de la *season*... La más alta esperanza de los ilusos que creen en la mala quimera de la fortuna ganada con el juego, y confían su suerte, y á las veces su vida, á un caballo y á un *jockey*... Gran Premio de Longchamp... Feria sin igual de la vanidad, y lucha suprema entre los artífices de la moda... No asistir á esa jornada es redimirse, es liberarse, para los galeotes de la «Apuesta», nave fatal... No asistir á esa jornada es, para los mundanos, el desprestigio y el primer paso hacia el «no ser» sha-kespeariano...

Los más viejos *sportsmen*, los que vieron al ocaño romántico del Segundo Imperio, no recuerdan haber contemplado jamás, en ningún hipódromo, una multitud semejante á la que asistió á este «Grand Prix» de 1928...

El torrente humano formó remanso, primero; fué torbellino después; desbordó como riada sobre la *pelouse* y sobre el campo de las tribunas; subió, como ola inmensa de un mar enfurecido, al asalto de las gradas; fué vórtice en torno á las casillas de las apuestas, y fué clamor de trueno al paso de los caballos lanzados á la conquista de los setecientos setenta y cinco mil francos...

Entre esos caballos había uno favorito, el inglés *Flamingo*, y un desconocido, el francés *Cri de Guerre*... Triunfó el desconocido... Y los más imprudentes jugadores ganaron, por una vez, la partida...

En el campo de carreras, á lo largo de la pista, entre las masas compactas del público y á proximidad de las tribunas, algunos millares de policías, de guardias municipales, de agentes de seguridad, de guardias republicanos...; y de trecho en trecho una ambulancia y un coche celular... El Prefecto de París había pensado en todo...

Durante las carreras, una competencia entre las maniqués y las «figuras conocidas», para lograr la imposible exhibición... La horda mundana y concupiscente—en la que hubo doce personas que salieron del campo tendidas en sus correspondientes camillas—no dejaba espacio, ni horizonte, ni aire... Dicen los técnicos y los cronistas de la Moda que se vieron, entre las mujeres, muchos vestidos de gasa estampada; mucho color intenso, de preferencia rojo y azul; muchos

encajes; muchos cuadritos; muchos lunares; muchas flores; muchas tortugas de oro, consteladas de brillantes y evocadoras de la tortuga fetiche y viva que acompañó á miss Gayatri en su *raid* hípico hacia el Mediterráneo, y que le dió la victoria... Y entre los hombres, la resurrección de las levitas, de las «regatas», de los sombreros de copa gris perla... Alguien vió, quizá, todo eso; pero la inmensa mayoría de los concurrentes no vimos nada... Sólo vimos—y esto en París se ve todos los días y casi en todas partes—á un chino que ostentaba su traje nacional, al maharadjah de Kapurtala con su regia esposa, al radjah de Pudukota, al Inglés Deportivo, al Americano Multimillonario, al Nuevo Rico de cualquier país y al Nuevo Pobre parisiense...

A la salida, de nuevo en la riada espantosa, otra vez baño turco de sudor y masaje angustioso de empujones... Y á la puerta, sobre la carretera, en la fila interminable de automóviles, algunos «40 C. V.» que aguardan, con todo el equipaje veraniego á bordo, á los extremistas del *chic*, que parten directamente á Deauville, para no permanecer un minuto más, ni hacerse ver por nadie, en la capital, *une fois la Saison finie*...



Muchas gasas estampadas y muchas «crêpes» decoradas con dibujos de grandes flores; muchos vestidos de elegancia sobria, contrastando con las extravagancias del año pasado...



La llegada de «Cri de Guerre», en la carrera del «Grand Prix»
(Fotografías obtenidas antes de la entrada del público)

Las fiestas de San Fermín, en Pamplona



La Plaza Mayor de Pamplona

FIESTAS de San Fermín! ¡Alegría de Navarra! Su programa actual, en que sólo lo taumático perdura, es el programa de todas las ferias y fiestas provincianas. Nada queda de aquellos típicos sanfermines de hace cincuenta años, típicos, únicos, incomparables, en que Navarra entera vibraba en la gran plaza pamploonesa, como en las calles y callejas de la ciudad, en una constante sinfonía que hacía exclamar al maestro Arrieta, al que vivió de mozo la campiña romana, en que hasta el más humilde cantar es música deleitosa y en que todo canta:

—Pero ¿han visto ustedes un pueblo que más suene?

Navarra no tenía aún á Ochoa, el perpetuo perseguidor del «cinturón de Madrid»; pero toda la música española era entonces navarra, y eran navarros los artistas que sobreponían en todo el mundo el pendón artístico español y al llegar Julio, cruzaban la frontera para no faltar á la cita en la *Fonda de Europa* y hacer allí su cura de patria, única medicina para la nostalgia sentida entre triunfos y aclamaciones en los más grandes hoteles de las más apartadas naciones.

Sarasate y Gayarre, dos nombres que quizá no dicen mucho á la mocedad actual, pero formidablemente evocadores para los viejos ya; dos hombres á quienes ningún halago de la fortuna, siempre propicia para ellos, hizo olvidar el hogar ni la patria chica. Aun perdura, perpetuamente alentadora y selectiva, la huella de aquel amor en el Premio Sarasate, que ahora mismo acaba de otorgar una vez más el Conservatorio de Madrid, que hace, además, á los que conquistan el alto galardón legado por el artista, el gran honor de permitirles que toquen en uno de los violines de Sarasate, que conserva. Así hubiera perdurado en el «Instituto Gayarre» si la muerte no hubiese hecho imposible aquel anhelo del gran cantor.

Gayarre y Sarasate eran el núcleo en torno del cual se reunían en aquella fonda pamploonesa los más gloriosos músicos navarros. Arrieta, que di-

rigía el Conservatorio y había dado en *Marina*, con toda su juvenil inspiración, muchos años antes, una joya imperecedera; Dámaso a a a, el último romántico entre los profesores del Conservatorio, que, canosa ya la arcaica melena que usó hasta el final de su vida, aun siguió usando el pantalón á lo húsar, el calzado de tacón alto y las levitas ceñidas de los admiradores de Víctor Hugo. Guelbenzu, pianista también, pero clásico, que había resucitado con Monasterio, Mirecki y Manolito Pérez la música de cámara en aquellas memorables sesiones de la Sociedad de Cuartetos, tan íntimas y tan aristocráticamente artísticas.

Chapí, que no era navarro, fué también algunas veces, la primera, quizás en 1882, recién llegado de su pensión en Roma, cuando la tinta de su *Roger de Flor* estaba aún fresca, para

oir su *Fantasia Morisca*, otro envío de Roma obra de mocedad también pero tan hecha y definitiva ya. que cuando Arrieta, maestro y padrino del neófito, la dirigió, durante uno de aquellos sanfermines en Pamplona á la Sociedad de Conciertos, sonó muy bien en aquellos programas selectísimos...

Aquel mismo año rodeaban á Gayarre sus parientes, prendas de su alma, capitaneados por el abuelo, aquel famoso tío Mariano, que cuando hablaban en su presencia de grandes cantantes, solía decir:

—¡Como el de casa, ninguno!

Y, sin embargo, cuando oyó cantar por primera vez á su hijo en el Real, contestó porque le preguntaron:

—¿Qué le ha gustado más de la función?

—Aquellas señoritas vestidas de corto que bailaban. ¡Caracoles, qué pantorrillas!

Y socarrón siempre, cuando una señora contertulia en las «palcos por asientos» le dijo una vez:

—¡Ay, D. Mariano, si fuese usted capaz de hacer otro como ese!

Contestó:

—¡Ay, señora, esas cosas no se repiten!

Gayarre aquellos días solía decir á sus íntimos: —¡No creo volver á pasar nunca horas más felices que estas que estoy pasando!

Y precisamente en aquellas horas flotaba sobre él la desventura; pocos meses después, la muerte del abuelo le llenaba de dolor. Tenía razón el literato francés: las vidas felices, como los días, tienen siempre su final melancólico.



JULIAN GAYARRE

Pero en Pamplona, en aquellos sanfermines, no era posible la melancolía, y menos para músicos de raza como los reunidos en la *Fonda de Europa*. A todas horas había música: en la catedral ó en San Fermín por la mañana y á la hora de visperas; conciertos por la tarde y por la noche en teatros y paseos; y á última hora, ya de



El puente de San Pedro, en Pamplona

madrugada, serenatas á los huéspedes músicos, que eran como llevar agua al mar; pero que los hacía felices por músicos y por navarros.

El «Orfeón Pamplonés», que no faltaba nunca á recibir en la estación á su antiguo tenor Julián, estaba en servicio permanente, y los toros eran algo importante, porque no sólo de música vive el hombre; pero no lo eran todo. Además, hasta los toros habían de ser navarros, para que San Fermín quedase satisfecho.

Sarasate, con su conversación amena y chispeante, siempre dentro de la más absoluta corrección, contaba graciosamente aquellas recepciones tan cordiales é íntimas en la estación:

«Allí todos son amigos; todo es conocido; son siempre las mismas caras, las mismas personas: Pedro..., Juan..., Fermín...; sólo hay un desconocido: un señor con levita, cruzada por una banda, y sombrero de copa, que le tiende á uno la mano y le dice palabras solemnes de bienvenida. Es el gobernador—dice alguien—; el segundo que hemos tenido este año. ¡En Pamplona no cambia más que el gobernador.»

Sarasate no era sólo navarro, como Gayarre, Arrieta, Zabalza y Guelbenza; era pamplonés, y no dejó de serlo ni un solo instante en su vida.

En 1897 regaló á la villa las joyas que le habían ofrecido los monarcas de los más grandes pueblos: Napoleón II, la Reina Victoria; al morir, le regaló el strádivarius que él solía tocar, el de 1724, que le regaló siendo aún un niño, cuando por la primera vez vino á Madrid y tocó ante los reyes en Aranzazu, Isabel II; cuadros y muebles que forman ahora el Museo Sarasate, en que los forasteros que van á San Fermín pueden aún recordar que Navarra produjo algo más que hombres forzados capaces de vencer en luchas atléticas.

Por cierto que no recuerdo haber visto en el Museo aquel violín amuleto que Sarasate llevaba siempre en el bolsillo del chaleco, miniatura del violín de Paganini, que para tal fin había

hecho trabajosa, pero admirablemente Otto Schuneman, después de hacer, por encargo de Sarasate mismo, otros dos de mayor tamaño (unos 12 centímetros), que el gran violinista regaló una al maestro Arrieta y otra á la pianista, su acompañante, Berta Mars de Golhsdmit.

Berta y su marido, Otto Golhsdmit, el amigo, consejero, representante y acompañante también de Pablo, fueron con él muchas veces huéspedes de Pamplona, y era lógico que lo fueran. Otto fué tan íntimo de Sarasate, que sin dejar de ser artista también, parecía su prolongación administrativa.

Ismael Sánchez Esteban contó hace años en *Nuevo Mundo* cómo se conocieron y cómo intimaron aquellos dos hombres, todo simpatía, que tan admirablemente habían de entenderse. Fué,



PABLO SARASATE

allá por el año 77, con ocasión de un concierto que Sarasate dió en una ciudad alemana. Otto Golhsdmit había conseguido, con mucho trabajo, un billete; pero al ir á entrar una señora le suplicó que se le cediera; él podría encontrar otro más fácilmente que ella, que no podía dirigirse á todo el que llegara. Otto fué galante; pero no oyó á Sarasate; nadie quiso venderle la entrada necesaria.

Al día siguiente, en un vagón de ferrocarril, vió un compañero de viaje joven, moreno, con grandes melenas y que llevaba cuidadosamente una caja de violín.

—¿Es usted Sarasate?—le preguntó en español.

—Servidor de usted.

Hablaron; simpatizaron; Sarasate le invitó á oírle en Wierbaden, y allí se anudó aún más su amistad: Sarasate ganaba entonces 500 francos por concierto. Un director de orquesta quiso contratarle, y como el músico navarro no hablaba el alemán, Otto sirvió de intérprete:

—¿Cuánto ganará usted si toca mi amigo?

—4.000 francos.

—¿Y sino toca?

—No podré dar el concierto.

—Entonces para que toque tendrá usted que darle 2.000.

—Convenido.

Después de aquel buen éxito, Otto convenció á Sarasate de que debía ser empresario de sí mismo. Sarasate convenció á Otto de que fuera su representante, y desde aquel día hasta el de la muerte de Pablo, en casa de los Golhsdmit, en la *Villa Navarra*, de Biarritz, no se separaron. Otto era navarro por simpatía y casi por adopción.

Las fiestas de San Fermín no son ahora aquellas fiestas. Añorarlas ¿será achaque de viejo, para quien cualquiera tiempo pasado fué mejor?

D. T.

LABOR DE VERDADERO MÉDICO

Un discurso académico que es una obra social

EN lo que pudiéramos denominar estrambote de su discurso de ingreso en la Real Academia de Medicina, dice el doctor Sánchez Covisa:

«Voy á terminar. Al hacerlo, siento la satisfacción de haber realizado en este momento culminante de mi vida profesional un acto de piedad y de amor al enfermo...»

La Academia debió sentirse satisfecha, y el doctor Tello, que contestó al discurso de Sánchez Covisa, debió tal vez hacer constar que esa labor era fundamentalmente de médico.

Antes de que se hiciera cu si decir que la Medicina era también un sacerdocio, toda la obra profesional de los doctores estaba impregnada por esos dos sentimientos, que la daban un alto tono emotivo: la piedad y el amor al enfermo, sin los cuales no se concibe al verdadero médico. Desgraciadamente, cuando dejamos de escribir esa frase comenzaron muchos á pensar que el sacerdote debe vivir del altar, y que la Medicina es sólo una industria más. Afortunadamente, aun quedan médicos, como los Sánchez Covisa, á la moda antigua en cuanto á sentimientos, por mi y á la moda moderna que estén en cuanto á inteligencia y cultura.

El doctor Sánchez Covisa estudia en su discurso el problema social de la lepra, la enfermedad terrible; aun más terrible en el espíritu temeroso de las gentes que en la materia de los propios enfermos, que ya el siglo XVIII creyó definitivamente extinguida, y aun perdura y amenaza, como si no fuese curable, y aun probablemente extinguido, cuando termina el primer tercio del XX.

Sánchez Covisa bu c la evolución de ella en el concepto social de los tiempos bíblicos, y encuentra en el libro del *Levítico* el procedimiento para diagnosticar la enfermedad que entonces llamaban así, y que, según él, no era la verdadera lepra.

Dice así: «Y habló Jehová á Moisés y á Aarón, diciendo: Cuando el hombre tuviere en la piel de su carne hinchazón ó postilla ó manchas blancas y hubiere en la piel como llaga de lepra, será traído á Aarón el sacerdote ó á uno de los sacerdotes sus hijos.

Y el sacerdote mirará la llaga en la piel de la carne; si el pelo en la llaga se ha vuelto blanco y pareciese la llaga más hundida que la tez de la carne, llaga de lepra es, y el sacerdote le reconocerá y le dará por inmundo.

Y si en la piel de su carne hubiere mancha blanca, pero no pareciese más honda que la tez, ni su pelo se hubiera vuelto blanco, entonces el sacerdote encerrará al llagado por siete días.

Y al séptimo día el sacerdote lo mirará; y si la llaga, á su parecer, se hubiera estancado, el

cilla en un vaso de barro sobre aguas [vivas. Después tomará el avecilla viva y el palo de cedro y la grana y el hisopo, y lo mojará con el avecilla viva en la sangre de la avecilla muerta sobre las aguas vivas.

Y rociará siete veces sobre el que se purifica de la lepra, y le dará por limpio; y soltará el avecilla viva sobre la haz del campo.

Y el que se purifica lavará sus vestidos y raerá todos sus pelos, y se ha de lavar con agua, y será limpio; y después entrará en el real y morará fuera de su tienda siete días.

Y será que al séptimo día raerá todos sus pelos, su cabeza, su barba y las cejas de sus ojos; finalmente raerá todo su pelo y lavará sus vestidos y lavará su carne en aguas y será limpio.»

Después, examinando el estado del concepto de la lepra en la Edad Media, escribe el académico:

«Es interesante el ceremonial con que se declaraba leproso á un enfermo y se procedía á la secuestración.

Véase la curiosa descripción que del mismo hace el abate Lefebvre: «Cuando un individuo era declarado leproso, el oficial diocesano pronunciaba el decreto, y la sentencia era publicada en la iglesia parroquial. El domingo siguiente, el cura, revestido y precedido de la cruz, iba á la puerta de la iglesia donde debía encontrarse el leproso, vestido con un hábito negro; le echaba agua bendita, y después de asignarle un sitio separado en la iglesia, celebraba la misa del Espíritu Santo. Después de la misa, el leproso era conducido provisionalmente á la caba-

ña cons ruída para él en la leprosería vecina; sobre el techo de esta cabaña se arrojaba un poco de tierra del cementerio, pronunciando estas solemnes é impresionantes palabras: *Sis mortus mundo, vivas iterum Deo*. El presbítero recitaba la letanía y le hacía las prohibiciones siguientes:

No entrarás en iglesia, molinos, hornos ó mercados ni donde existan reuniones del pueblo.

No lavarás tus manos ni cosa ninguna que sea de tu uso en fuentes, ríos ni manantiales que sirvan al público.

No irás descalzo fuera de la casa, ni sin hábito leproso (vestido negro y velo sobre la boca) y sin carraca, á fin de ser reconocido por todos.

No tocarás ninguna cosa que quieras comprar más que con una vara ó con un bastón.

No responderás en los caminos á quienes te interroguen, si no están al abrigo del viento, por miedo de infectarlos.



DOCTOR DON JOSE SANCHEZ COVISA

Ilustre médico, de la mejor estirpe, tan hombre de corazón como hombre de ciencia

sacerdote le volverá á encerrar por otros siete días.

Y al séptimo día el sacerdote le reconocerá de nuevo, y si parece haberse obscurecido y que no ha cundido en la piel, entonces el sacerdote lo dará por limpio: era postilla; lavará sus vestidos y será limpio.

Mas si hubiere ido creciendo la postilla en la piel, el sacerdote lo dará por inmundo, pues es lepra.»

En el capítulo 14—dice Covisa comentando aún el *Levítico*—describe las ceremonias y sacrificios para la purificación de la lepra:

«El sacerdote saldrá afuera del real y viendo que está sana la plaga de la lepra del leproso.

El sacerdote mandará luego que se tomen, para el que se purifica, dos avecillas vivas, limpias, y palo de cedro y grana é hisopo.

Y mandará el sacerdote matar la una ave-

No pasarás por caminos estrechos, para evitar contagios peligrosos.

No tocarás los niños pequeños, ni les harás ninguna cosa, ni á cualquiera otra persona.»

Sólo el Cid, según cuenta su leyenda en el Romancero y en las *Mocedades del Cid*, de Guillén de Castro, se sobrepone al horror medieval, recoge á un leproso, comparte con él mesa y lecho y besa sus carnes...

Pero el Cid y su leyenda yacen enterrados y sin sucesión piadosa desde mucho antes que Costa pidiera doble llave para el sepulcro; en 1928 Covisa escribe:

«Y frente á ese problema social importante, para luchar contra esa enfermedad que angustia el ánimo de los no profesionales, y aun de muchos que lo son, se pone en práctica el mismo remedio que la *Biblia* indica, los mismos medios que los antiguos utilizaban, idénticas medidas que se tomaban en la Edad Media el aislamiento y la reclusión de los leprosos.»

Y contra esa injusticia cruel y en gran parte, si no totalmente inútil, los enfermos, los míseros leprosos, sólo oponen la resignación. «Varios años—dice Covisa—he dirigido el pabellón de leprosos de San Juan de Dios. Durante ellos he podido convencerme del fondo de bondad y resignación amable que caracteriza á estos pobres enfermos.»

Luego cuenta un caso típico:

«Un pobre enfermo, ya largo tiempo internado en el Hospital, bondadoso y humilde, como todos, resignado á su fatal dolencia, sintió bruscamente despertar en su alma el amor á los suyos y á su tierra. Sufrió la turbación del espíritu, el anhelo obsesionante, la angustia indefinible que corresponde á ese complejo proceso que los gallegos designan con el nombre de *morriña*.

Solicitó permiso para ir á su casa, y su petición fué acompañada de tanta tristeza, expresaba un deseo tan imperioso, que no tuvimos va-

lor para impedir su realización y ahondar la profundidad de su desgracia.

El enfermo salió del Hospital alegre, esperanzado y ansioso de cariño familiar.

A los pocos días, no más de diez, encontramos al enfermo en nuestra diaria visita.

La impresión de decaimiento, de profunda tristeza que el aspecto del pobre lazarinero demostraba, quedó plenamente justificada con la relación tristísima que de su viaje nos hizo.

Para llegar á su pueblo, después de dejar la línea férrea, tenía que atravesar otras dos pequeñas villas; en las dos, noticiosos de su llegada, habían establecido una vigilancia permanente. Cuando apareció nuestro viajero, no le deja-

ron atravesar la población, sino que le hicieron rodear las afueras de ambas aldeas para llegar á la suya.

En ella fué también acompañado por un vigilante, que no le permitió detenerse y entrar en otro sitio que no fuera su casa. Es verdad que no tuvieron la crueldad de impedir su llegada; pero al entrar le esperaba el más grande de los dolores. Su propia mujer y sus hijas, aterradas ante el peligro, sobrecogidas de un espanto muy superior al cariño familiar, rechazaron sus caricias y se negaron á convivir con él.

Este horror que la presencia y, sobre todo, el contacto de los leprosos produce ha sido propio de todas las edades, hasta el punto de que se consideraba el máximo sacrificio recoger y atender al enfermo de lepra, cuidar sus heridas y compartir su lecho, sacrificio sólo reservado á los que, por esta hazaña, la leyenda coloca en los altares en olor de santidad.»

Tanto horror y tanta amargura son completamente inútiles; el doctor Sánchez Covisa traza un programa completo, infinitamente más humano, piadoso y lleno de amor al enfermo, para

una lucha útil contra la lepra, tan distinta de la perdurante lucha, junto menos que estéril, contra el leproso:

«Los enfermos de lepra—dice—se dividirán en tres categorías:

1.^a Leprosos *incipientes*.

2.^a Leprosos esterilizados bacteriológicamente con lesiones cerradas, ó *no peligrosos*.

3.^a Enfermos *peligrosos*, con lesiones abiertas, que eliminan bacilos por sus secreciones y por sus heridas.»

Y, finalmente, formula esta especie de decálogo redentor:

«En resumen, las medidas que proponemos para luchar con acierto contra la lepra son las siguientes:

1.^a Instrucción médica dermatológica más completa.

2.^a Creación de un Cuerpo de médicos leprologos, encargados de hacer la estadística verídica de la lepra, de tratar ó dirigir el tratamiento de los leprosos que vivan en sus domicilios, de vigilar á las personas que los rodeen, de dirigir las colonias regionales y de desempeñar los cargos del Instituto Leprológico Central.

3.^a Prohibición de entrar en el país á los leprosos extranjeros.

4.^a Denuncia obligatoria de la lepra.

5.^a Tratamiento obligatorio.

6.^a Autorización para tratarse en su domicilio á los enfermos no peligrosos.

7.^a Reclusión forzosa de los casos peligrosos.

8.^a Prohibición del matrimonio entre leprosos y entre leprosos y personas sanas.

9.^a Creación de colonias leproserías regionales.

10. Creación de un Instituto de Enseñanza Leprológica.»

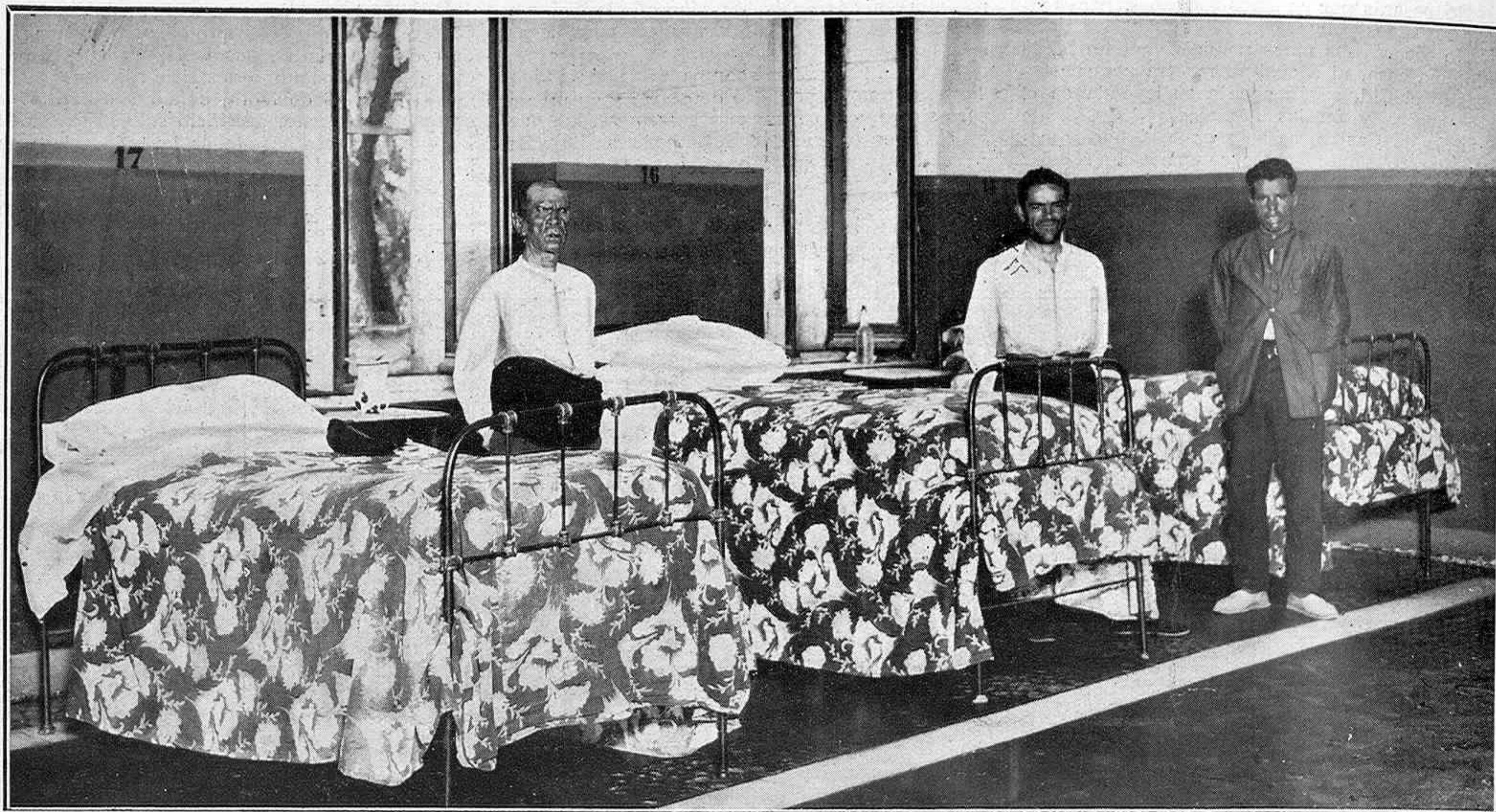
Para la Academia, el discurso de Pepe Sánchez Covisa debiera ser algo más que el discurso formulario, ritual; debiera ser la iniciación de una campaña. Para nosotros es, y por eso hacemos su síntesis, algo que no puede quedar sumido en las solemnidades académicas, que no trascienden como obra social; algo merecedor de toda resonancia, para que despierte intensa la acción y la piedad de todos.



«Santa Isabel de Hungría curando á los leprosos», por Murillo. (Cuadro existente en el Museo del Prado)

Y este infeliz retrocedió lo andado, volvió á tomar el ferrocarril y se presentó en el Hospital, á guarecerse en el único sitio donde, á falta de cariños familiares, que se le negaban, encontraba alivio para sus sufrimientos y consuelo para su desesperación. Véase cómo aquella triste condición del leproso en la Edad Media ha continuado hasta nuestros días.

La leyenda inmortal de nuestro romancero persiste, para desdicha de los pobres enfermos; y la palabra lepra no expresa una enfermedad infecciosa de manifestaciones cutáneas y nerviosas, sino un motivo de oprobio, un estigma de vergüenza, que pone espanto en el ánimo del que lo escucha.



Una sala del Pabellón de Leprosos en el Hospital de San Juan de Dios

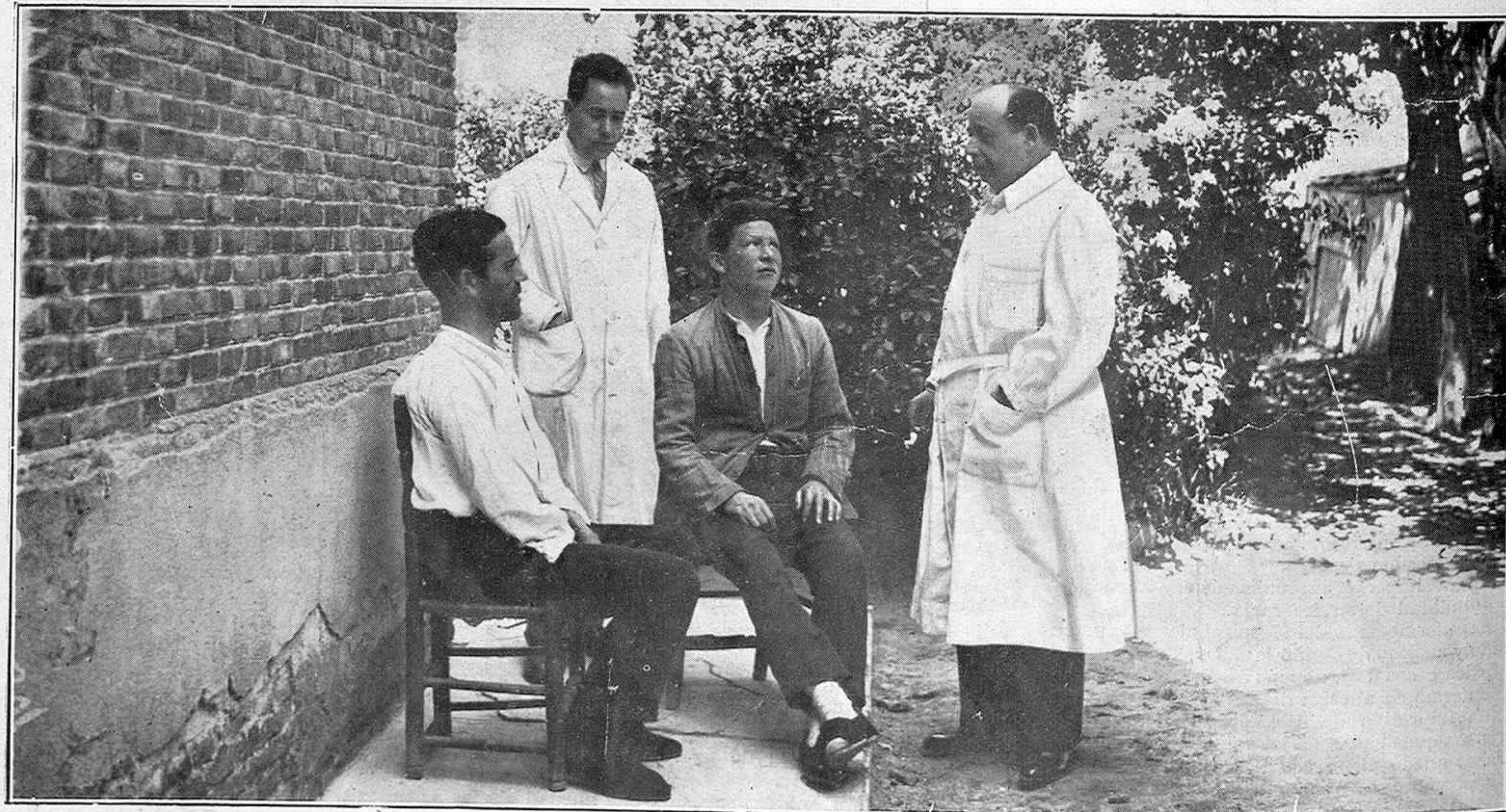
Ha pasado el tiempo en que la lepra podía ser meramente un motivo literario, y está, además, plenamente demostrada la ineficacia de esa literatura para hacer á las gentes piadosas y caritativas con el prójimo. Antes podría pensarse que fué el horror inspirado por los leprosos lo que esa literatura, que Covisa resume y concreta también en su bello discurso, hizo cundir. La piedad, pues, hay que imponerla, y, para que la imposi-

ción pueda tener eficacia, es necesario combatir la ignorancia vulgar.

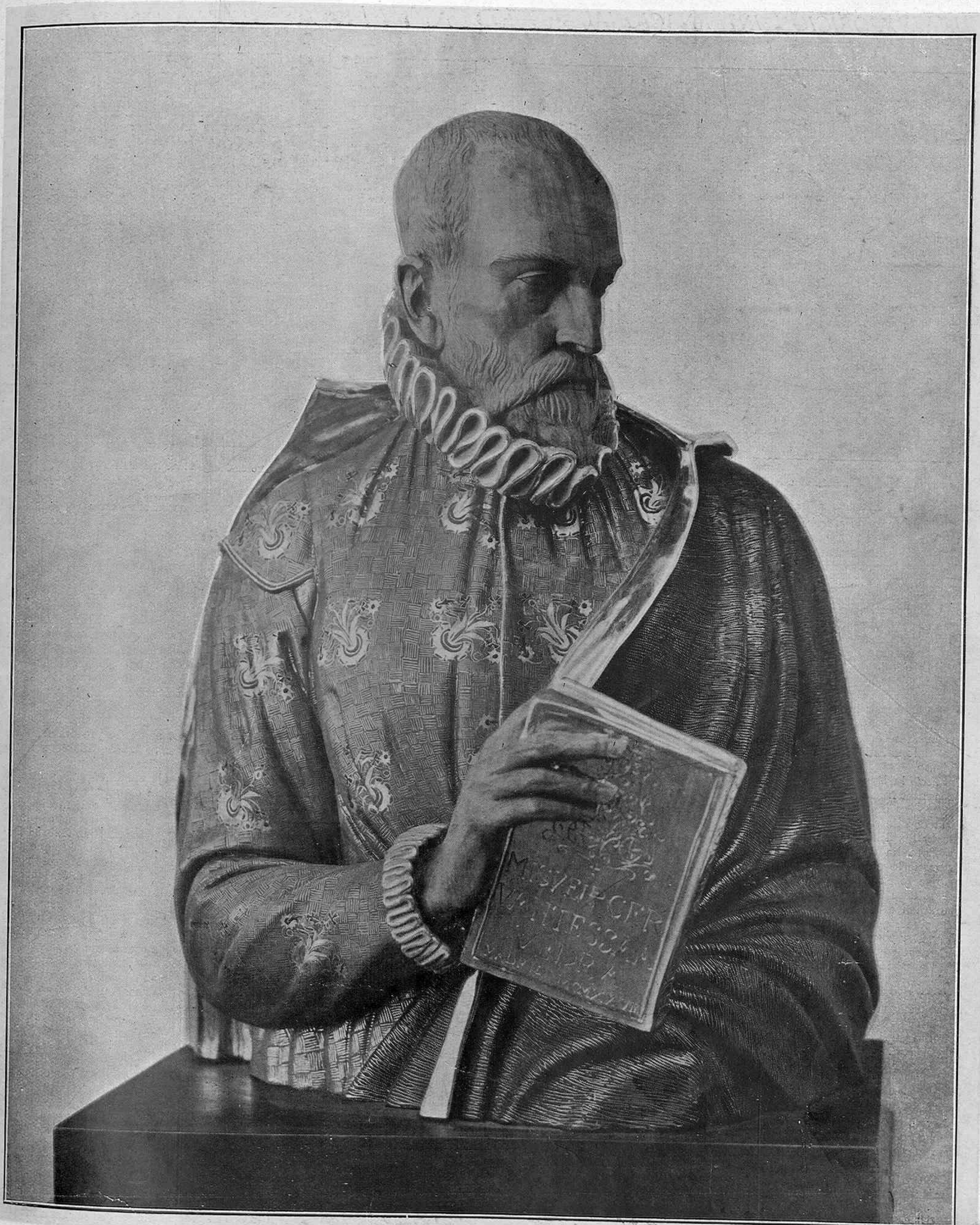
El aislamiento de los leprosos, como el de todos los que padecen enfermedades contagiables, puede ser eficaz; pero ni es imprescindible sino en los casos que el Dr. Covisa señala, ni en ningún caso puede convertirse en el confinamiento cruel que nos vuelve á los tiempos bíblicos.

Por eso el discurso del nuevo académico nos

parece tan importante, y por eso creemos que debe, además, ser trascendente, y á que lo sea van encaminadas estas líneas, sin otro fin que el de ayudar al doctor Covisa á despertar la conciencia pública sobre un problema de piedad que, como tantos otros, parece de piedad y es de justicia. La redención de los locos fué obra del siglo XVIII y principios del XIX. ¿Será necesario que concluya el XX para que sean reducidos los leprosos?



El doctor Covisa hablando con dos enfermos del Pabellón de Leprosos
(Fots. Díaz Casariego)



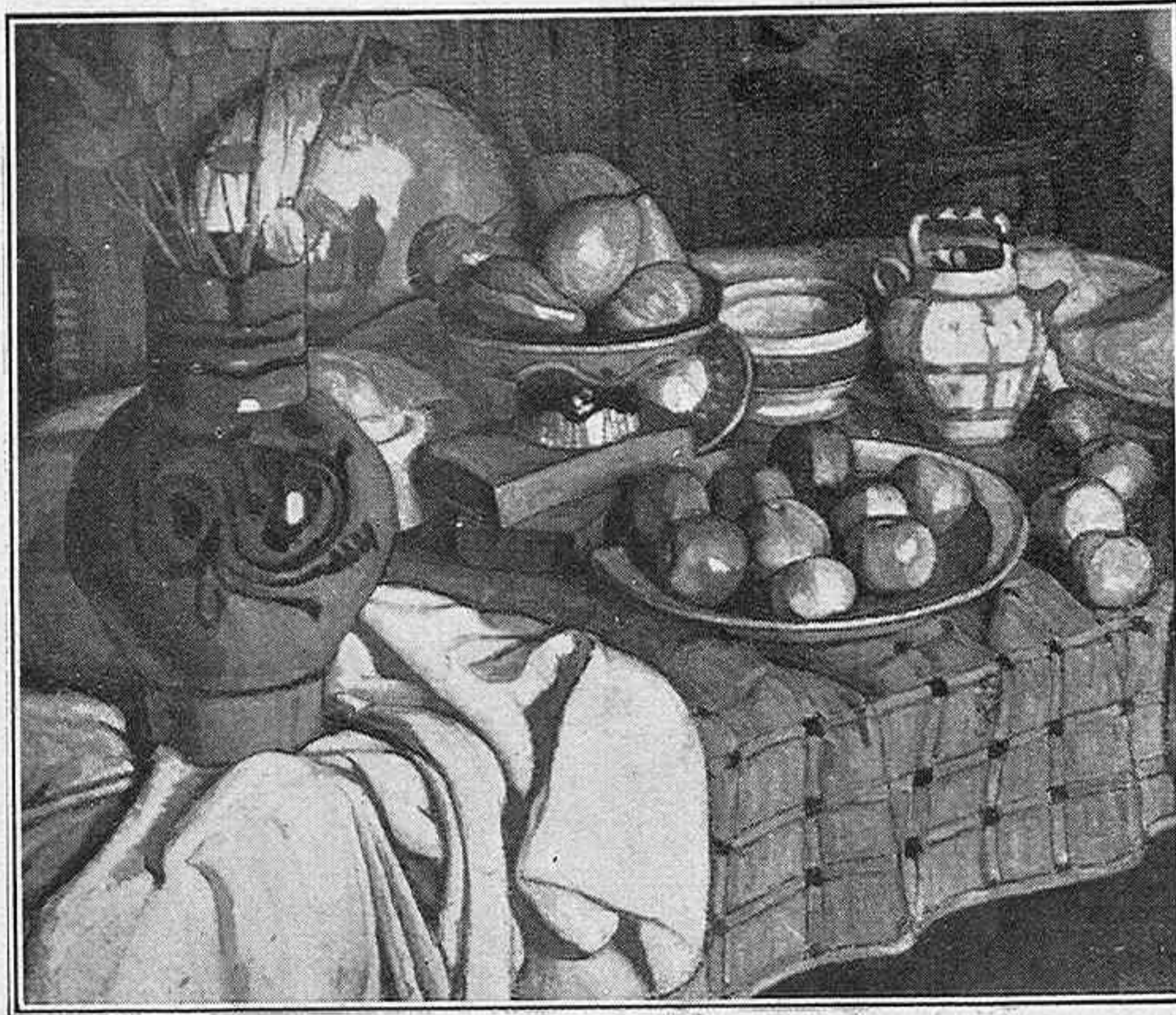
La escultura moderna

Busto de Miguel de Cervantes, hecho por el admirable escultor Juan Cristóbal, con destino al Cuerpo de Inválidos (Fot. Cortés)

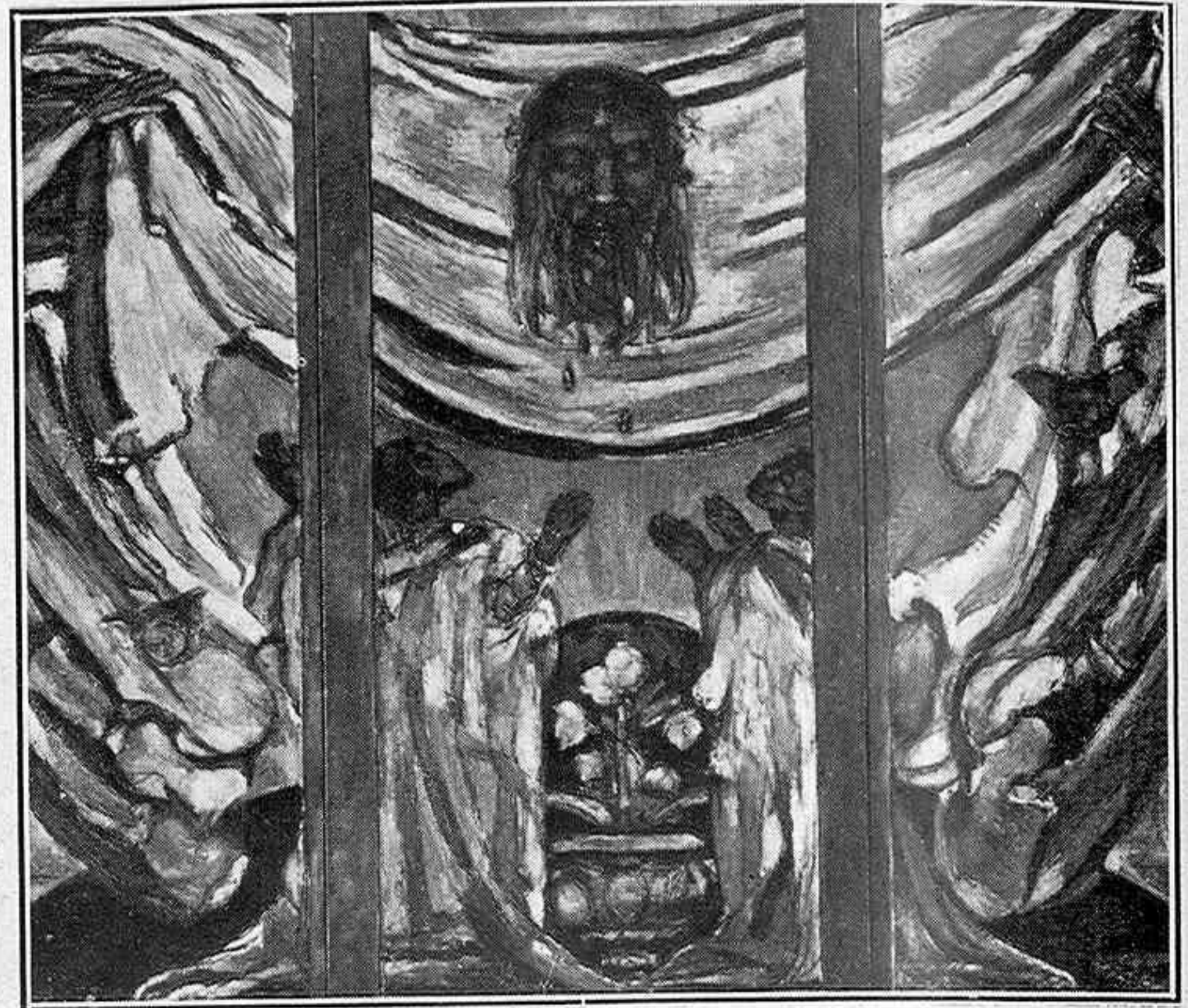
ATEN
BIBLIOT
MADRID

UNA EXPOSICION INTERNACIONAL

PINTURA FRANCESA



«Naturaleza muerta», cuadro de Gustavo Augusto Corlin



«Fondo de altar», cuadro de George Oliver Desvallières

SÓLO en vagos errores de apreciación podía basarse aquel juicio adverso de los artistas—unos cuantos artistas—y de la crítica—unos cuantos críticos—para el exponente armónico de pintura francesa que nos trajo la improvisada exhibición trinacional de arte italiano, arte francés y libro alemán.

Y los artistas—unos cuantos artistas—y la crítica—unos cuantos críticos—hacían equilibrios de funámbulo ó juglerías de malabar, sobre un alambre flojo de criterio sin tirantez, ó con bolitas desgastadas del celuloide de donde se sacan formas para los tópicos.

Se ahuecaba la voz ó se fruncían los labios para desdeñar lo que no era demasiado antiguo y todavía no era demasiado nuevo. Se esperaba: ó tradicionalismo acartonado ó insultante arriismo.

Pero la Exposición del Retiro, sobre todo en sus salas francesas, tenía ese buen y peligroso aspecto de una mujer ya no joven y sin embargo inaccesible entre las fáciles y las difíciles.

Esto ha de explicarse, porque lo oído y lo leído no se lo explicaban bien á quienes lo veían ingenuamente sin prejuicios de clase, compromisos de época y complicidades de clan estético.

La pintura francesa, que en Francia se desparra y bifurca buscando sus naturales afinidades electivas, aquí se ofreció homogénea de sus heterogéneas directrices.

En Francia, los *Artistes Français* son incompatibles con los Independientes. Y uno de las Tullerías no puede alternar en obras—aunque alterne en persona—con uno de la *Nationale*.

Pero fuera de Francia, merced al *Comité Permanente de las Exposiciones de Arte Francés en el Extranjero*, que, si bien lo preside M. Emil Humbolt, tiene á De Waroquier y á Labomeur entre sus vocales—lo cual señala una

trayectoria ampliamente ecléctica—presente esa unidad de armonía y ese buen gusto selectivo que desconcertaba á los amigos del pasado y á los amigos del futuro.

Es, como dice John Galsworthy en su *Mono Blanco*, el secreto de «dos que dirigen sus canoas por aguas secundarias que son precisamente las que alimentan la corriente principal».

Aparentemente al menos, porque al experto visitante que no sentía la impaciencia de opinar en seguida y de ajustarse á las normas de santo y seña partidista, no le engañaba ese medio tono, esa platitude de la sección francesa.

No estarían las grandes figuras de los ecos transfronterizos. No serían muchos los cuadros que se estimaban en un valor absoluto. Pero de ningún modo se podía arrostrar impunemente el ridículo de volver espaldas y encoger los hombros.

La pintura francesa, aun no siendo hoy la del siglo XIX, está acaso más que ninguna

otra—excepto la española—en una situación de interés propio y de cualidad peculiar. Casi no hay otra clase de pintura en el mundo—sigamos exceptuando la española—más que la francesa ó la germánica. Los dos países se reparten la sumisión gregaria de las demás naciones. La mitad de Europa hace pintura francesa; la otra mitad pintura alemana. La mitad de América imita la pintura francesa; la otra mitad imita la pintura alemana. Y, además, hay los alemanes que pintan en alemán, y los franceses que pintan en francés. (Por tercera vez repito que el español, salvo una exigua mayoría esnobista, sigue siendo español.)

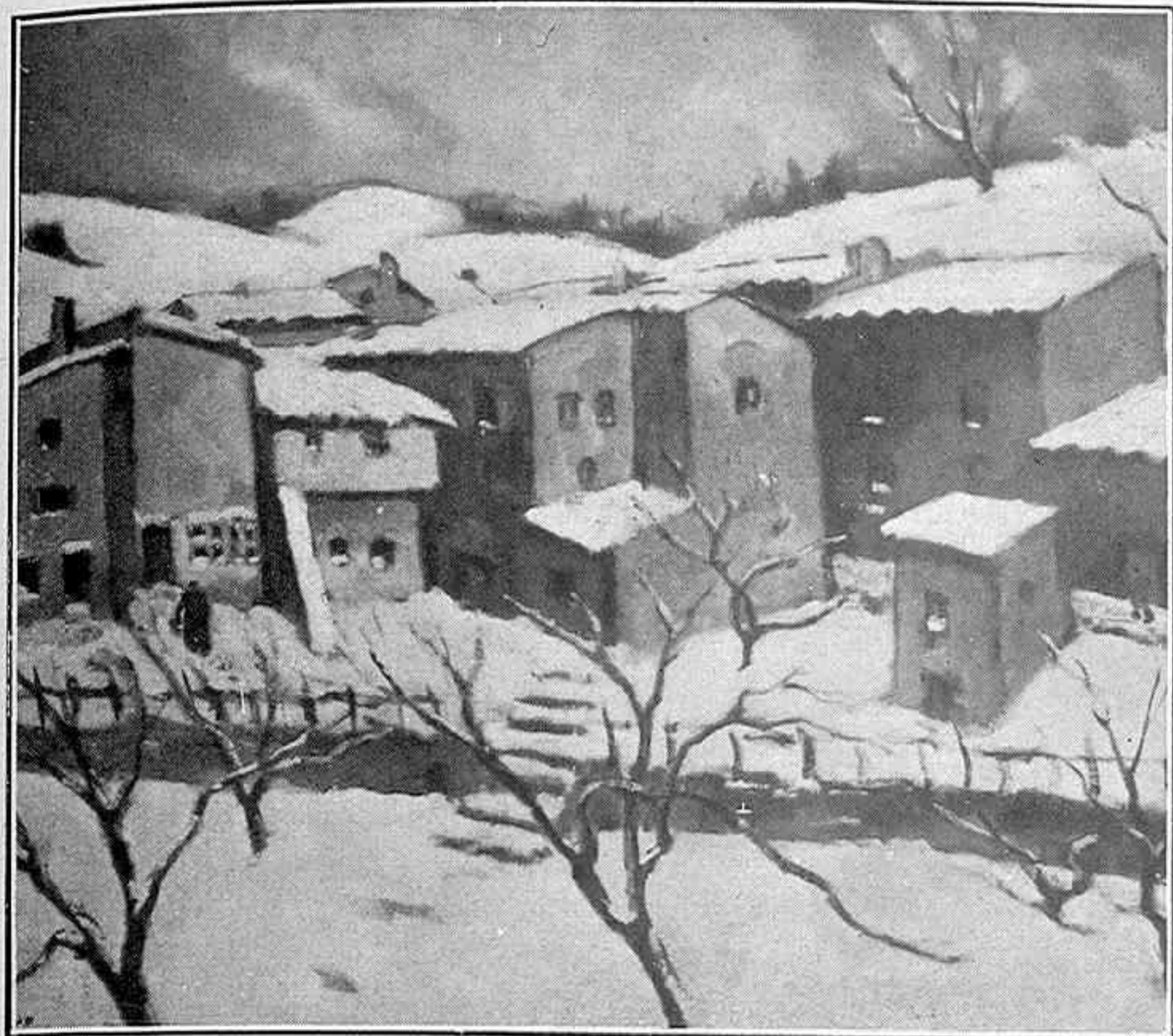
Convenido esto, al menos conmigo mismo, la sensación de las tres salas de pintura francesa en el Palacete del Retiro era agradable, y hasta no carecía de cierta eficacia definidora.

La primera, por ejemplo, estaba presidida por una de esas mujeres estiradas y falsamente

audaces del medio desnudo que gusta pintar todavía Juan Gabriel Domergue. No sé lo que pensaría de ella Marcel Proust si no se hubiese muerto antes de que el pintor la titulase *A la sombra de una muchacha en flor*; pero tronaba, hacía bien su papel de reina, en esta sala, y eran al modo de su cortejo los demás cuadros. A un lado, un jardín de Henri Martin, y al otro, *El Sena en Bougival*, paisaje más dinámico de Andrés Wilder. Y al final, abriendo las dos direcciones de cada muro: los *Jinetes*, de Henri Zo, en el fondo umbrátil y verdoso de un bosque—donde la luz enyesada y los tonos criardes de otras veces se ocultan y apaciguan—, y la *Naturaleza muerta*, de Corlin, tan sabrosamente trabajado el color, tan felizmente agrandadas las dimensiones habituales del tema, sin que se trivializara la composición ni las calidades.



«Desnudo», cuadro de Ricart le Doux (Fots. Cortés)



«Nieve en Auvernia», cuadro de Albert Lepreux



«Pizarro en los Andes», cuadro de Gustavo Alans

Entre esos cuatro puntos, equidistantes de dos en dos, de la muchacha en flor que envejece sólo de concepto y de atavío, se podían y debían destacar para elogios graduados diferentes lienzos.

Por ejemplo:

Mañana de Douarnenez, de Paul Morchain, delicadísima y serena mirada hacia el mar bretón en uno de sus remansos de hora y de sitio (platas y azules delicados en que parecen flotar las siluetas negras de las embarcaciones).

La cara rosa, de Guiraud de Scévola, que hacía pensar en aquellos rincones de jardín ó de parque gratos á Henri Le Sidaner, en los que se presentían cercanas é invisibles figuras que habían vivido allí ó iban á vivir luego unos momentos no interesantes ya para el pintor.

Dancing, de Mlle. Adriana Jouclard, un poco ilustración y otro poco caricatura de apunte ampliado; pero en que formas y colores danzaban sin dejar de ser síntesis humanas de un desdoblamiento de parejas anónimas y vulgares.

Además, paisajes. Muchos paisajes. El paisaje, la naturaleza viva y la naturaleza muerta, colman hoy las aspiraciones que en un ayer todavía no muy remoto iban al cuadro de costumbres, al retrato, á la composición decorativa.

¡Ah! Y el desnudo. Desnudo; que también son desquites freudianos—casos pictóricos de psico-

análisis—de las normas académicas con que ayer se exaltaba el cuerpo femenino.

Pero hay que ir á buscarles á la tercera sala, la que contiene lo que todavía—por lo oído y por lo leído—no parece bastante moderno á unos cuantos artistas y unos cuantos críticos españoles.

A mí no me importan esas rotulaciones sistemáticas.

Y celebro hallar el cuadro *Parisién*, tan fino, tan distinguido de gamas, tan exquisito de concepto y de manera. Es de André Chapuy, y podría ser de Aman Jean. Todo en ese lienzo está granado de excelencias cromáticas y de sentimiento erótico, sin la ferocidad germánica ó la zafiedad española cuando afrontan un tema igual.

¡Cuán distinto el *Restaurant*, de Pierre Monteret, que es como una caja de bombones rellenos de licor dulzarrón! Empalagoso y artificial en directa expresión de lo que representa. Esa cargante dulzonería de los restaurantes elegantes de hoy, donde se entra como entraban las joyas en los estuches guatados de los aderezos de nuestras abuelas...

El desmelenado misticismo de Desvallières también aquí propone sus asuntos religiosos para los muros donde se le quiere dejar que se destiñan. Y, sin embargo, Desvallières tiene

siempre una arrogancia dramática que conmueve.

Ives Alix pretende turbarnos con sus aldeanas, que se bañan en un arroyo de pueblo y en unas reminiscencias cezannianas.

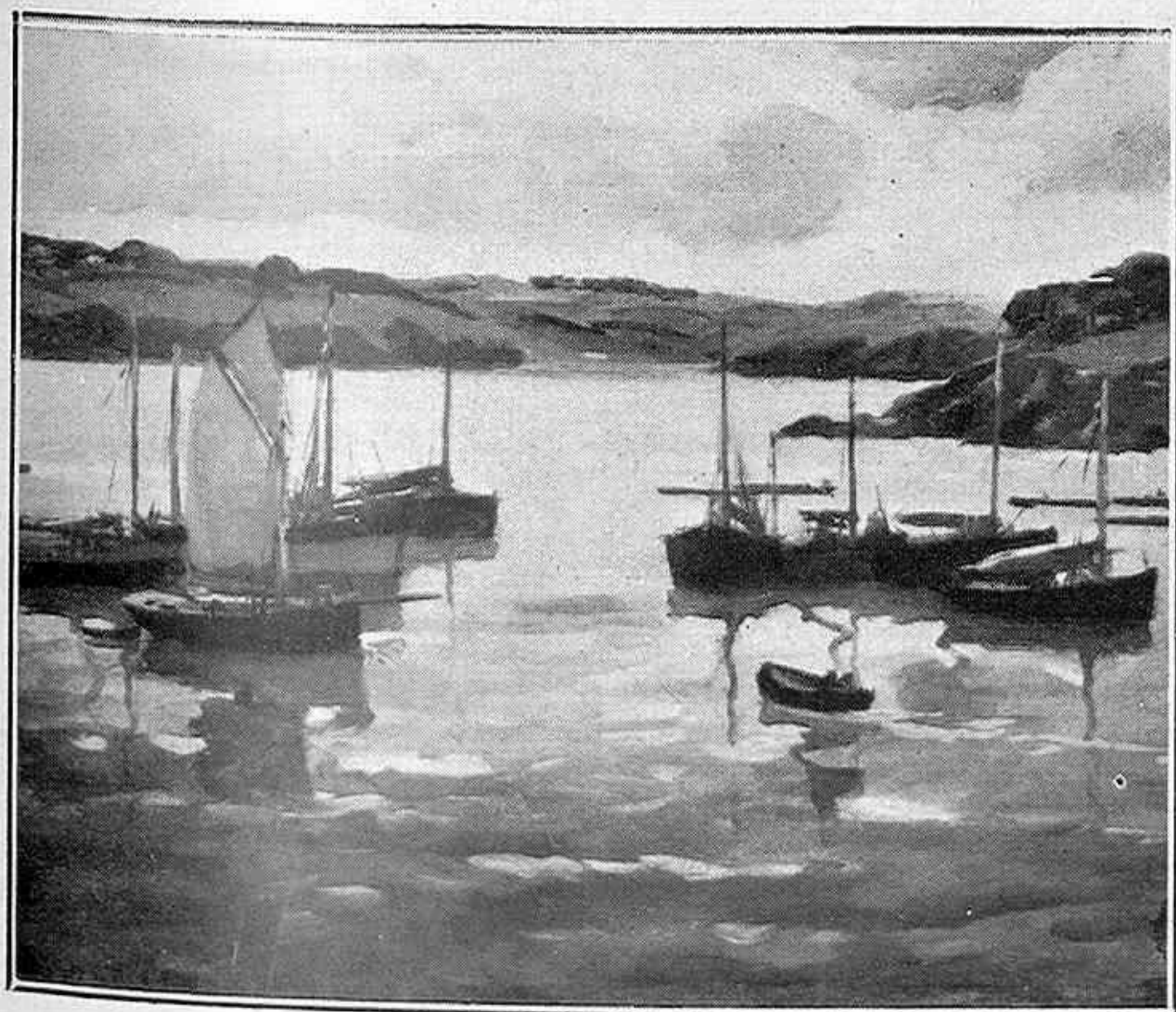
Moisés Kisling se preocupa de un clasicismo á la inversa en su *Naufragio*, mientras el *Desnudo*, de Javony, palpita con más reciedumbre naturalista..., aunque él pretende renegar del naturalismo, y mientras Pierre Gisreud, en su *Homenaje á Paul Areul* está tan lejos de los precedentes de un Puvis de Chavannes ó de un Maurice Denis...

Flandrin, Lhote, Lepreux. Tres maestros del paisaje francés y noblemente á la francesa visto desde sus diversos temperamentos...

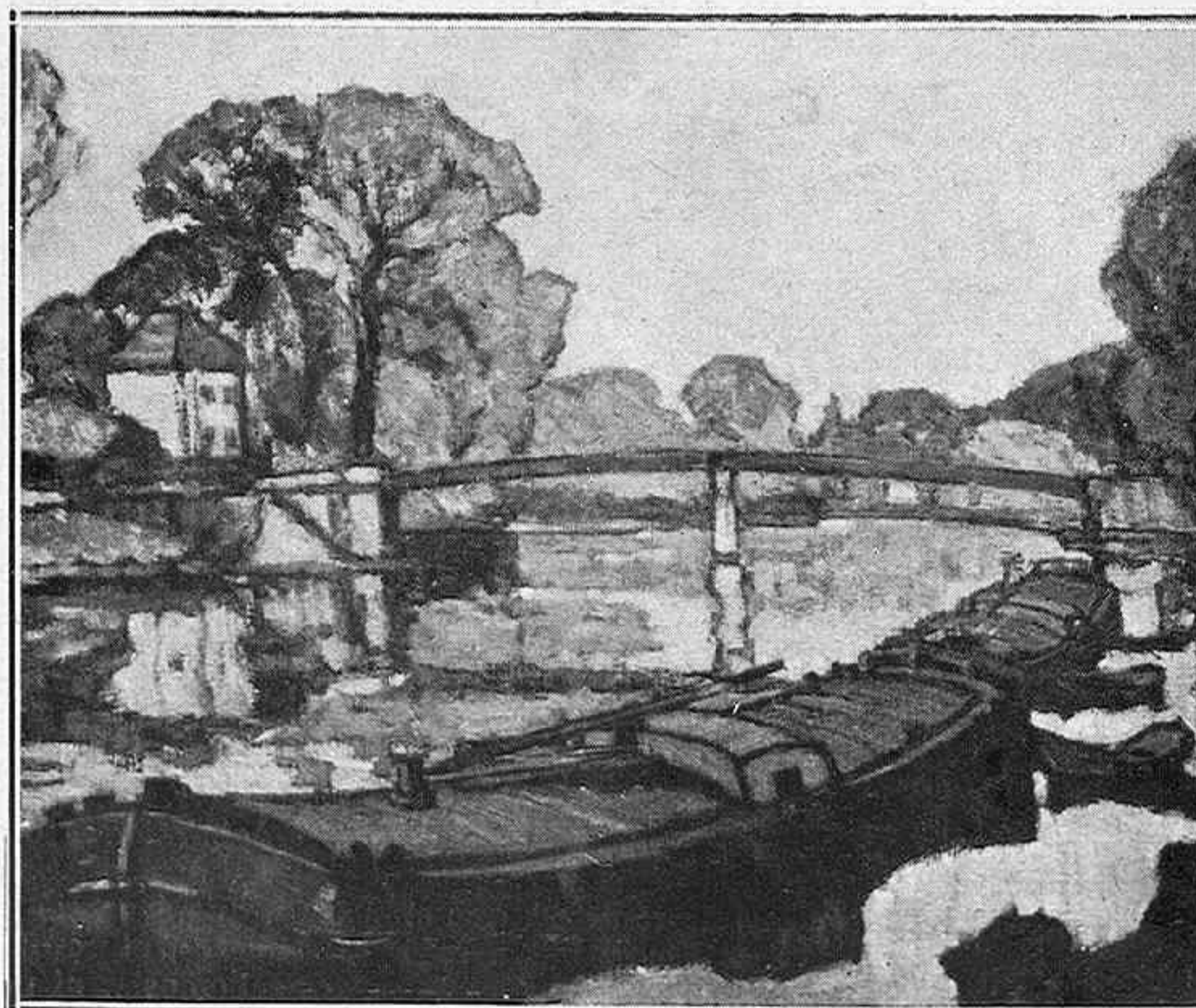
Y, al salir, el encantador lienzo en grises *Muelle Javel*, de Luis Roberto Autral, nos evoca mejor París, nos melancoliza más hondamente de la añoranza de París que un espectacular lienzo de Jean Lefort, *Estación de San Lázaro*, propio para ser reproducido en tarjetas postales coloreadas, para abuso de turistas á forfait.

Porque también en Francia no deja de haber pintores que aquí tendrían primera medalla, ganada como suelen ganarse el cincuenta por ciento de las medallas en nuestras Exposiciones Nacionales.

José FRANCES



«Mañana en Douarnenez», cuadro de Paul Morchain



«El Sena en Bougival», cuadro de André Wildt

(Fots Cortés)



LA TRAGEDIA

*Espérale al pie de la tumba,
en la llanura; á la media noche
su espíritu despierto te arrullará
con sus cantos, con el rumor
de sus besos y te dirá...*

SUDERMANN.

SE pué, señá Bastiana?

—Alante, Ustolia, y cierre usted, que el vientecillo de los «Siete Picos» busca caló en los huesos.

—Endemoniao está y deseando pararle á una la vía, que salió á mi encuentro al revolver la calle y no sabe usted ¡con qué intenciones!

—Acérquese al hogar, que la jara arde que es un primor.

—Así ardieran toos los hombres, Bastiana.

—Así ardiera, Ustolia, el maldecío de mi Paquín, que á na tie mieo. Ni porque el frío cala los huesos, ni porque corre por la aldea lo que tos sabemos..., ni por na de Dios tuerce su voluntad, que en diciendo por allí meto la cabeza, por allí la meté. ¿Ande os creís que está? Al anocheó se fué á rondar la casa de postas por

DEL BIDOSA

ver si pué distinguir quién enciende las luces que toos vemos.

—Por cierto que esta noche no han apareció.

—Tie razón la señá Francisca.

—Esforzao es el mozo, y mocita tenía yo que ser y diérale mi voluntad.

—Calla, Ustolia, que Angel pué tomar celos.

—Empeñás estais en que hay duendes en la casa de postas.

—Por sí ó por no, mi Petra no va mañana al río.

—¿Corre?

—La llovizna de estos días se ha juntao y corre un hilo.

—Lo bastante pa lavá mi ropa, que estoy de ir á la fuente partía por la cintura.

—Pero, ¿quién llega así?
 —Cierra, Petrina.
 —¡Jesús! ¡Qué frío!
 —Estrellao está el Cielo, sin embargo.
 —¡Hija!
 —Luna hay.
 —Pero sosiega y habla.
 —¿Qué te ocurre?
 —No sé, madre, si podré decirlo.
 —Reposa, mujer.
 —Toma, bebe.
 —Luego podrás contar.
 —¡He visto el fantasma!
 —¡Ave María!

—¡Nunca hubiera habido luna!
 —Acaba.
 —Miraba esta casa, madre. ¡Por alguien viene de nosotros!
 —Jesús nos valga á toos.
 —Porque hay luna pude verla en la ventana de la casa de postas; blanca como si fuera de mármol, sin movimientos, como hecha de nieves y mirando hacia aquí, como si retardara el momento de segar las vidas y llevar consigo las almas de tos nosotros.
 —El diablo que os lleve.
 —Que sí, Ustolia, que yo lo vi con estos mis ojos. Parecía mujer.

—La que dicen que arregló la casa, y no fantasma.
 —Hubiera venio por la carretera, en la diligencia del señor Damián, y éste dice que no ha traído á nadie.
 —¡Atrasás!

La llama del hogar se elevaba plácida, y sólo le imprimía suaves ondulaciones el intruso airecillo, que, sigiloso, deslizábase por los intersticios de los mal cubiertos huecos de aquella casona hórrida y por las junturas de las piedras de sus oscuros macizos.

Las jaras y los resecos troncos del montés charro parecían protestar con sus chirridos estri-



dentes de aquel calor que los destruía, en tanto que, sumiso y dócil, el blanquecino romero montañés sucumbía resignado y mártir, esparciendo por la estancia renegrida el gratisimo adiós de su perfume.

En redor de las rosadas y mortecinas brasas, envueltas ya en su albo sudario de cenizas y de la viva llama que enrojecía la chimenea y los rostros y ponía fulgores de carbunclos en los medrosos ojos, se apretaban aquellos seres unidos por una misma superstición. Sólo Eustolia, la incrédula, buscó el calor del hogar para calentar su carne yerta.

La luna, esparciendo sus nevados rayos ante las negruras de la noche, hacía resaltar, purísimo, el azul tachonado de los cielos.

Fulguraban las estrellas oscilantes y límpidas en una noche propicia para los soñadores, para las almas tranquilas, para los enamorados en paz.

Los selénicos rayos cabalgaban soberbios sobre las secas hojas de los árboles, sobre las jaras y enebros de los montes, sobre los inclinados techos de las casas.

Reverberaban en la bruñida superficie del Bidosa—un lago pequeño de cristalinas aguas—; se esparcían por las desoladas y estériles llanuras; entrometíanse en los escarpados y abruptos peñascales, donde las enhiestas pizarras proyectaban frías sombras fantasmagóricas; y en las calles de la aldea, terrizas y pedregosas, se pintaban limitados por la dura línea de las sombras blanqueando las paredes, realzándolas en su gris aspecto; dando un algo de somnolencia y de cosa dormida á las destartadas viviendas é imprimiéndoles el espíritu suave y triste de las soledades, de lo olvidado, de lo lejano, de lo muerto...

El frío era intenso. Aquella noche, las nieves cubrirían los árboles y casas.

Y, sin embargo, Elena permanecía abstraída en la ventana de la llamada casa de postas.

Extraviados sus ojos, y fija su mirada en lo impreciso, nada veía, nada le impresionaba.

Su vida por entero y su alma en toda la plenitud de su callada tragedia proyectábase sobre las etéreas capas como una visión misteriosa, blanca y helada.

Brilló en sus mejillas un rayo de luna. Brotaron de sus ojos secos y agostados lágrimas que quemaron su cara... Y sintió que corrían, como olvidó que pudiesen correr. Lágrimas que el airecillo frío de la noche secó, llevándose toda la amargura de sus dolores y dejando en Elena el infinito mal de su desconsuelo.

No pudo llorar, y pidió auxilio al rosario de sus penas pasadas. Y eran tantas y tan hondas, ¡que de la tierra seca y estéril de sus ojos surgieron dos manantiales abundantes y lentos que la luna besó con fruiciones de amante que no blasona de serlo!...

El Bidosa, que dormía á los pies de la casa de postas, reflejó la figura de Elena rodeada por un halo de Virgen.

•••••

—Y bien, Paquín.

—Atiza el fuego, madre, que frío tengo en los huesos y en el alma. La nevá se acerca, y pienso que por dentro de mí ya ha comenzao.

—¿Qué viste, al fin?

—Nadie crea que es fantasma lo que habita la casa de postas. Señora es que da frío mirarla. Más que los Siete Picos nevaos. Señora es y hermosa y guapa y principal, que lo dicen las líneas de su cara y el mirar de sus ojos.

—¿Tuviste valor de mirar tan alto?

—No, Ustolia; que en las aguas mansas y azules de la laguna la vi como si fuera por un espejo. Allá en el fondo..., en el fondo. Ante el cielo esclareció que en sus aguas se miraba. Ganas me entraron de abandonarme en ellas y besar su cara.

—Poseído estás, Paquín.

—Es el fantasma que lo ha hechizao.

—Que no es fantasma, digo.

—Madre tié la culpa de su destravío, que porque sea más versao que toos en la aldea, le deja leer libros que al demonio tien dentro.

—Honda es la laguna. Con lo que ha llovío, más honda todavía. Peligroso es resbalar ante ella.

—Más profunda es la brecha que tengo en el pecho.

—Loco está mi Paquín. ¡Ay!

—Señora es principal, según tú dices, la que te enamoró tan ciegamente...

—Ya sé mi desventura, Ustolia. Besarla he, sin embargo, aunque sea en las aguas del Bidosa. Allí acecharé, y será mía, porque ni ella misma podrá evitarlo.

•••••

Elena había probado la amargura de todos los pesares. Hasta el dolor primero que sintiera en su vida, por hondo y por sentido, quiso hacerlo más cruel y buscó la dicha de gustarlo con frecuencia deletérea.

Alma romántica, espíritu selecto, fantasía solícita, halló fuentes de venturas íntimas en sus más íntimos pesares. Porque lo quiso siempre, anheló llevar por todos los días de su vida el triste escapulario de su muerte.

Y guardó sus albas y vaporosas tocas, sus blancos y fragantes azahares y sus nevados vestidos de desposada, con el amor que en su pecho guardaría el triste recuerdo del hombre malogrado. El sacrificio estaba hecho. Su alma rindió culto fervoroso á su memoria y la felicidad efímera de sus irrealizados sueños fué sustituida por la ventura firme de lo eterno.

Pero leyó á poetas... A poetas falsos como la mayoría de los poetas; á poetas que fingen sentir y exquisiteces espirituales para envenenar almas sensibles; á poetas que se espiritualizan con el poder hipnótico de sus ritmos para destruir despiadadamente la delicada eurtimia del espíritu.

Y encontró lenitivo en la poesía. En una poesía falsa, realista, sensual y mentida; en una poesía exenta de sinceridad y cargada de bellezas retóricas.

Y confundió el amor esencial y subjetivo con una pasión interesada y egoísta que requería, anhelante, una reciprocidad permanente.

Y buscó el amor de los hombres entre convulsiones históricas, porque no supo mantener el amor á lo ideal, á lo invisible, á lo más inquebrantable; á lo que alienta en uno y vive en las luminosas regiones de la fantasía ó de la Eternidad.

Poetas inicuos le enseñaron á mirar la bazofia de la tierra—el amor de los hombres—reflejada en las áureas bellezas de los cielos. Así, creyéndose espiritualizada, cayó en el fango de una concupiscencia mal cubierta por lirismos poéticos.

Y de este modo buscó amores en todos, y á todos, sin quererlos, dejó un poco de su alma. Y aun así, no encontró el amor de su vida porque lo buscaba entre los hombres y no supo buscarlo confundido en su espíritu.

La Naturaleza—esa medianera íntima de las gentes honradas, de las mujeres inquebrantables y dignas, de los hombres de buenos propósitos, que se ríe sardónica de nuestro divino destello—, no pudo, sin embargo, con su pureza ingénita.

Esperando siempre el amor y amando siempre, conservó su virginidad, por honradez, entre las acechanzas de los hombres.

Hasta que al fin, cansada de esperar, y como una sombra, inánime, buscó la reacción de su espíritu en la frialdad de las soledades.

Y encontró las lobregueces de aquella destartada y antigua casa de postas que, ante las mansas linfas de la laguna, se mantenía torpemente, bajo el peso abrumante de sus años.

Mas ni allí encontró su corazón reposo.

Pasado el miedo, las viejas y comadres de la aldea vecina se ofrecieron á ella; intimaron con ella; llegaron á sus oídos palabras reticentes y medrosas y una noche oscura y lúgubre percibió el ¡ay! doloroso de una madre que le imploraba compasión para su hijo enfermo de amores, que por la cruz de Dios y por la dura cruz de todos sus pesares—fantasma ó mujer—le pedía que se marchara á la ciudad, que abandonara la aldea...

Y supo que era Paquín su fervido amante, el que, escondido tras los paredones de la casa de postas, proyectaba una sombra alargada y siniestra junto á las dormidas aguas del Bidosa, en las noches de esplendor celeste; el que, loco, había dicho que besaría sus labios rojos cuando se proyectaran sobre las aguas azules de la laguna...

Lloró con la madre; lloró con Paquín; lloró por toda su vida estéril y fría; por aquel incendio que provocaron sus nieves; por aquel dolor que surgió de todos sus dolores.

¡Paquín!

Acaso tras las rudezas de aquel hombre huracán se escondía un alma opulenta, un espíritu elevado y suave que se manifestaba en las brusquedades de sus hechos, como una mata florida surgiendo de la aridez de una peña.

Pero su amor estaba agostado; su corazón endurecido. Sólo la hermosura de su cuerpo conservaba su fragancia incitante, y sólo en las líneas de su rostro se mantenía casi intacta la belleza ideal de su juventud.

—Amaré á Paquín—pensó.

Pero con el desprecio de la vida, se encontró falta de voluntad para ser cínica.

—Sin embargo—pensó de nuevo—, seré de él. Celebraré mis bodas.

Y escribió á Paquín:

«Satisfaré tu deseo. Me tendrás en las aguas del lago. Mis labios esperarán de los tuyos todas las flores que puedas cortar del pensil de tu alma. Mi error se ha desvanecido. Me daré á tu egoísmo, y yo alcanzaré lo que la vida me ha negado.»

Y llegó una noche de luna. Una noche silente en que la Naturaleza entera parecía sumida en una catalepsia infinita...

Vistióse Elena con los vestidos blancos que pensó lucir en sus bodas malogradas y bajó á la orilla del lago.

El viento recitaba en las hojas amarillas una desolada canción de horrores; las hojas temerosas abandonaban los viejos tallos y emprendían una huída alocada y sin rumbo.

Unas entrechocaban, y caían á la tierra, herida ya por el arado, á la tierra caliente y propiamente...

Otras lograban alcanzar las aguas del Bidosa y flotar en ellas descansando apacibles...

Elena sintió en su nuca los agudos golpes de las hojas secas y el azote del viento; y sus cabellos blondos y hasta los vuelos de sus vestidos albos parecían indicarle dónde estaba su destino y su fin.

Y la idea de morir confortó su espíritu, y parecía llenar todo su cuerpo de un bálsamo piadoso.

Entretanto, Paquín el loco, escondido tras las paredes de la casa de postas, aguardaba anhelante y febril á que el hada misteriosa y maligna de sus sueños apareciera en la ventana y se reflejara en las aguas.

Un chasquido y un ligero y rápido chapoteo lo sobrecogió.

Lívido y tembloroso acercóse al Bidosa.

Elena, como exánime, acababa de hundirse en las aguas azules del lago, buscando entre las diaphanidades de su fondo el amor de su alma, el calor que necesitaba su existencia yerta, porque vió que su vida era más fría que pudiera ser la Muerte.

Paquín se arrojó á salvarla.

Apareció flotando la suicida, y la luna iluminó su rostro, transfigurado por una expresión dulcísima. El loco se abalanzó á su cuello; estrechó su cuerpo flácido contra su cuerpo, y puso sus labios ardientes y apasionados en los que ya no eran labios, sino lirios violáceos.

Y cuando ambos se hundían para siempre en las aguas azules de aquel lago siniestro, aún pudo oírsele á Paquín triunfante en su demencia:

«Sobre las aguas, mía, sobre las aguas...»

•••••

—Flotaban juntos y parecían dormidos como en su lecho de bodas.

—La luna los besaba y los cubría.

—La hojarasca los rodeaba como los nimbos á las vírgenes.

—¡Hijo!

—Sonrientes estaban como dichosos.

—Y aun de los huecos de sus ojos parecía salir luz.

—Se amaban, señá Bastiana.

—El sino, que así lo dispuso.

—¡Mal nació, mi hijo!

—Era un fantasma, madre, era un fantasma que se llevó á Paquín.

BLAS MEDINA

(Dibujos de Regidor)

LA NIETA DE GEORGE SAND



GEORGE SAND

La figura de Aurora Sand, nieta de George Sand y literata también muy distinguida, tiene ahora poderosa actualidad por el pleito que la autora de «Encarnación» ha entablado contra Jacques Boulenger, que ha publicado un «Estudio acerca de los primeros amantes de Jorge Sand».

Aurora Sand, no obstante ser muy hispanista y haber publicado novelas españolas con exacto é intenso color local, es poco conocida en España. Gasco Contell la presenta en las siguientes líneas:

AURORA Sand, la nieta de la «grande George», acaba de publicar simultáneamente dos volúmenes, singularizados por un éxito inmediato: una novela, *La Vie Commande*, y un lujoso friso de evocaciones, cuadros literarios, estampas antiguas y ornamentaciones nuevas del pintor español Vicente Santaolalía. Este segundo volumen, que lleva por título *El Berry de George Sand*, agrupa, en efecto, descripciones y recuerdos de la nieta, que, ilustre en las letras francesas por el abolengo, ocupa también un puesto eminente entre las escritoras de París por su estilo y talento personales.

Un españolísimo nombre de mujer, *Encarnación*, estampado como título de una novela, atrajo por vez primera mi curiosidad hacia la novel autora hace un par de años. Luego, numerosos cuentos y artículos de Aurora Sand, en *Le Gaulois*, *La Nouvelle Revue Française*, *Journal des Debats*, *Eve*, etc., han ido familiarizándome literariamente hasta verme en posesión de casi toda su labor. Una entrevista gratisima y señorial, sin prejuicios periodísticos, redondeó los conocimientos que de ella tenía; y la oportunidad actual me inducen á trazar estas notas, las cuales pueden parecer tanto más interesantes cuanto que Aurora Sand manifiesta en muchos de sus escritos un gusto decidido por los temas de España.

•••••

Aurora Sand escribió su primer trabajo literario á los ocho años: un cuento de hadas que la gloriosa abuela George leyó con dicha y orgullo.

Ese don hereditario de imaginar historias que poseen muchos niños, poseálo la pequeña Aurora en alto grado. Recuerda que desde muy niña nunca quería dormirse sin un cuento de su abuela; y cuando ésta murió, la niña continuó contándose historias á sí misma para conciliar el sueño.

Dotada de una gran imaginación y de un gusto muy depurado, amaba apasionadamente el arte bajo todas sus formas. Su temperamento imaginativo é idealista se desarrolló con la meditación, una especie de recogimiento filosófico y poético. Leía poco, pero con fruto, discutiendo cada lectura consigo misma y viniendo á formarse esa opinión personal que ahora encontramos en su obra con aristocrática y generosa alteza de miras.

Delicada de salud durante varios años, poco amante de la vida de sociedad y dedicada también al arte de su esposo, el pintor Lauth, Aurora púsose á inventar aderezos y joyas de novísimo gusto, basado en el estudio decorativo de las flores, mariposas é insectos. Expuso en varios certámenes artísticos y sus éxitos de orfebre precedieron á los de orden literario.

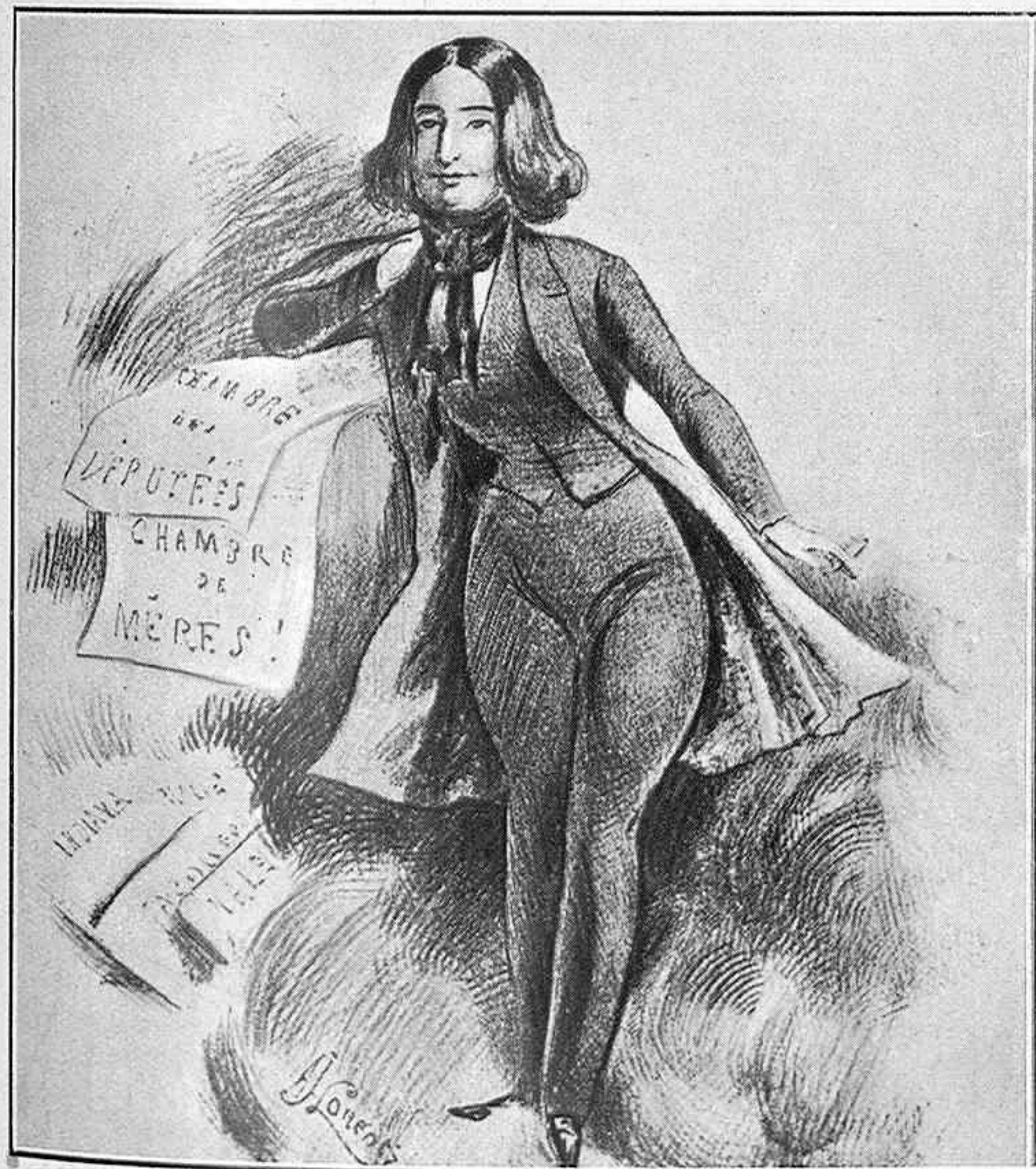


AURORA SAND

Residió en España, aprendió castellano en la Alpujarra y, á su regreso á París, escribió *Encarnación*, novela de costumbres españolas algo más exacta y sugeridora que los ridículos petardos de Montherland y otras españoladas estrafalarias. *Encarnación* es obra de legítimo españolismo y ofrece gran interés artístico y psicológico.

Hoy nos da Aurora Sand, en dos libros diferentes, un nuevo aspecto de su talento y también de su alma. *La Vie Commande*, novela franca, noble y audaz, fascinante como narración de abolengo; y *El Berry de George Sand*, á manera de cuadro donde la figura de la antepasada ilustre palpita en cada capítulo, revelándonos que Aurora Sand tiene con ella una vinculación superior á la del nombre y aún á la de escribir, puesto que se muestra, además, como pensador y psicólogo de primer orden.

EMILIO GASCO CONTELL



Caricatura de George Sand, coetánea de la gran escritora



Retrato de George Sand, según un dibujo de su época



PAGINAS POETICAS

*En torno de mi amada
se alzó de la calumnia el turbio acento
y mi nombre y el suyo
flotaban en el cieno.*



*Una noche en el ara de María,
en el obscuro y solitario templo:
— Jura — le dije — que con torpe lengua
los que dudaron de tu honor mintieron.*



*Con pena me miró; de viva púrpura
los nardos de su cara se tiñeron;
se echó á llorar, y dije convencido:
— No lo jures... ¡Te creo!*

HOJAS DISPERSAS

*Niños aún, el día de su santo,
á sus virgineas sienes pudorosas
la ceñía, tras un — ¡te quiero tanto! —,
una guirnalda de lozanas rosas.*



*Jóvenes ya, de aquel jardín ameno
por las floridas calles solitarias,
en el esbelto cáliz de su seno
prendí un ramo de tristes pasionarias.*



*Hoy, taciturno, el día de su santo,
aún las memorias del pasado vivas,
en su tumba, regadas con mi llanto,
dejo un ramo de humildes siemprevivas.*

Emilio CARRERE

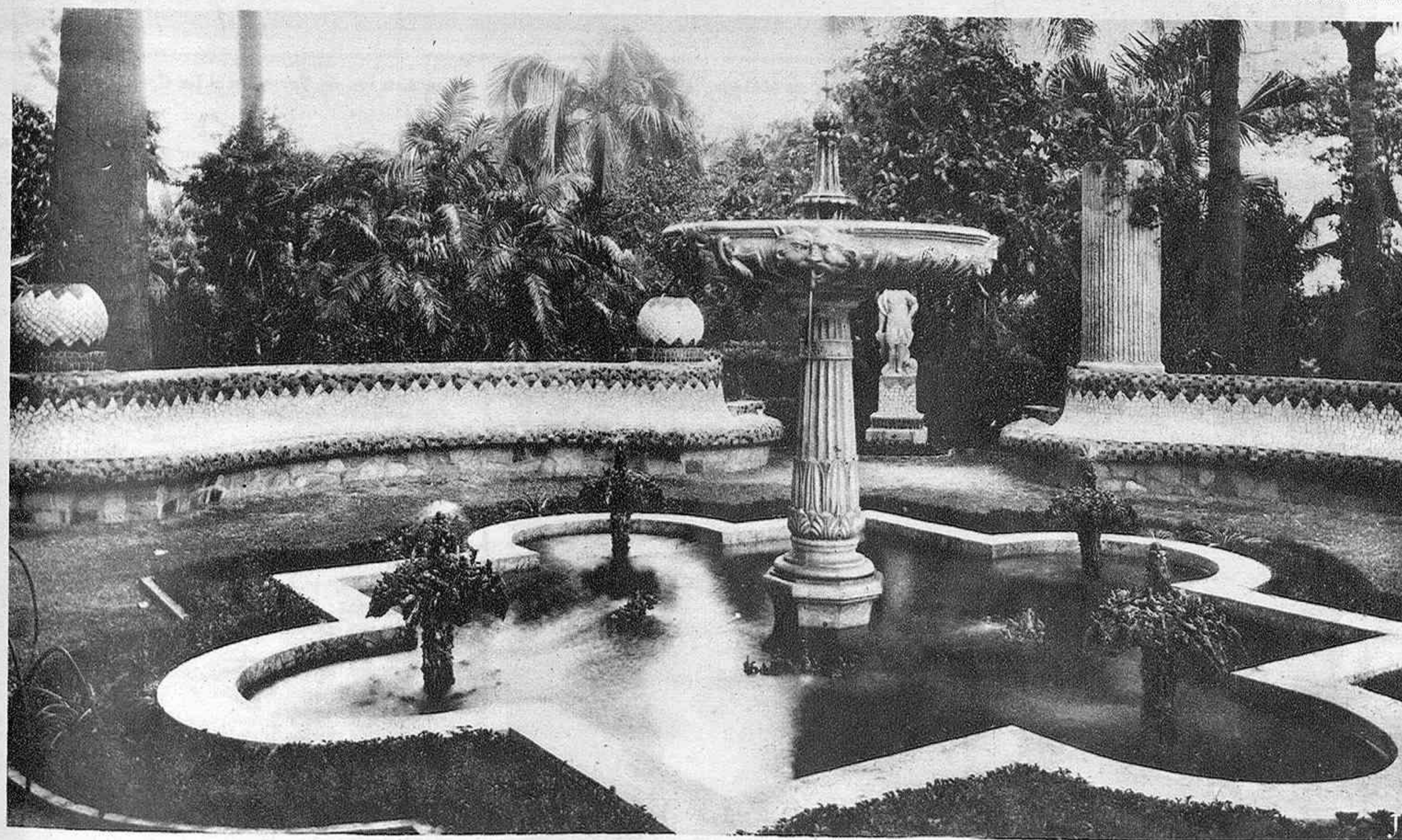
(Dibujo de Máximo Ramos)

JARDINES MALAGUEÑOS



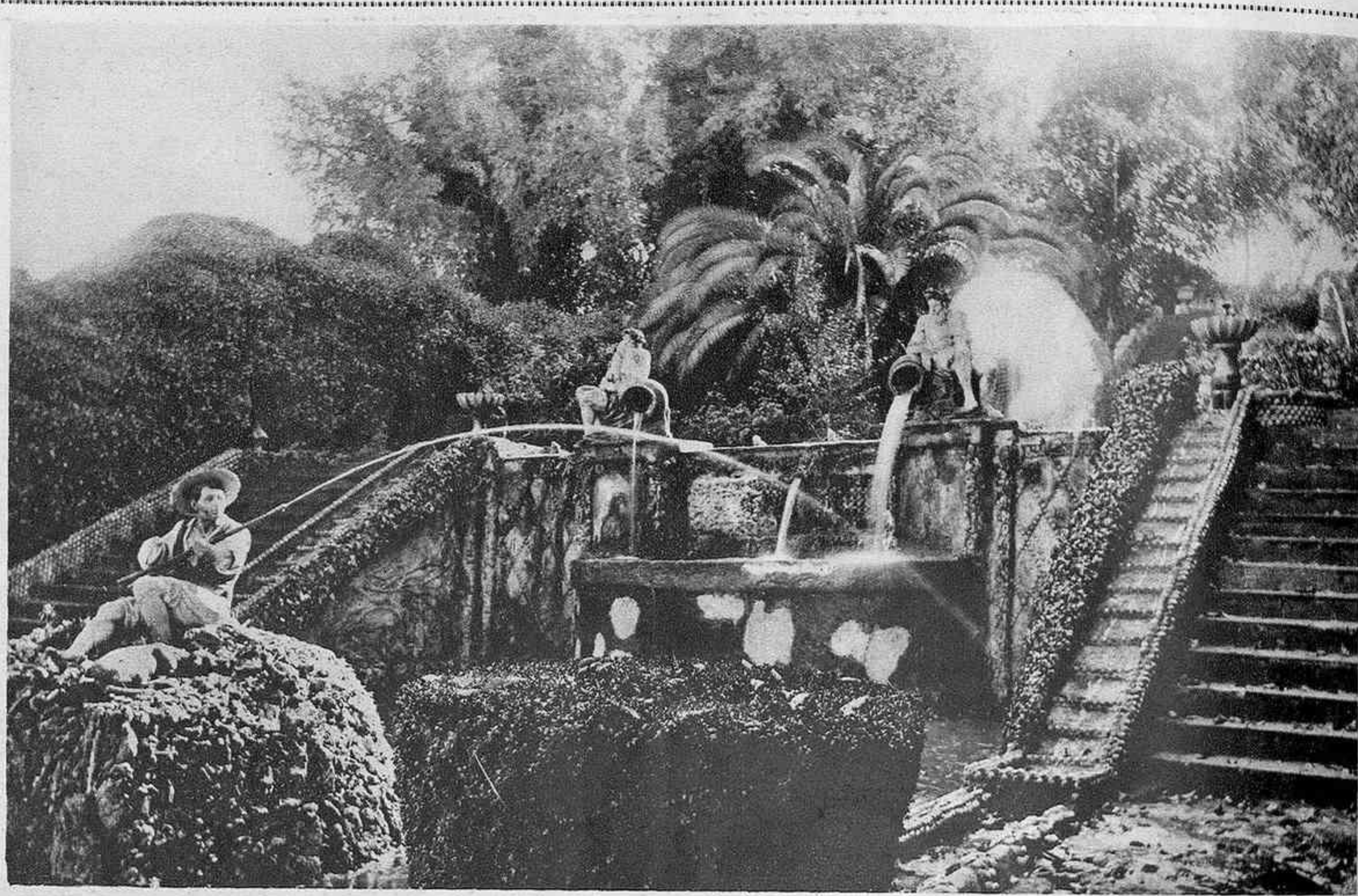
Fuente del magnífico Parque malagueño

GENOVA
PARLOTE
MADE



Rincón y fuente del Parque de Málaga

DIVAGACIONES SOBRE LAS FLORES



Fontanas de la finca El Retiro, de Málaga, cuyos juegos de aguas recuerdan los de Versalles y La Granja.



Juegos de aguas de la finca El Retiro, de Málaga, que evocan los de Versalles y La Granja



Lujuriante vegetación de la magnífica posesión La Concepción, de Málaga, que recuerda las selvas tropicales

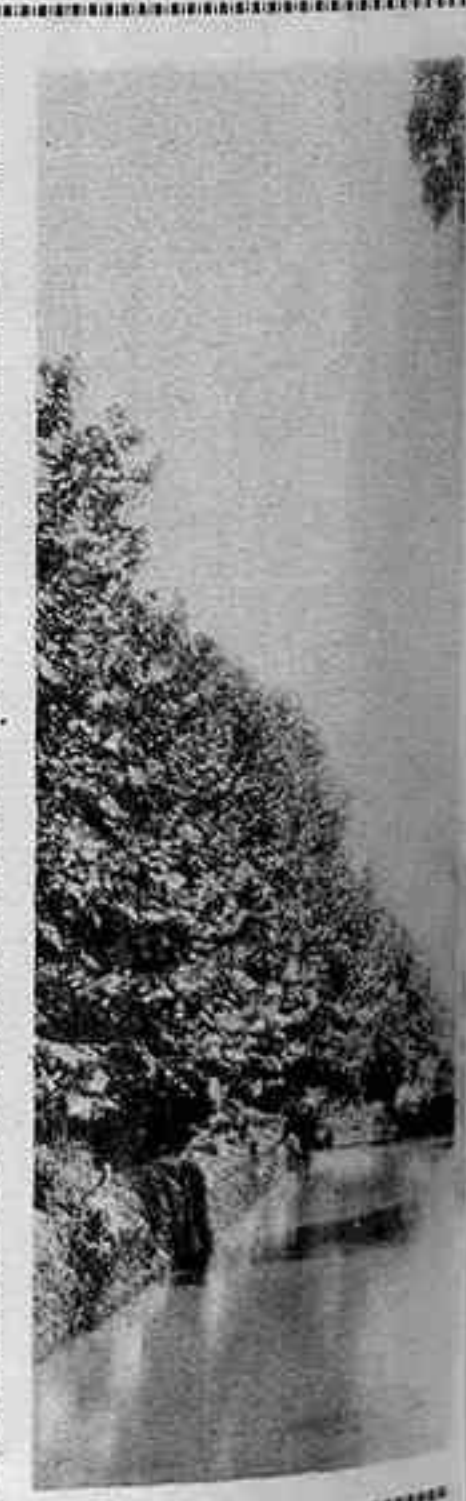
Las flores son los amores de las plantas. En ellas, por misteriosa germinación de la vida vegetal, se opera la fecundación amorosa, que en frutos y semillas, síntesis de sus vidas, han de prolongarlas en otras individuales que reproduzcan las características de cada especie. Lo mismo que los amores de los seres animados, se perpetúa á través de sus amores la vida de las especies animales. Pero éstas no tienen la metamorfosis maravillosa de las flores en el reino vegetal.

El Amor es el único pretexto y justificación de la vida.

La vida sin amor no se comprende, reza un popular estribillo, y, sin embargo, el Amor sin vida animada existe, y de ello son muestras prodigiosas las flores, que, ignorando su belleza, sus aromas, sus dulzores, son manifestaciones exaltadas del Amor en la Naturaleza.

Especies animales hay, como ciertos insectos, que sólo viven unas horas para el Amor.

La vida no se detiene en el individuo. La unidad aislada de vida no es más que el medio de que se vale la especie para triunfar á costa de su aniquilamiento. La carrera desenfadada de la vida no persigue más ideal que una eternidad colectiva. Cada individuo de cada especie no es más que un eslabón de la inmensa cadena que



Estanque de la finca



El Retiro, de Málaga

enlaza la eternidad pretérita con la futura á través del momento presente. La vida eterna de las especies perseguida por el Amor á través de la muerte sucesiva de sus usufructuarios. Una singular paradoja: el individuo mortal asegurando la eternidad de la vida de la especie á que pertenece; ó, al menos, tratando ilusoriamente de conseguirla.

El ansia loca de la vida pasa por cima de los individuos, indiferente é impía, valiéndose de ellos con el señuelo engañoso del Amor para cumplir su único y exclusivo fin: la prolongación de la vida por medio de nuevos brotes, continuamente renovados.

La Naturaleza, en el reino vegetal, viste el Amor con el más delicado ropaje de su maravillosa inventiva, y por eso los aterciopelados pétalos de las flores tienen la inimitable suavidad que la seda misma no puede igualar, los perfumes que el arte no puede imitar, y la color de variadísima gama que el artista no puede aprisionar y la traza del más raro capricho que el ingenio más soñador no puede concebir en su fantasía. Por muy fecunda que sea la inventiva humana, siempre la superó en mucho la de la prolífica Naturaleza, que parece gozar en sorprender siempre la ávida curiosidad del observador, del más avisado escudriñador, con



Maravilloso aspecto del bosque de palmeras de la finca La Concepción, de Málaga



Jardines del Palacio Episcopal de Málaga

misterios insondables, ante los que la mente más privilegiada se detiene impresionada y meditabunda...

Todo el poder del hombre, que es mucho, no puede crear la más insignificante partícula del polen de una flor, ni tejer la tenue ala de la mosca más despreciable.

Las flores son en los jardines, con sus colores, sus perfumes, sus suavidades, las atracciones que encantan á quienes, ávidos de alejamiento de la vida banal de todos los días, gustan de abismarse en la Naturaleza á gozar de sus más preciadas delicias. Y los jardines cabe considerarlos como una de las conquistas más preciadas que el hombre ha sabido incorporar á sus urbes,

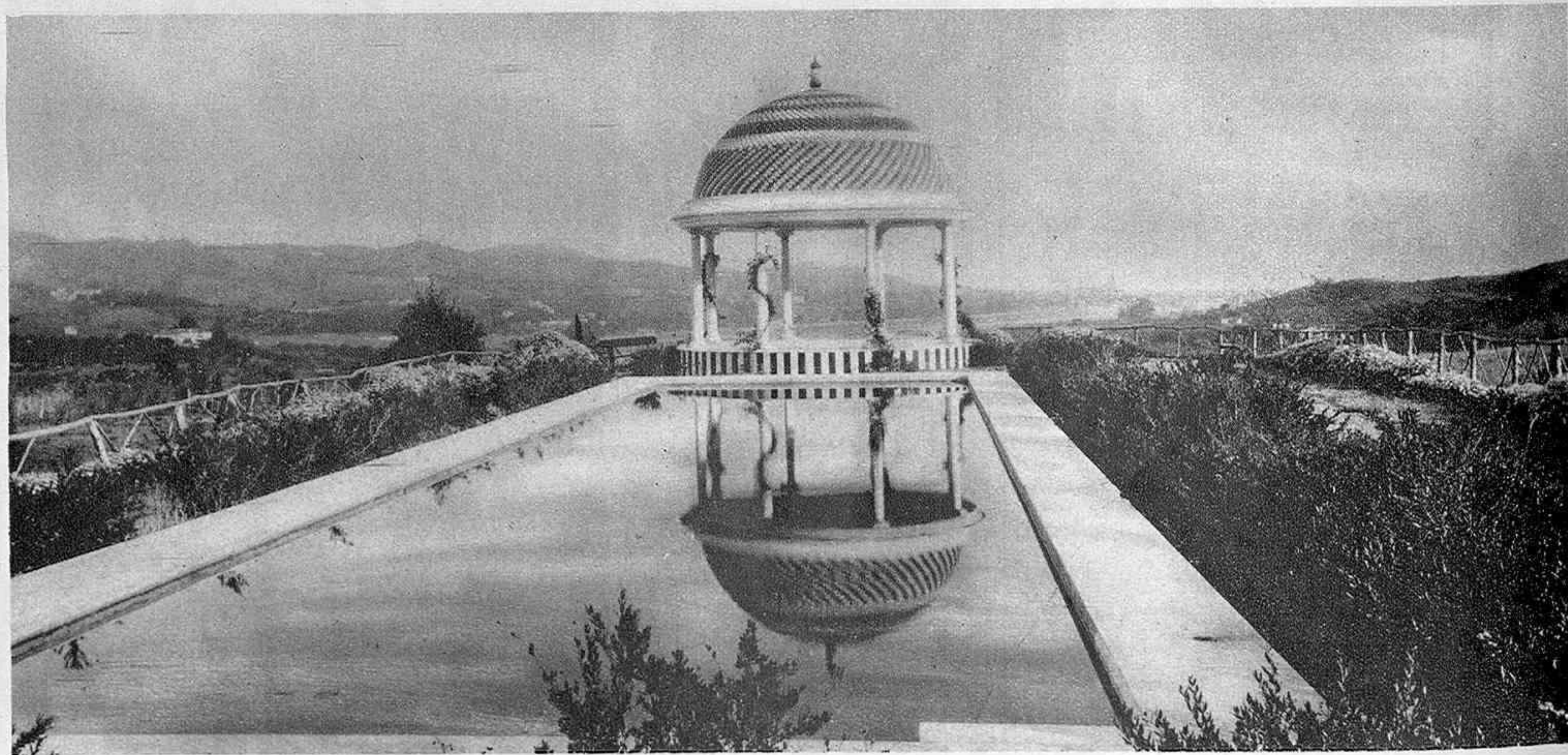
aprisionando en un reducido recinto las maravillas que la Naturaleza tiene desperdigada anárquicamente por los campos. Son especies cultivadas mimosamente por el hombre, que ha sabido inventar flores de capricho que la Naturaleza espontáneamente no producía.

Málaga, tierra de sol en perpetuo cenit, mansión de eterna primavera, goza por ello el preciado privilegio de tener sus jardines en continua y no interrumpida floración, ofreciendo generosamente el bálsamo de sus perfumes, la caricia de sus frondas y la múltiple gama de sus colores.

Jardines malagueños como los del Parque, los de las mansiones señoriales de La Concepción, San José y El Retiro, y las aristocráticas de La

Caleta, formando una cenefa de lujurante verdor esmaltado por la policromía de las flores, al borde del azul inmaculado del Mediterráneo, son motivos para atraer y detener á quienes, ávidos de sol y de vida, descienden de las brumosas latitudes del Norte y al aspirar la brisa salutífera del mar, impregnada por las auras de las frondas de los vergeles malagueños, saludan al padre Sol con el mismo entusiasmo con que los antiguos pueblos idólatras le veneraban como el más fecundo manantial de vida de nuestro planeta en sus rumbos perdidos por las inmensidades infinitas del espacio...

GUILLERMO RITWAGEN



Soberbio mirador de la finca El Retiro, que se refleja en las aguas mansas, y desde el cual se divisa el espléndido panorama de la vega de Málaga y el anchuroso horizonte del Mediterráneo



La chiquilla frisaría en los quince años...

(Dibujo de Regidor)

Al salir por la noche de su casa, en derecho al círculo en que se reunían en amena y un poco mordaz tertulia, registro de valores del oficio, un puñado de escritores, encontrábase siempre el literato á la chica de su portera leyendo un libro. A las veces, en los cortos días de invierno, en que la falta de luz natural abrevia las horas de faena, la descubría ya en su cuchitril, entregada á la lectura, cuando él volvía á cenar, y los domingos por la tarde, indefectiblemente, la muchacha requería su volumen á primera hora, y no lo soltaba hasta el momento de yantar, y acaso hasta el de cerrar la puerta, pues por la tarde la veía leyendo, y leyendo la veía por la noche, cuando acompañaba á su esposa al paseo ó al teatro.

El literato estaba asombrado de tal afición, que le complacía. La chiquilla frisaría en los quince años, unos quince años madrileños, llenos de frescura, despiertos y espontáneos, metidos en un delicioso y flexible cuerpo menudito, que su dueña emperegilaba con cuatro trapos, con los cuatro que la permitían su modesto jornal de obrera de una fábrica de perfumería, pero con la gracia peculiar de los pimpollos nacidos al seudo arrullo del Manzanares. Al parecer, no tenía amigas ni más novio que el libro, un novio que variaba con frecuencia sin que esta variación la aportase lágrimas ni gritos, como á sus compañeras los homónimos de carne y hueso.

El literato llegó á interesarse; era un tipo digno de estudio. Y un día abordó á la muchacha con la confianza que le daban sus cuarenta y cinco años y su condición de inquilino, y de añadidura, del piso principal. Por excepción, no estaba leyendo la porterita.

—¡La primera vez que la encuentro á usted sin un libro!

—Se me han acabado, señorito.

—¿Le gusta á usted mucho leer?

—¡Con pasión!

—¡Pues yo le prestaré algunos! ¡Tengo bastantes!

—¡Claro! ¡Como escritor! ¡Ya me lo figuraba! ¡Pues no sabe usted lo que se lo agradezco!

Empezó á surtirle de obras, de novelas históricas y contemporáneas, de colecciones de cuentos, de dramas y comedias, y cada vez más interesado en el lance por su singularidad, quiso saber el efecto que en la muchacha producía la lectura. Exploró en su espíritu. Había allí desorientación, falta de brújula, pero había criterio instintivo. Era un terreno virgen susceptible de buen abono. Hizo pruebas. La dió novelones por entregas, que la cansaron por sus inverosimilitudes, y la dió novelas de autores de primera fila, que la entusiasmaron por sus sutilidades de observación. Estos coloquios, al entrar ó al salir de casa ó cuando renovaba la biblioteca porteril, dieron origen al anudamiento de cierta familiaridad entre portera é inquilino. Y un día, aquélla díjole á éste:

—Pero, señorito, usted escribe y escribe muy bien. Yo he leído cosas tuyas en los periódicos, y también tiene libros. ¿Por qué no me presta usted los suyos?

El literato, ¡eterno amor propio y perdonable vanidad, asequible al elogio, venga de donde venga!, se sintió halagado. Y á la vez surgió en su alma una intensa amargura.

•••••

El literato estaba casado con una joven buenisima, que le adoraba, pero... que no leía. Habíale gustado su belleza corporal, el encanto físico de su persona. En realidad de verdad la Naturaleza habíase portado generosamente con su esposa, dotándola de figura gallarda, de rosas en las mejillas, de cielo en los ojos y completando tan preciados dones con una bondad ingénita, manifestación evidente de un corazón no menos bueno.

El literato habíase prendado de esta belleza, que es de lo que los hombres preferentemente se enamoran, desde el patán burdo al refinado

intelectual.—Buena es el agua, pero agrada más á los labios bebida en un vaso de fino cristal transparente—. Huelga decir que, tratándose de un escritor, dedicó versos á su novia y la regaló sus libros á medida que los publicaba, obteniendo los naturales y calurosos elogios. Y, en el fondo de su imaginación, comenzó á levantar castillos de naipes. Cuando se casaron, leerían juntos en las noches de invierno, al amor de la chimenea, oyendo la lluvia apedrear en los cristales. Por supuesto, la daría á conocer sus cuartillas antes de mandarlas á la imprenta.

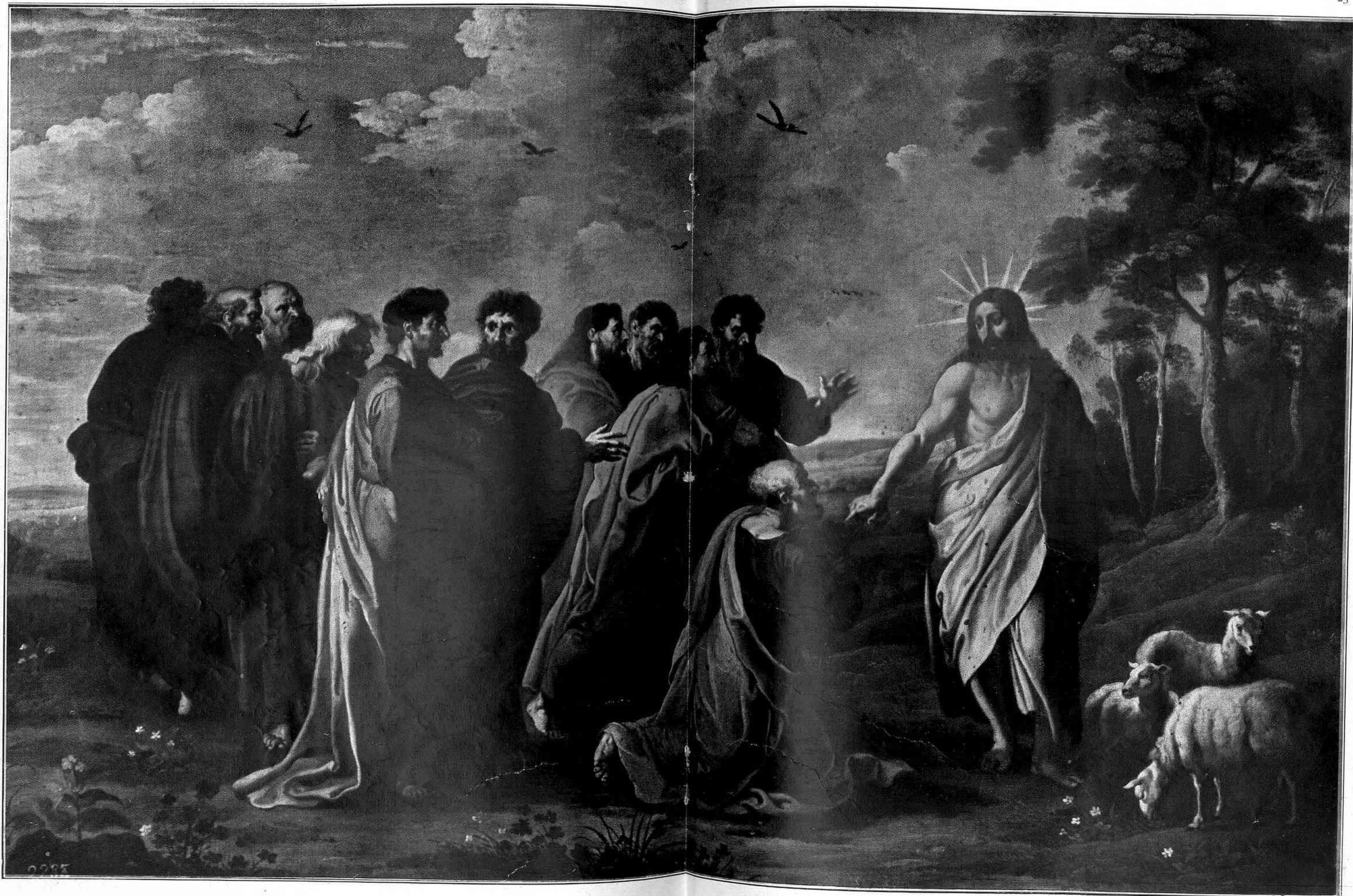
Y se habían casado, y el idilio se había ido desvaneciendo á medida que la luna de miel seguía sus cuartos naturales. Con su fino espíritu de observación, agudizado por el hábito de escribir para el público, el literato había descubierto la dolorosísima verdad. Su esposa no leía; no le gustaba leer. Escuchaba sus cuartillas en silencio; se las elogiaba, pero la presentía distraída en el fondo, no interesada. Le placían sólo porque eran de su marido.

Al principio había escudriñado los estantes de los libros, contemplando sus láminas, tomando alguno con el que tenía para semanas enteras. No sentía curiosidad por las obras nuevas que enviaban al escritor sus colegas. Tuvieron dos hijos. Demostró ser una madre ejemplar como había sido una cónyuge modelo. Su bondad no reconocía límites. Publicó él una novela que ella acogió sin apresurarse á devorarla. ¡Los niños no la dejaban tiempo para nada! De los anteriores volúmenes del literato ni hablaba. Los mismos que la porterita se había aprendido casi de memoria.

Y á pesar del amor que en correspondencia al suyo y á su bondad sentía por su esposa el literato, impúsole la realidad este amargo sentimiento:

¡Así es la vida! ¡La porterita debía de vivir en el principal, y mi esposa en la portería!

ALFONSO PEREZ NIEVA



BIENFOLIO
BIBLIOTECA

«Jesús confiando a Simón Pedro la misión de cuidar sus corderos», cuadro de la Escuela de Rubens, que se conserva en el Museo Nacional del Prado

DEL TESORO ARTISTICO NACIONAL

LOS REGIOS TAPICES DE ZAMORA

A muy rendidas felicitaciones es acreedor el Cabildo ilustre de la Santa Iglesia Catedral de Zamora por su meritísimo y loable empeño realizado, después del que puede mostrar con íntima y orgullosa satisfacción su Museo de Tapices, que es acaso el único que de su clase existe en España, y compuesto de veintidós ricos paños, cuya colección ha sido vulgarizada en un notable libro, debido al estudio y al desvelo de D. Amando Gómez Martínez y don Bartolomé Chillón Sampedro, dignidades de Maestrescuela y Lectoral, respectivamente, en la diócesis de San Atilano.

La estupenda colección de tapices zamorana es una de las más espléndidas e importantes de España, y la integran los paños siguientes:

Cuatro soberbios tapices de la *Guerra de Troya*, que son los paños segundo, quinto, séptimo y undécimo de la serie egregia que con predilección figuraba en las principales Cortes europeas en el siglo xv, y de cuyos paños sólo restos quedan, al parecer, en el Extranjero.

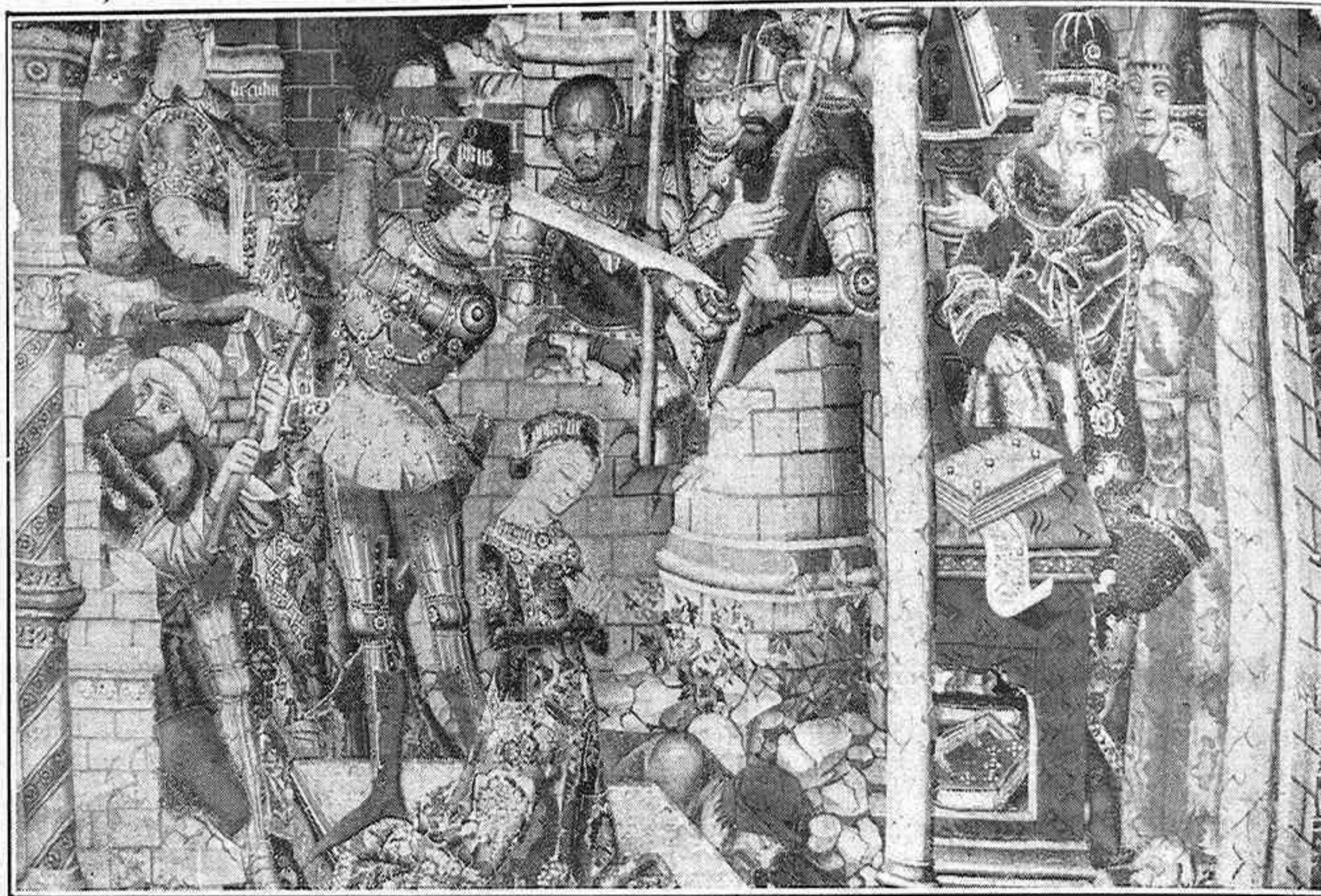
Estos tapices fueron entregados al Cabildo de la Catedral de Zamora, en 13 de Febrero de 1608, por donación magnánima; espléndida donación de Príncipe que al mismo hiciera D. Antonio Enríquez de Guzmán, sexto conde de Alba de Aliste, en 30 de Enero del mismo año, y previo compromiso por parte del Cabildo de un aniversario y de acompañar el cadáver del dadivoso conde cuando Dios fuera servido llevarle, á donde se le enterrase en la ciudad, saliendo en cualquier tiempo que fuera con capas de coro, aunque nunca se había hecho.

La desacostumbrada prestación del servicio ofrecido por el Cabildo no puede decirse que no se remuneró por el conde con largueza insólita, que seguramente jamás permitiría la repetición de lo que nunca se había hecho.

Don Antonio Enríquez de Guzmán, virtuosísimo y espléndido, dejó en su testamento á la ciudad una manda de dos millones setecientos treinta y cuatro maravedís de capital para que, empleado en censos, sirviera al pago del pecho y servicio de S. M. perpetuamente.

Respecto á los tapices donados á la Catedral, de su magnificencia, suntuosidad y riqueza dará idea el cliché adjunto, que reproduce un fragmento del tapiz *La destrucción de Troya*, del último de la serie, y en cuyo trozo, que es el de la extremidad derecha del tapiz, y no en todo su alto, se representa el sacrificio de Polixena sobre la tumba de Aquiles y dispuesta á ser inmolada bajo el filo de la espada del terrible Pirro.

De igual procedencia que los de la *Guerra de Troya* es el tapiz llamado de *Prisco Tarquino*,



Fragmento extremidad derecha del tapiz «La destrucción de Troya».—Polixena en la tumba de Ulises, amenazada por la espada del terrible Pirro

que llegó al tesoro del primer templo de Zamora desde la mansión señorial del sexto conde de Alba de Aliste, y del que también publicamos un fragmento, correspondiente á la extremidad izquierda del paño, en su parte central, y en el que se representa la llegada de Lucio Tarquino Prisco, *el Viejo*, á las puertas de la Ciudad Eterna, acompañado de su mujer, la profetisa Tanaquil, y de un séquito brillante.

De composición insuperable y de colorido espléndido, este tapiz, con los cuatro de la *Guerra de Troya*, son las mejores preseas y las alhajas más codiciadas de la Catedral de Zamora, y ello en concepto de los inteligentes.

Después, cubriendo los lienzos de pared del magnífico Museo, campean—incluso en los de la escalera de acceso—el tapiz de *Tideo*, el del *Paso del Mar Rojo*, dos de *Historia de David*; cinco de los ocho que constituían, por lo visto, la colección llamada de Anibal; los de *La vocación de los operarios* y *La distribución del denario*; y, por último, los de *Las Artes*, *La Historia*, *El Co-*

mercio, *La Riqueza*, *La Música* y *El Arte Militar*.

El Museo de la Catedral de Zamora, organizado por iniciativa del Cabildo y con la ayuda pecuniaria de la Diputación y del Ayuntamiento —si bien puede haber habido otros aportes económicos muy estimables—, debe considerarse como la manifestación más alta y exquisita del interés del Cabildo por la Cultura y por el Arte, y en no menos plausible colaboración con dicho Cabildo, los organismos oficiales citados, que con el dinero del pueblo han ayudado á la instalación con todo altruismo, siendo sólo de sentir y de lamentar, que con mayor sacrificio del Municipio y de la Diputación no se haya organizado un Museo más amplio, bajo un patronato de personas amantes de la tradición y del pasado, y de los elementos oficiales interesados, que recogieran y dieran cobijo á todo lo que desaparece y está amenazado de desaparecer; así, los vistosos y atrayentes trajes regionales, los verdaderos y típicos trajes regionales, cuya muerte—alguien ha dicho—está tan próxima, y antes de que del todo mueran, y para cuando mueran, y además llevar al Museo preconizado las piedras gloriosas de nuestros templos románicos, que reflejan la fe de nuestros mayores, originales las que así pudieran y debieran recogerse, y las que no en maquetas, en vaciados de escayola, en fotografías, como fuera ó como pudiera ser.

Es decir, para que los estudiosos ávidos y los viajeros incansables llegasen con entusiasmo á la ciudad de D.^a Urraca, hoy preterida injustamente en la ruta de turismo, ya que la vieja Zamora, de nobilísima estirpe románica, quizá la de más rancio abolengo español, humillada y escarnecida por espolios, injurias y demoliciones vandálicas, como la que se efectúa en sus murallas, es, á pesar de todo y todav'a, fuente espiritual, en cuyo manantial purísimo pueden apagar su sed de arte, de sacrificio y de trabajo los inquietos que van por el mundo buscando nuevos horizontes para el alma y ante un destello ó una chispa del genio humano, fervorosos y creyentes, con unción evangélica que siendo un suspiro equivale á una oración, dicen: DEO GRATIAS.

Sí, gracias á Dios, porque sin la providente y admirable sabiduría Divina, es lo cierto, que más de las nueve décimas partes de la Humanidad convertirían con frenesí la tierra en escombros, que siempre son más desoladores que la nada ó que el desierto.

CARLOS CALAMITA



Fragmento extremidad izquierda del tapiz «Prisco Tarquino».—Lucio Tarquino Prisco y su mujer Tanaquil, con el séquito, á las puertas de Roma

BELLEZAS DE LA PANTALLA



RUTH TAYLOR

Otra de las «estrellas» de la Paramount, cuya belleza es ya universalmente conocida y elogiada

LA CATEDRAL DE ASTORGA SE HUNDE

Don Luis Luengo y Prieto, médico eminentísimo que, enamorado de su ciudad de Astorga, trabaja sin descanso, con desinterés admirable, en pro de cuanto pueda ennoblecerla, velando por la conservación de sus tradiciones artísticas, literarias, científicas, sin negar su impulso decisivo á toda obra nueva que haya de contribuir al progreso material ó espiritual de la magnífica *Astúrica Augusta*, como hubo de apellidarla el gran Plinio, me escribe acoñejado porque su más notable monumento arquitectónico, la Catedral, según el reciente dictamen del arquitecto D. Manuel Cárdenas, se agrieta y requebraja, estando una de sus airosas torres á punto de hundirse.

El señor Luengo me ruega que, sin perder segundo, lance tan desagradable noticia desde las columnas de un periódico madrileño de gran circulación, y diga, rindiendo pleitesía á la verdad, que el Cabildo catedralicio, por carecer de recursos económicos, no puede contener la ruina de su venerando templo.

Para ello, para recordar á los españoles y á su Gobierno el mérito extraordinario de los tesoros artísticos custodiados en la Iglesia Mayor de Astorga, y, en nombre de esta población, pedir á los Excmos. Sres. Ministros de Instrucción Pública y de Fomento, y al Ilmo. Sr. Director General de Bellas Artes, que, por todos los medios, eviten aquella catástrofe, ninguna revista más á propósito que LA ESFERA, que dirige un gran periodista y un gran patriota, defensor apasionado de la riqueza artística de España.

La primitiva Catedral, erigida por el obispo D. Pedro (tercero de este nombre), en el año 1069, ha desaparecido totalmente.

De la segunda fábrica del templo, comenzada, en armonía con las normas del románico, por orden de Alfonso VI y D.^a Constantza de Borgoña (1080-1093), y durante el gobierno del prelado Osmundo, continuada por el obispo Pelagio, en 1117, y por sus sucesores hasta 1265, año en que hubieron de terminarse las obras, quedan algunos elementos arquitectónicos y escultóricos empotrados en los muros de la basílica actual, que datan del siglo xv, ofreciendo al exterior, descubierto de frente y por uno de sus flancos, un con-

junto armónico, al primer golpe de vista; extraño, inarmónico, cuando, á plena luz y de cerca, se observan sus detalles góticos, platerescos y barrocos.

Entre dos torres iguales, ornadas con los escudos de la casa real y los del cabildo, con ventanas renacentes y semicirculares en los cuatro cuerpos; rematada la una en linterna y chapitel, sin estos elementos la de la izquierda, se destaca la fachada principal, de la época del Renacimiento, que, unida por botareles á las torres, presenta tres divisiones, perpendiculares, estando adornado su pórtico, en las dos portadas de los lados, con pilastras almohadilladas, y en la del centro, con columnas abalaustradas y salomónicas. Y en el cascarón ó nicho de la central, cuya puerta afecta la forma gótica trilobada, pueden admirarse, en figuras de tamaño natural, de mediana escultura, los relieves enteros que representan el per-

dón de la mujer adúltera, los mercaderes arrojados del templo, la curación del ciego, la del tullido y el Descendimiento de la Cruz.

Sobre el pórtico, descansando en la parte central, corre calada y elegante galería ó antepecho, de balaustres que semejan figuritas de ángeles; encima del antepecho se abre una ventana circular, de grandes dimensiones, cercada de adornos churriguerescos; más arriba corre una galería, igual á la anterior, formando el remate del hastial, entre dos airosas linternas, un bello rosetón, con tres elegantísimos pináculos.

La gradual elevación de las capillas, de la nave mayor y de las naves laterales, describe, á lo largo de la basílica, un anfiteatro ceñido de tres órdenes de balaustrada, dominando tan armónico conjunto, hacia el gracioso ábside, la simbólica veleta del *Maragato*.

La portada Este de la Catedral, frontera á Santa Marta, costada por el obispo Atayde, hacia 1650 y concluida en 1668, ofrece á la admiración del visitante, en el nicho del testero, la hermosa escultura de la Asunción.

En el interior gótico del templo, sencillo, serio, sin recargo de adornos, formado por tres naves sin triforio, muy esbelta la del centro, al fondo de la capilla mayor, se alza el maravilloso retablo de Gaspar Becerra, su obra cumbre, concluida en 1569; una de las joyas de la escultura mundial, por su composición y trazado inimitables, por el profundo conocimiento que revela de la anatomía, y sobre la cual acumularon los elogios más entusiastas los críticos más sabios del arte español, tanto los nacionales como los extranjeros, asombrando de tal modo su contemplación al cabildo astorgano que, para mostrar su agradecimiento al famoso artífice, después de haberle pagado los veinte mil ducados en que se contrató el monumento, acordó regalarle tres mil y un oficio de escribano, vendido en crecidísima suma.

El retablo mayor, dorado y estofado por Gaspar de Hoyos y Gaspar de Palencia, á quienes se entregó por su trabajo diez mil ochocientos ducados, consta de tres cuerpos con columnas dóricas en el primero, corintias en el segundo y compuestas en el tercero.

En su zócalo ó pedestal se ven las cuatro Virtudes, dignas de un cincel ateniense; sobre



Fachada principal de la Catedral de Astorga

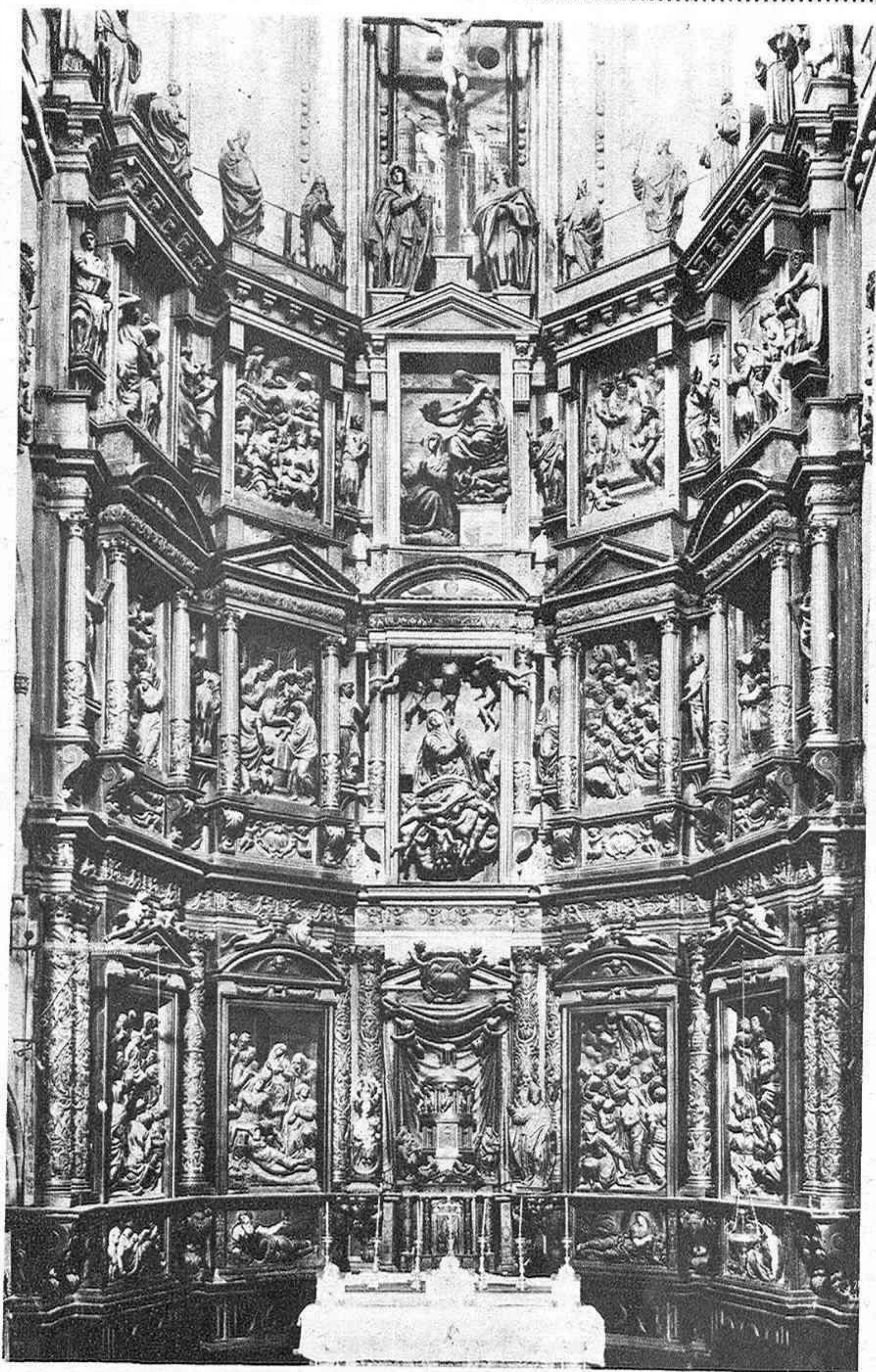
el tabernáculo, con estatuillas y ángeles, trabajado con suma inteligencia y delicado gusto, se alza, sobre un trono de Querubines, el magistral grupo de la Asunción de la Virgen; en lo alto, la trágica escena del Calvario, con un Cristo, hondamente sentido, que se atribuye á Berruguete, y los grandes cuadros, que ocupan los intercolumnios laterales, ostentan doce asuntos de la vida de Jesús y María, ejecutados con todo primor.

Por la delicadeza de las labores y esculturas, es también digna de atención la sillería del coro, del siglo XVI muy parecida á la de San Marcos de León, y ejecutada por los maestros Tomás de Mitatay, Roberto de Nemoransy, Nicolás de Colonia y Pedro del Camino.

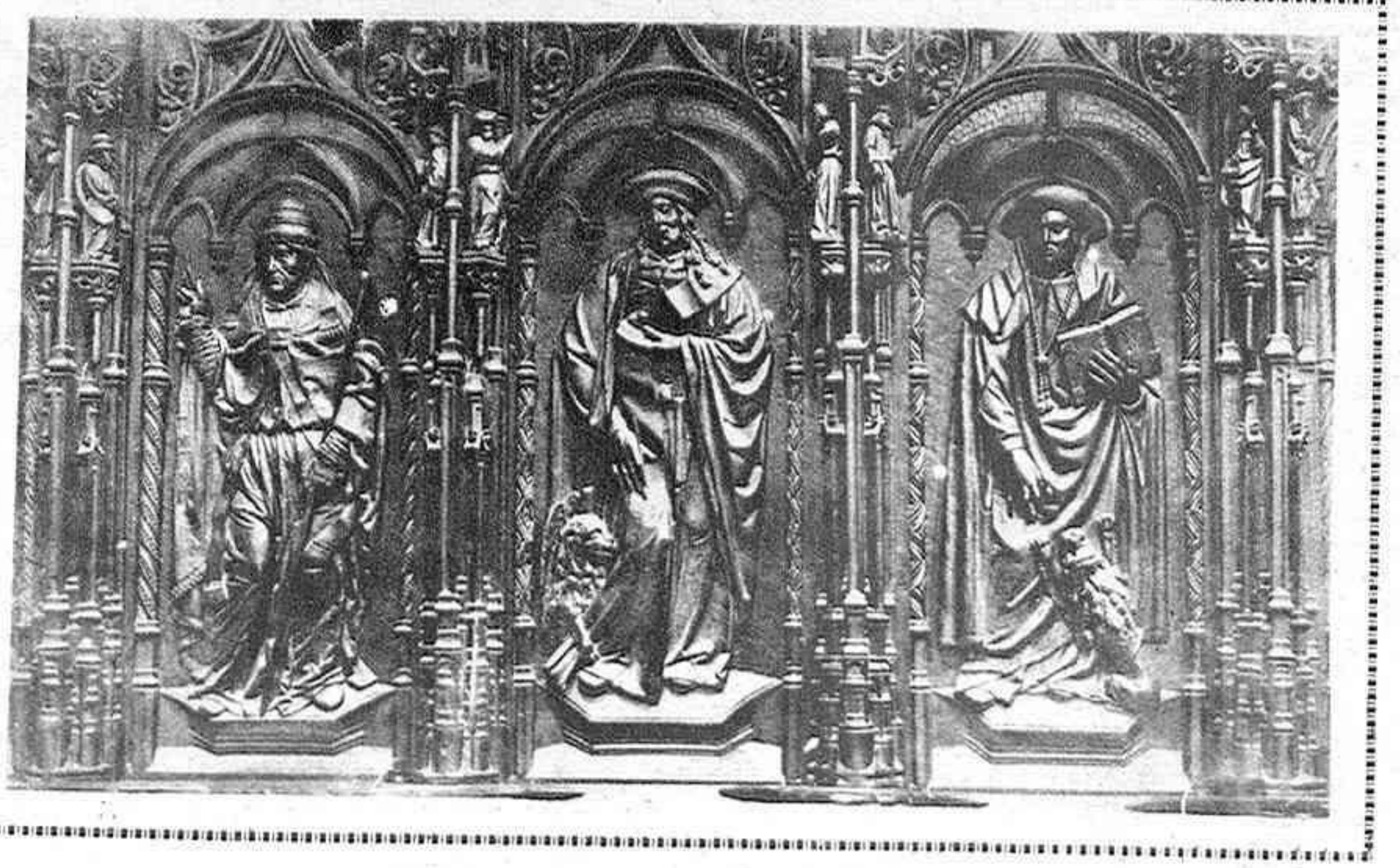
Pilastras de crestería con finísimas estatuillas dividen los respaldos del coro alto, que ocupan efigies de santos á la derecha, de santas á la izquierda y de apóstoles en el fondo, desarrollándose, por cima del guardapólvo, un friso de figuras entrelazadas con follajes. El coro bajo, inferior en mérito, está esculpido con bustos de personajes del Antiguo Testamento, y en las misericordias de las sillas no faltan temas burlescos y caprichosos. He aquí los principales: tres niños desnudos, tocando uno la gaita y bailando los otros, á la vez que castañetean los dedos; dos niñas también desnudas, cogidas del moño y golpeándose con del moño y golpeándose con escobas; dos monos con ropas de hombre, que muy seriamente beben vino junto á un tonel; otro mono que, sentado peina á un niño; hombre con canasto á la espalda, y, detrás, un paje que le arrebató uvas y manzanas; hombre y mujer abrazados, en paños menores; luchadores, con lanza el uno y broquel y maza el otro; perro con una rata en la boca, y un dragón mordiendo á una serpiente y otro en lucha con un león.

Son obras de gran mérito artístico la imagen de Nuestra Señora de la Majestad, de los comienzos del siglo XII; el púlpito, ejecutado por Becerra, ó por un notable discípulo suyo; la verja del coro, del siglo XVII debida á Lázaro de Azain, maestro rejero de Bilbao; algunas de las vidrieras del crucero del siglo XVI, del maestro Rodrigo de Herrera, vecino de León, y el churrigüesco trascoro, de autor anónimo.

La orfebrería sagrada de la Catedral de Astorga, por el número de sus alhajas y por su mérito, es la más importante de España, llamando poderosamente la atención una arqueta del siglo IX, donada por Alfonso III el



Magnífico retablo del altar mayor, obra de Becerra



Detalle de la sillería del Coro

(Fots. Amores)

Magno y su esposa, Doña Jimena; la cruz procesional del siglo XVI, de plata sobredorada, repujada y cincelada, con el Cristo nimbado en el centro y en los cuadrifolios de los brazos los Evangelistas en actitud de escribir el Evangelio, en hornacinas y cobijados por ricos y afiligranados doselletes, y en el reverso, la Virgen y los cuatro Padres de la Iglesia; los dos magníficos portapaces, de la misma centuria, de plata sobredorada, cincelados por Encalada en forma de retablo, con columnas pareadas y abalaustradas, asas formadas por ángeles, coronados por cuatro estatuas y una gloria con el Espíritu Santo, y los asuntos, en los cuadros y en altorrelieve, de la Adoración de los Pastores y de la Adoración de los Reyes; el relicario de Santo Toribio, y el cáliz del mismo santo, en forma de ánfora, de cristal de roca tallado con dibujos de carácter oriental, pie, boca, asas y guarnición de plata sobredorada, repujada y cincelada, de fines del siglo XVI.

Son también dignas de mención, por no mencionarse siquiera en las obras de orfebrería que se han publicado, el copón de plata sobredorada, repujada y cincelada, con pie y copa del siglo XV, cuello del XVI, con la leyenda: *Calicem salutaris accipi ad nomen*, y nudo ó tapa del XVII, representando, en sus medallones, esmaltados en tonos verdes y azules, los asuntos de la Huida á Egipto, Desposorios de la Virgen, Nacimiento, Asunción, Purificación y Adoración de los Reyes; la cruz procesional del palacio del obispo, del siglo XVII; la procedente de Posada, del XVI; la procedente de Castrotierra, sobredorada y cincelada, con esmaltes de colores verde, azul y amarillo, fechada en 1613, y la procedente de La Isa, plateresca, procesional, de plata cincelada y repujada y planta exagonal, ostentando, en el anverso el Cristo con tres clavos y en los cuadrifolios los atributos de la Pasión, y, en el reverso, en el cuadrifolio del brazo superior vertical, el Padre Eterno y debajo el pelicano; en el del brazo superior horizontal Jesús con la cruz á cuestas, y en el otro un ángel. Tiene, por último, en las hornacinas del cuerpo primero de la calabaza, diez apóstoles pareados y la Resurrección de Jesús y seis Profetas en las del segundo cuerpo.

ELOY DIAZ-JIMENEZ
Y MOLLEDA

C. de la R. Academia de la Historia
y de la de Bellas Artes de San Fernando,

Salamanca, Mayo de 1928.

EL 25 DE MAYO EN BUENOS AIRES



Buenos Aires.—La Plaza de Mayo durante la luminación; á la izquierda, la Catedral

La ciudad, engalanada con banderas, luces y adornos de los colores argentinos, presenta un bello aspecto: gallardetes en los tranvías, banderitas en los autos y en las manos de los niños; una verdadera sinfonía en blanco y azul, en la que destacan los tonos rojo y oro de las banderas españolas, y los verdes de las italianas.

Entre los actos organizados para conmemorar el 25 de Mayo, figuraban un gran banquete ofrecido por el Presidente Alvear al Cuerpo Diplomático y á los altos funcionarios argentinos; el desfile de una parte de las tropas; el *Tedéum*; un reparto de socorros á los necesitados; la iluminación. Esta, realmente espléndida, brillaba en arcos de fuego en la plaza y avenida de Mayo y en la del Congreso; los edificios particulares lucían también bellas iluminaciones. En el desfile, el regimiento de Granaderos á caballo fué ovacionado al pasar: con su uniforme anacrónico de brillantes charreteras y grandes borlas en el ros, que evoca en los argentinos el recuerdo de sus hechos y de José de San Martín. Diezmado en la guerra de la Independencia, fué incorporado el resto á otros Cuerpos militares; pero en 1903 fué formado de nuevo, disponiéndose por Decreto del Poder ejecutivo que el uniforme fuera el mismo que usó al ser creado. En este regimiento se reconoce el pueblo argentino, y al verlo desfilar le tributa sus más cálidos aplausos. Todos los periódicos han publicado extraordinarios, con fotografías y artículos laudatorios para sus figuras épicas; uno de ellos

publica trozos de una composición titulada *Oda á los Padres de la Patria*, del poeta Enrique Banchs, que no elogia la guerra, sino la paz; hay grandeza en esta oda que canta á los héroes del trabajo: al roturador de surcos; al que cruzó por primera vez los desiertos de la Pampa para llevar á ella la semilla de la cultura; al herrero, al molinero; á todos los hijos humildes del trabajo, que no destruyen, sino crean. Esos son los Padres de la Patria para este poeta, que supo hallar bellos y hondos acentos en su lira para cantar humildes motivos; un trozo del poema dice así:

«¿Quiénes fundan la estirpe? Aquí el primero,
el hombre que primero en esta tierra
llevó la carta que el abrazo encierra.

Cruzó llevando á la cintura, opreso,
un pedazo de idioma, en que confeso
se prolongaba un eco de constancia,
una angustia lejana, acaso un beso.

«¡A cuántos fué su aparición, suspensa
allá en la indecisión del horizonte,
del dolor de estar solos, recompensa!»

Y termina con una invocación al trabajo, á la paz, al deber; los versos son sencillos y revelan austeridad y amor á la patria, noble, firme y serena:

«Y este es mi voto, Patria; que tu suerte
en las obras sencillas se haga fuerte.

No una diosa
te flames, y te engañes de pomposa fiesta.

Que tu nombre, tan metálico, límpido y sonriente
sueñe á verdad austera y á palabra de honor.»

Y en los últimos versos exclama, previendo fáciles ensobrecimientos:

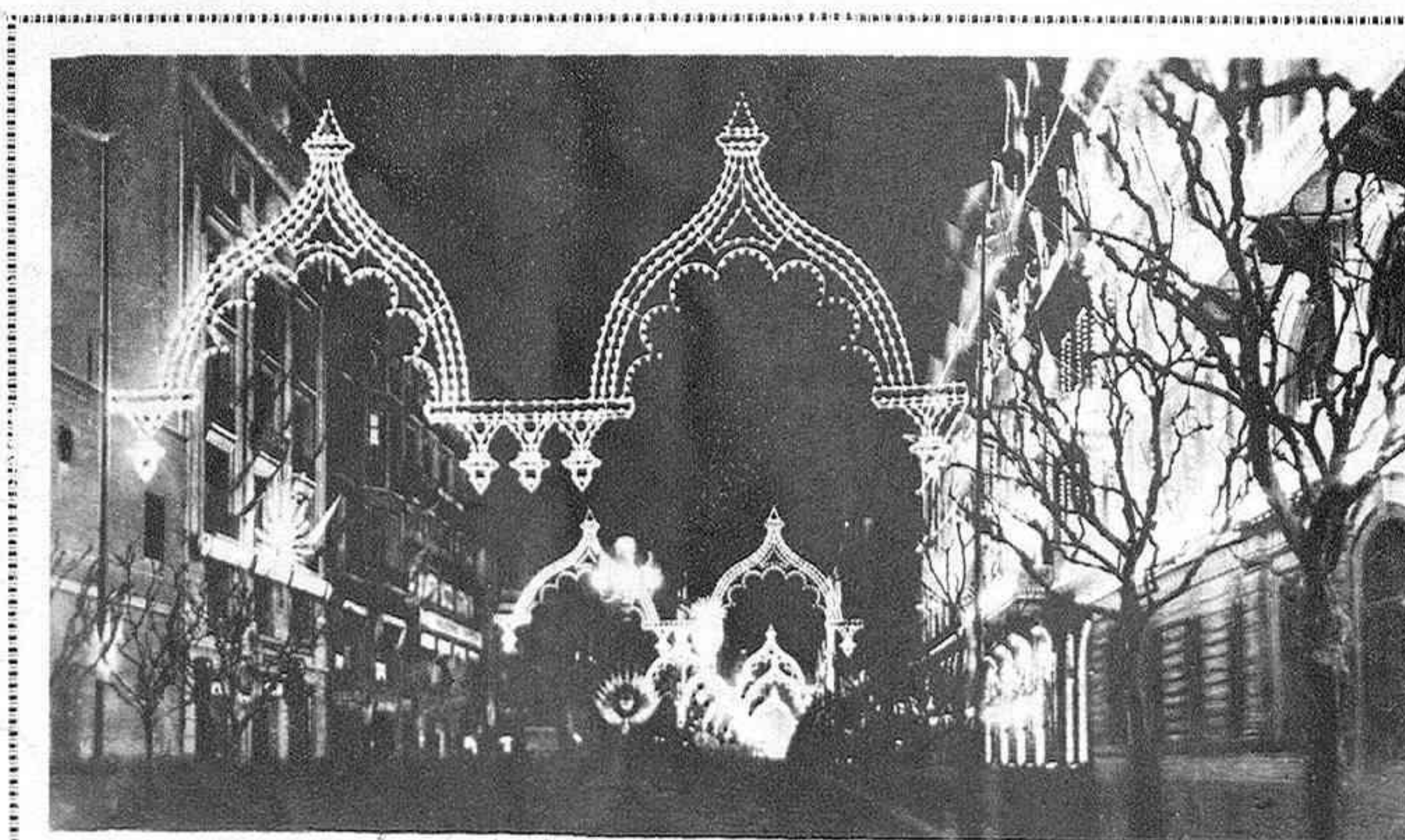
«No te quiero tan próspero
[ra, que olvides
el difícil deber!»

Ha sido muy grato encontrar entre la bélica exaltación patriótica estos acentos reposados que proclaman el amor al trabajo, á la cultura y á la paz.

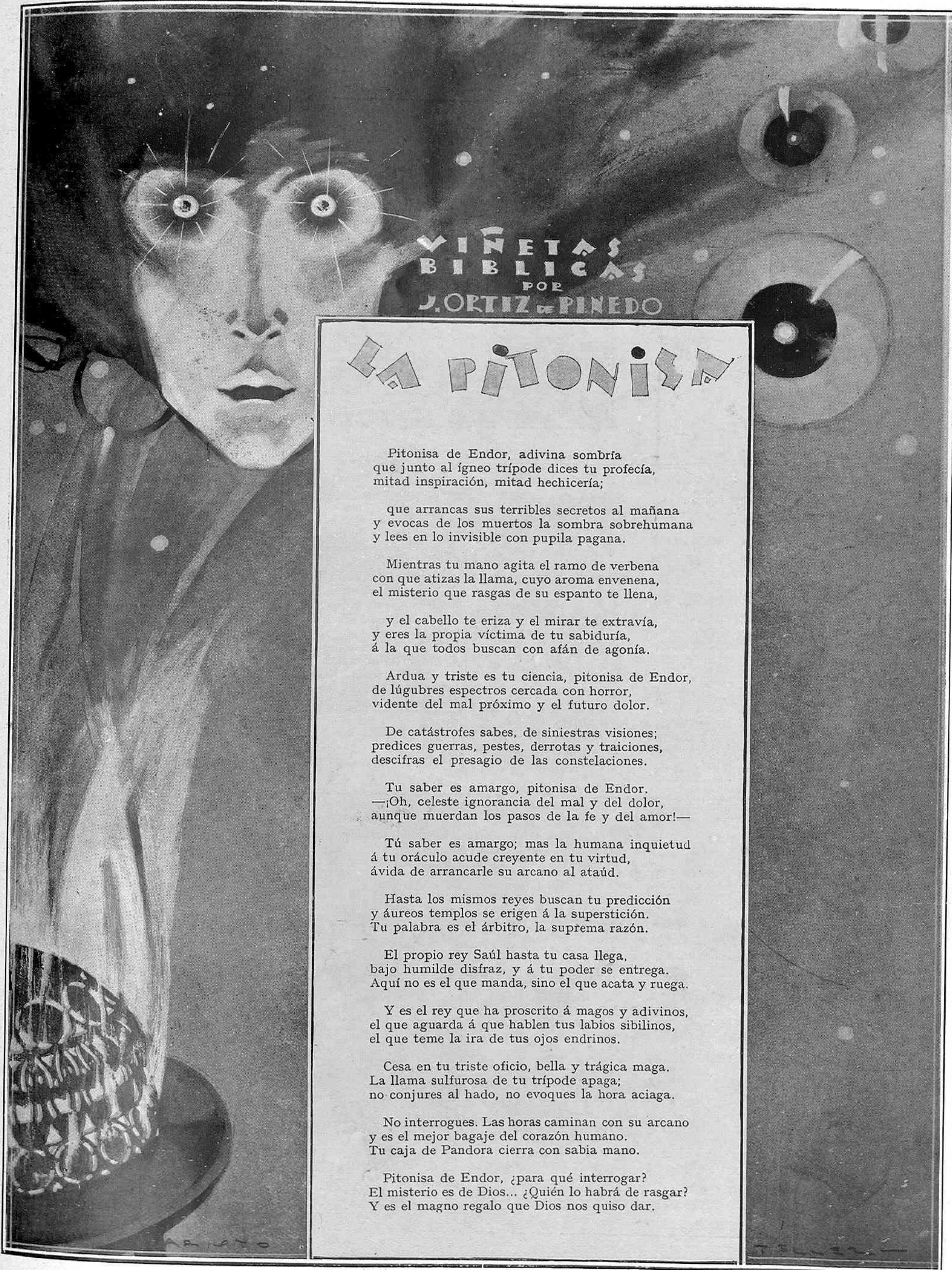
Ya terminados los festejos, vuelve la ciudad á la vida normal de trabajo continuo; de tráfico incesante; desaparece la profusión de banderas azules y blancas, y Buenos Aires recobra su fisonomía habitual de ciudad trabajadora y pacífica, atenta al cumplimiento de sus deberes, como pedía en sus versos el poeta.

ROSA CANTÓ

Buenos Aires, Mayo 1928.



Buenos Aires.—La Avenida de Mayo, con la iluminación extraordinaria



VINETAS
BIBLICAS
POR
J. ORTIZ DE PINEDO

LA PITONISA

Pitonisa de Endor, adivina sombría
que junto al ígneo trípode dices tu profecía,
mitad inspiración, mitad hechicería;

que arrancas sus terribles secretos al mañana
y evocas de los muertos la sombra sobrehumana
y lees en lo invisible con pupila pagana.

Mientras tu mano agita el ramo de verbena
con que atizas la llama, cuyo aroma envenena,
el misterio que rasgas de su espanto te llena,

y el cabello te eriza y el mirar te extravía,
y eres la propia víctima de tu sabiduría,
á la que todos buscan con afán de agonía.

Ardua y triste es tu ciencia, pitonisa de Endor,
de lúgubres espectros cercada con horror,
vidente del mal próximo y el futuro dolor.

De catástrofes sabes, de siniestras visiones;
predices guerras, pestes, derrotas y traiciones,
descifras el presagio de las constelaciones.

Tu saber es amargo, pitonisa de Endor.
—¡Oh, celeste ignorancia del mal y del dolor,
aunque muerdan los pasos de la fe y del amor!—

Tú saber es amargo; mas la humana inquietud
á tu oráculo acude creyente en tu virtud,
ávida de arrancarle su arcano al ataúd.

Hasta los mismos reyes buscan tu predicción
y áureos templos se erigen á la superstición.
Tu palabra es el árbitro, la suprema razón.

El propio rey Saúl hasta tu casa llega,
bajo humilde disfraz, y á tu poder se entrega.
Aquí no es el que manda, sino el que acata y ruega.

Y es el rey que ha proscrito á magos y adivinos,
el que aguarda á que hablen tus labios sibilinos,
el que teme la ira de tus ojos endrinos.

Cesa en tu triste oficio, bella y trágica maga.
La llama sulfurosa de tu trípode apaga;
no conjures al hado, no evoques la hora aciaga.

No interrogues. Las horas caminan con su arcano
y es el mejor bagaje del corazón humano.
Tu caja de Pandora cierra con sabia mano.

Pitonisa de Endor, ¿para qué interrogar?
El misterio es de Dios... ¿Quién lo habrá de rasgar?
Y es el magno regalo que Dios nos quiso dar.

LA QUE CREO LAS MUJERES DE GOYA

Por MARGARITA NELKEN



«La Duquesa de Alba, peinándose», dibujo á tinta china, por Goya



«La Manola», pintura mural, por Goya



«La Duquesa de Alba», dibujo á tinta china, por Goya

DE Watteau, que murió á principios del XVIII, y cuya obra, por lo tanto, hubo de desenvolverse en las postrimerías del reinado de Luis XIV, ó sea en plena mojigatería de la Maintenon, ha podido decirse que fué el padre de la gracia y del estilo Luis XV, y que sus figuras son el prototipo de la belleza dieciochesca. Siguiendo la misma trayectoria, ¿por qué no admitir que la maja y la manola goyescas antes fueron hijas que no modelós de Goya?

Y, en este caso, ¿cómo no admitir también que la duquesa María Teresa Cayetana fué antes musa que modelo de su pintor?

No soy de quienes creen, como si la hubieran visto, en una intimidad pecaminosa entre la duquesa gentil y su genial retratista. Por lo mismo que no la he visto, y que las hipótesis, en casos de esa índole, son siempre aventuradas. La tan traída prueba, aquella famosa frase de una carta á Zapater: «más te valía venir á ayudarme á pintar á la de Alba, que se me entró en el estupio, etc.», nos parece,

incluso, una prueba «en contra»: no es corriente llamar por su título á mujer con quien se sostiene intimidad absoluta, y menos dirigiéndose á un amigo y confidente del alma, y menos tratándose de quien, como nuestro pintor, acostumbraba, en su correspondencia, á no usar de eufemismos. Ahora bien: la intimidad pudo establecerse más adelante, verbigracia, durante aquel período de retiro que la duquesa observó en sus posesiones de Andalucía al quedarse viuda, y para distraer el cual (no era cosa tampoco de perecer de aburrimiento) hizose acompañar de quien había de inmortalizarla. (En este caso, ¿será prueba bastante las dos sortijas que ostenta el retrato pintado en 1797, y que tan caprichosamente yuxtaponen los dos nombres?)

Esta es, al menos, la «tesis» sostenida, con la más amena y más completa erudición, por el Sr. Ezquerro del Bayo en el libro que acaba de

dedicarla: *La duquesa de Alba y Goya*, en el cual saca á luz y comenta con gran acierto cuantos datos es posible recopilar sobre el asunto. Gracias al Sr. Ezquerro del Bayo, sabemos, pues, cuánto será posible averiguar acerca de la duquesa y de sus relaciones con su pintor. Dejemos

de lado la «conclusión» que á cada cual le merezcan estas relaciones, y saquemos del libro ésta, que sí es definitiva: la obsesión en Goya, como tipo de belleza, como «mujer-tipo», de la silueta de la duquesa de Alba.

•••••



Dibujo á tinta china, hecho por Goya, como proyecto de pintura mural para el enterramiento de la Duquesa de Alba, en el Oratorio de los padres del Salvador

Fácil es imaginarse lo que para Goya, hombre salido de un medio asaz tosco y humilde, habría de significar, no ya la duquesa en persona, sino el ambiente respirado en torno á ella. Como todo astro de primera magnitud, la duquesita Cayetana deja en sombra lo que tiene cerca; pero nada vulgar sería su esposo, de quien ahora, gracias á las pesquisas del Sr. Ezquerro, sabemos que no regateaba sacrificio para poseer cuar-



«La Duquesa de Alba con la negrita María de la Cruz», dibujo á tinta china, por Goya



«La Duquesa de Alba y un militar», dibujo de Goya, en el Museo del Prado

tetos de Haydn para su música de cámara, y en cuyo inventario, tras defunción, lo más sobresaliente fueron los instrumentos de música.

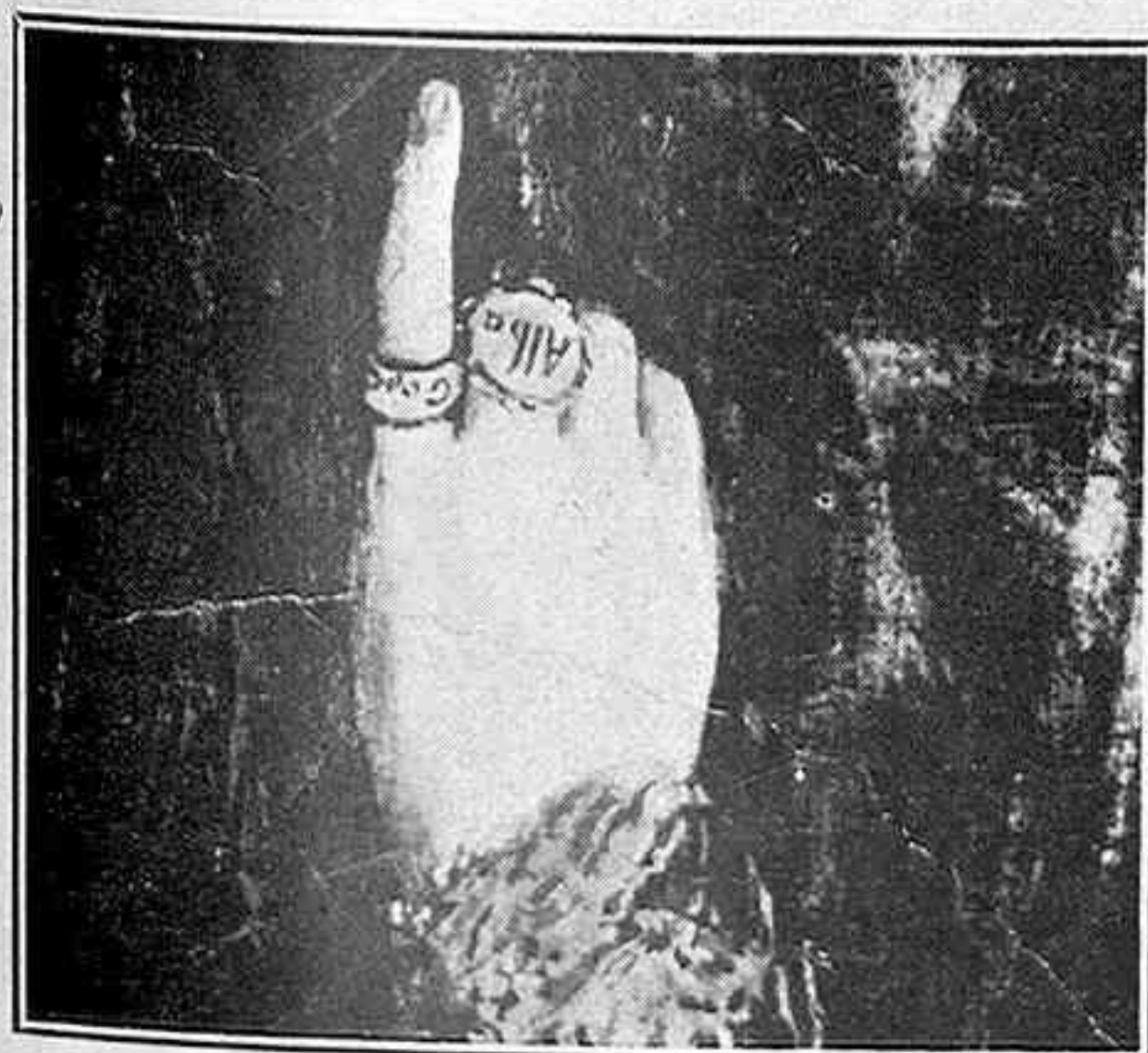
Este melómano, que quiso pasar á la posteridad con un cuaderno de música en la mano, cual se nos aparece en el retrato ha poco entrado en el Prado con el legado de la condesa de Niebla, debió de ayudar eficazmente á su duquesita á reunir, en Piedrahita y en Madrid, aquellas tertulias, las más espirituales (en el sentido francés de la palabra) de la Corte. Goya, introducido en pie de perfecta igualdad, en aquella mansión, más regia que la de los reyes, senti-

riase sencillamente embelesado. Y en su embeleso, como es natural, no había de entrar por poco la figura de quien, según descripción de un contemporáneo extranjero, era seductora hasta en la extremidad de sus cabellos. Duquesa-maja ó maja-duquesa; pero siempre, en su garbosa manolera, exquisitamente refinada. (Lo cual distaba, seguramente, mucho de ser la buena de D.^a Josefa Bayéu, aquella «Pepa», fiel compañera del artista y prolífica madre, y de quien la colección del marqués de Casa Torres conserva un autógrafo que prueba que no se mostraba, ni con mucho, dengosa frente á las francachelas, por demás *sans façons*, que armaban su marido y sus amigotes.)

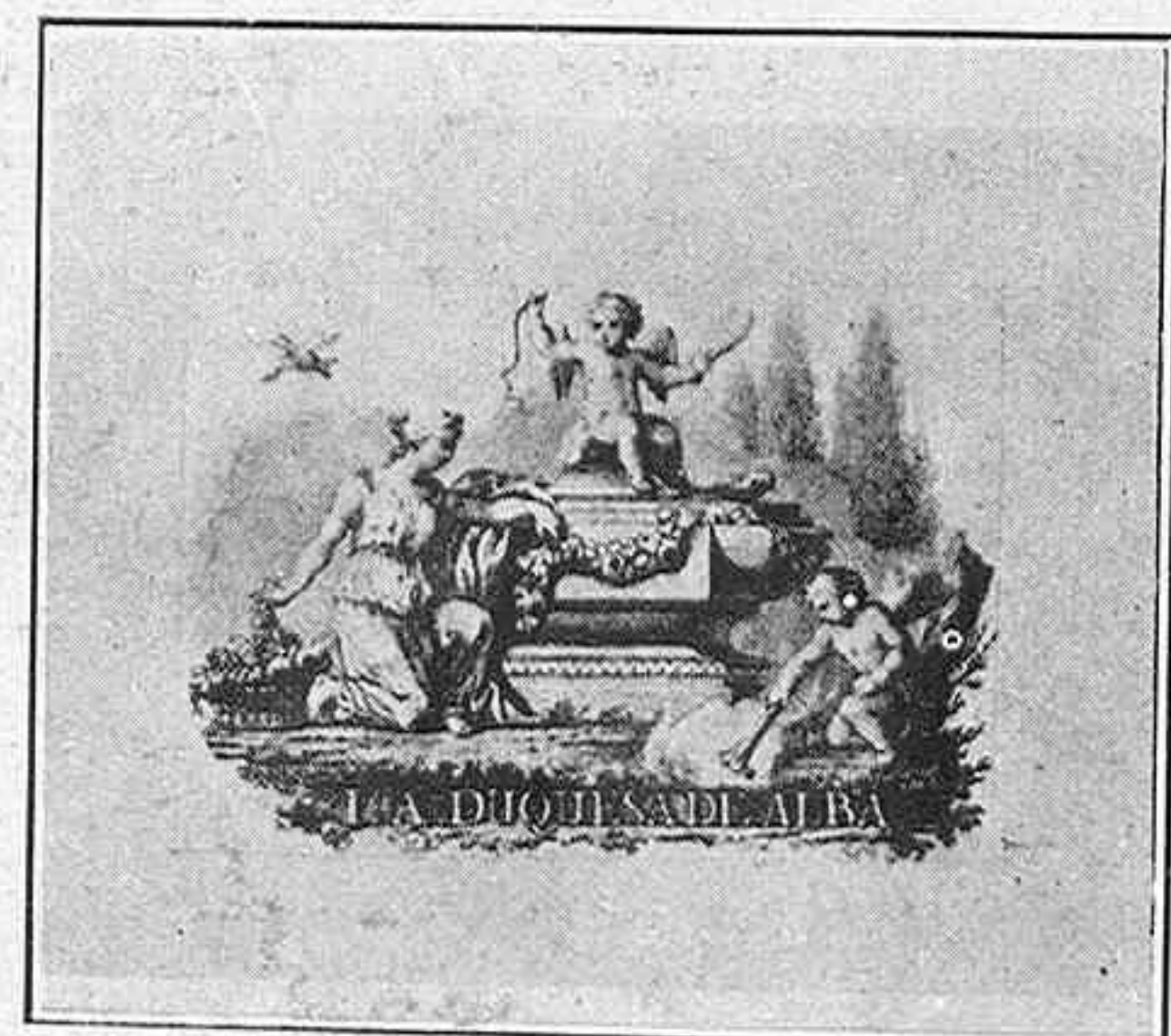
Esta duquesa Cayetana, si bien poco ó nada culta, en relación con sus «iguales» de allende la frontera, pero de inteligencia harto «trabajada» con relación á sus iguales de por acá, tenía y dió abundantes pruebas de ello, un ingenio vivísimo, un corazón de par en par abierto á las vicisitudes ajenas, y un innato sentido democrático patente en sus relaciones con sus numerosísimos criados. Don Francisco, no ya el de los toros, sino el de la médula del pueblo, hubo de sentirse perfectamente comprendido por la duquesa: más y mejor, de seguro, que por la hermana é incondicional admiradora, en su cariño fraterno, de los almibarados Bayéu. Luego, ese sentido tan español y hasta tan *españolista* de la vida que se respiraba lo mismo en el palacio de Buenavista, que en el palacete de la Moncloa, que en Piedrahita... Luego, ese amor á los niños de la mujer que no los tuvo y se hallaba siempre rodeada de ellos. (Antes de Goya, el arte español ignora el retrato infantil; sus niños son personas mayores que aun no han crecido, y Goya es el

primero que ve á los niños con su gracia genuina.) Luego, por fin, esa flexibilidad en el continente, en el aspecto y en los gestos con que la de Alba deshacía el empaque tradicional...

¿A qué buscar motivos que, al fin y á la postre, á nadie importan? Sin necesidad de intimidación «reprobable», fuerza es reconocer que, si bien Goya inmortalizó á su duquesa, esta creó, al menos en su inspiración primera, todas las mujeres de Goya: desde las de sus dibujos menos individualizados hasta esa «manola» pintada muchos lustros después de la muerte de la «musa», y evocación emocionante, por el artista viejo y solitario, de sus años de plenitud.



«La mano de la Duquesa de Alba», del cuadro de Goya, del año 1797



Tarjeta de visita de la Duquesa, ya viuda (Ilustraciones de Ezquerro del Bayo)

LA HISTÓRICA VILLA DE ALARCÓN

Su pasado, su presente, su futuro

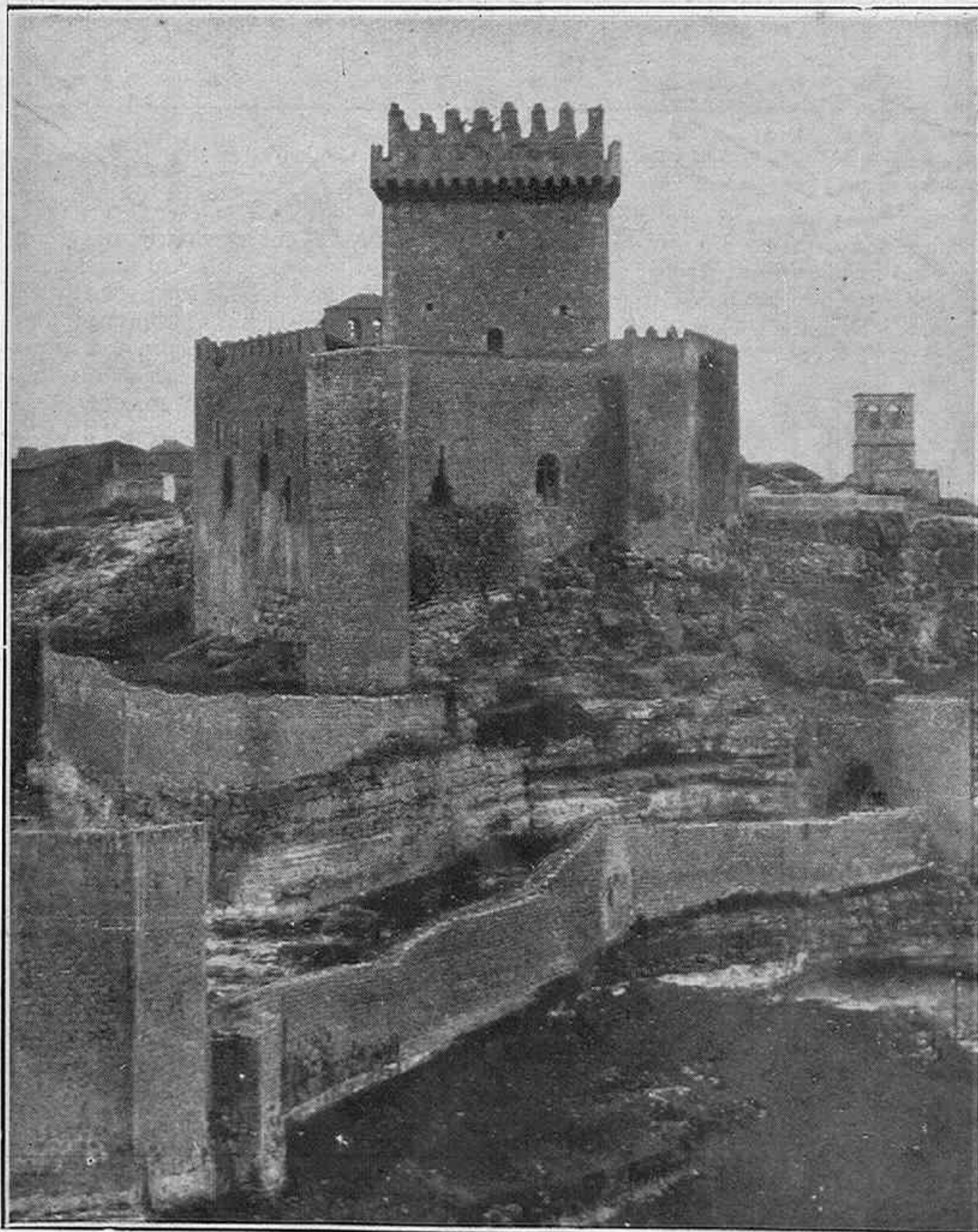
FUERON, según se cree, los Celtíberos quienes fundaron la hoy tranquila y reposada Villa de Alarcón.

Cinco fuertes muros, con otras tantas magníficas puertas y arca-das, ciñen valientemente, cual cinturón gigantesco, la periferia del poblado. Este descansa pacífico, solemne y en forma de herradura sobre la cima de una peña tajada, cual si hubiese sido hecha por el cincel del más sabio y atrevido escultor. Varios caminos pedregosos y estrechos serpentean por la falda de la montaña hasta escalar su altura, penetrando en el poblado por Saliente, Mediodía y Poniente. El primero es el único que da acceso por tierra, y los restantes, aquellos que al atravesar dos magníficos puentes de mampostería del más puro estilo románico que se levantan á derecha é izquierda del soberbio Castillo y siguen trepando perezosamente por ambas laderas de las dos montañas contiguas que separan la mole central de la llanura, hasta perderse desvanecidos en ambos horizontes.

A diez leguas de Cuenca, y en terreno fértil en frutas y huertas y rico en ganados, caza y pesca, fué habitada la villa, al tiempo de su fundación, por seiscientos vecinos, á más de la nobleza correspondiente, divididos en las cinco parroquias de Santiago, San Juan, Santo Domingo de Silos, Santísima Trinidad y Santa María, esta última la única que se conserva intacta (aparte de los objetos de arte que se le han extraído) y abierta al culto. Ganóla á los romanos un hijo del Rey goda Alarico, que, prendado de tan ameno sitio, la repobló, poniéndole por nombre *Alaricón*, para perpetuar la memoria de su padre, pero debido á las transformaciones del lenguaje, perdió con el tiempo la *i*, y quedó convertida en Alarcón, nombre con que se la designa en la actualidad, según nos dice el maestro Gil González Dávila, cronista mayor del Reino, en su *Teatro Eclesiástico*.

Pasado el tiempo, y estando en poder de los moros, fué conquistada por el Rey Don Alfonso VIII en el año 1177, que la pobló de nobles extremeños, cuyo caudillo principal era en esta expugnación el famoso Fernán Martínez de Cevallos, del valle de Trasunzia, en Asturias de Santillana, dignísimo descendiente del caballero Cevallos, que fué el que acompañó al Rey Pelayo en su peregrinación á Jerusalén.

Esta señalada hazaña fué recompensada por el referido Rey Don Alfonso, para memoria y honra de sus ilustres ascendientes y descen-



Sagrario y vista parcial del retablo de Santa María

dientes, trocando el apellido de Cevallos en el de Alarcón, por entonces una de las familias más ilustres y esclarecidas de España, y nombrando á su poseedor alcaide de la fortaleza de este pueblo. En el año 1194, D. Sancho Fernández, maestre XIII de Santiago, fundó un hospital para su Orden, que más tarde fué anexo al de Cuenca, quedando en la actualidad de tal edificio sólo tres, de las cuatro paredes que cerraban el recinto.

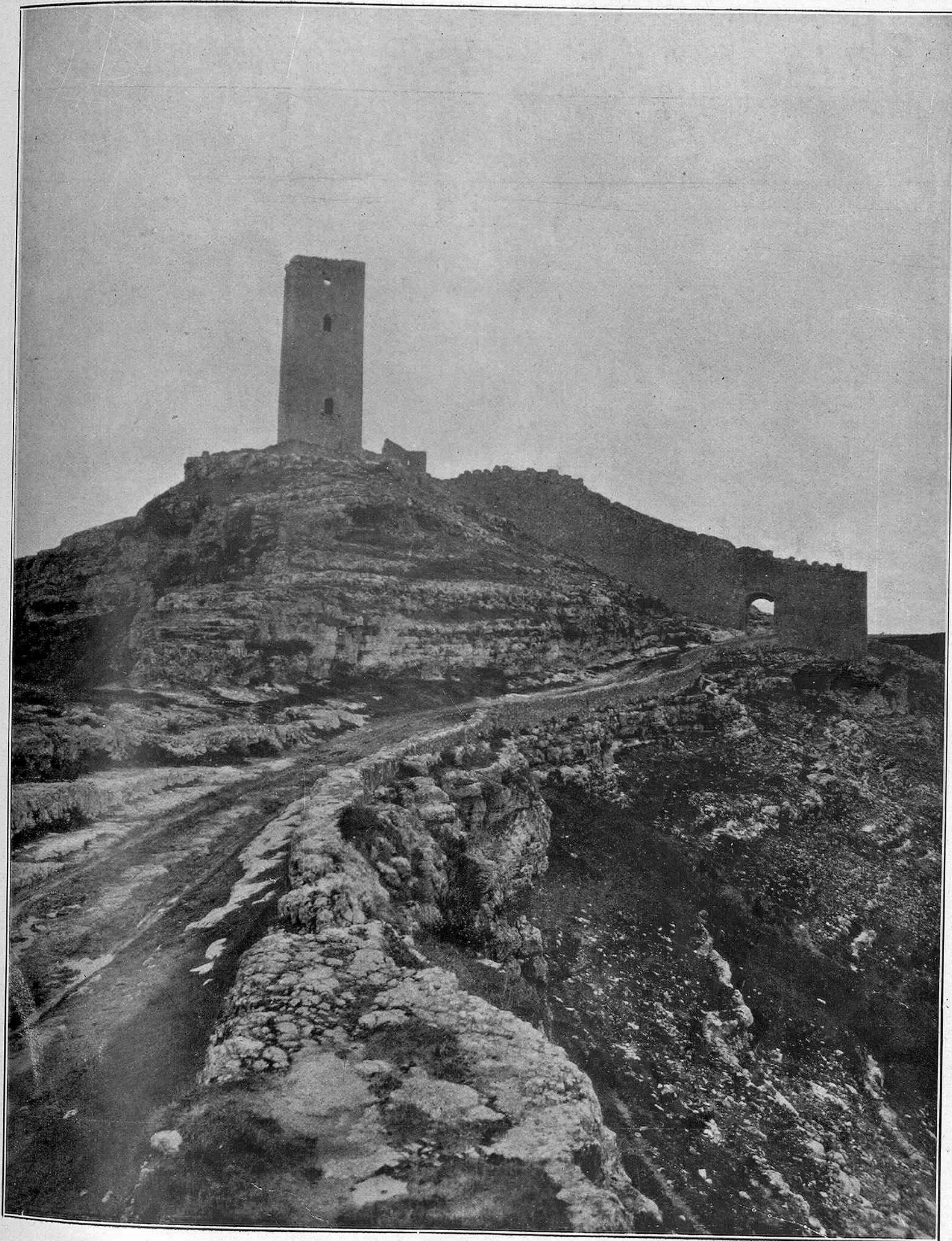
Muchas y muy variadas han sido las transformaciones que ha sufrido esta Villa de los Pachecos y Villenas desde aquellas memorables fechas de su poderío y engrandecimiento, hasta la presente de su decadencia y olvido; no hace todavía cien años era gobernada por cuatro alcaldes y un corregidor, estando abiertas al culto sus cinco iglesias é indemnes sus fortalezas, sus atalayas y su Castillo; pero la mano destructora de una generación inculta y sin conciencia ha sacrificado en aras del vandalismo todo cuanto á su alcance ha podido tener, y debido á un lastimable abandono, lentamente van desmoronándose esas herencias arquitectónicas que sólo la constancia, el trabajo y el entusiasmo de sus firmes y decididos constructores pudieron conseguir.

¡Qué dirían de nosotros aquellas generaciones pretéritas, tratadas por las de hoy de incultas y atrasadas, si volvieran á contemplar ya corroídas y en lastimable estado esas valiosísimas joyas de arte que nos dejaron ellas como legado santo de su esplendoroso poderío! Recuerdo á propósito una frase del Excmo. Sr. Duque del Infantado, mi ilustre y querido amigo, que en ocasión de visitar, hace tres años, en viaje de *sport*, esta mansión histórica, me hubo de decir: «*En el transcurso de mis años y excursiones he visto sitios en los que he hallado rincones dignos de rendirles ferviente admiración, pero ninguno como este, en donde en todas partes y en cualquier espacio se evocan los recuerdos de una grandeza artística sin límites, merecedora de ser atendida con solícita escrupulosidad.*»

Por eso, aunque tarde, una mano bienhechora, un corazón magnánimo, un hombre de firmeza y de honradez acrisolada, ha tenido la fina atención de escuchar nuestros justos ruegos, nuestras encarecidas súplicas, demostrando una vez más su actividad y cariño en la consecución de cualquier ideal que con su pueblo se relacione; este gran patriota es el Excelentísimo Sr. D. Miguel Primo de Rivera.

Vista general del castillo y torre del Homenaje

ANGEL TORTOSA NAVARRO
Alarcón, 1928.



Torre de Vigías en la Plaza de las Armas y Trofeos

(Fot. Campos)

EMOCIONES DE PARIS

PARIS HACE CUARENTA AÑOS



El público elegante á la puerta del Teatro del Vaudeville, una noche de gala, hace unos cuantos lustros

EL cine nos evoca ahora la vida de París hace veinte años, exhumando rancias películas de actualidad entonces y archivadas luego. Ríe el público, menos cruel que frívolo, ante aquellos aspectos de un ayer enternecedor, aunque no acusan enormes diferencias; pero las modas atrasadas y los destartalados coches de punto, por ejemplo, provocarán siempre la risa de quienes se precian de seguir la moda y van en automóvil, máxime si no entienden de matices... Porque los *films* que acaban de desente-

rrarse con regocijo general, aparte de su ridiculidad presunta y á pesar de su contraste escaso, ponen de relieve un discreto matiz no advertido por muchos: el de la distinción, cuyo sello ahogan nuestros días entre modernidades demasiado gregarias.

Sin embargo, París hace veinte años se identificaba casi igual que hoy. Para conocer mejor su alma, para comprenderla y para sentirla, conviene remontarse al París de hace treinta ó cuarenta años, cuando aún no dominaba Norte-

américa al mundo, cuando aún no había tranvías eléctricos ni *garçonnes*... Podemos reconstituirlo á través de amarillentas fotos que la edad aureola de añoranza dulce, y estas fotos, inmóviles al fondo de una perspectiva, despertarán con más razón la hilaridad de cuantos ríen fácilmente. A no pocos, en cambio, nos impresionan de otro modo, suscitando, en vez de carcajadas, un anhelo imposible y un vago escalofrío: el anhelo de tomar el tren que se ha marchado ya, el escalofrío que producen las apariciones es-



El «boulevard» de la Magdalena á fine del siglo XIX



Una plaza de la Concordia, aristocrática y enorme en contraste con la que hoy resulta insuficiente al tráfico



Un aspecto de la Exposición Universal de París de 1889, cuando se inauguró la torre Eiffel

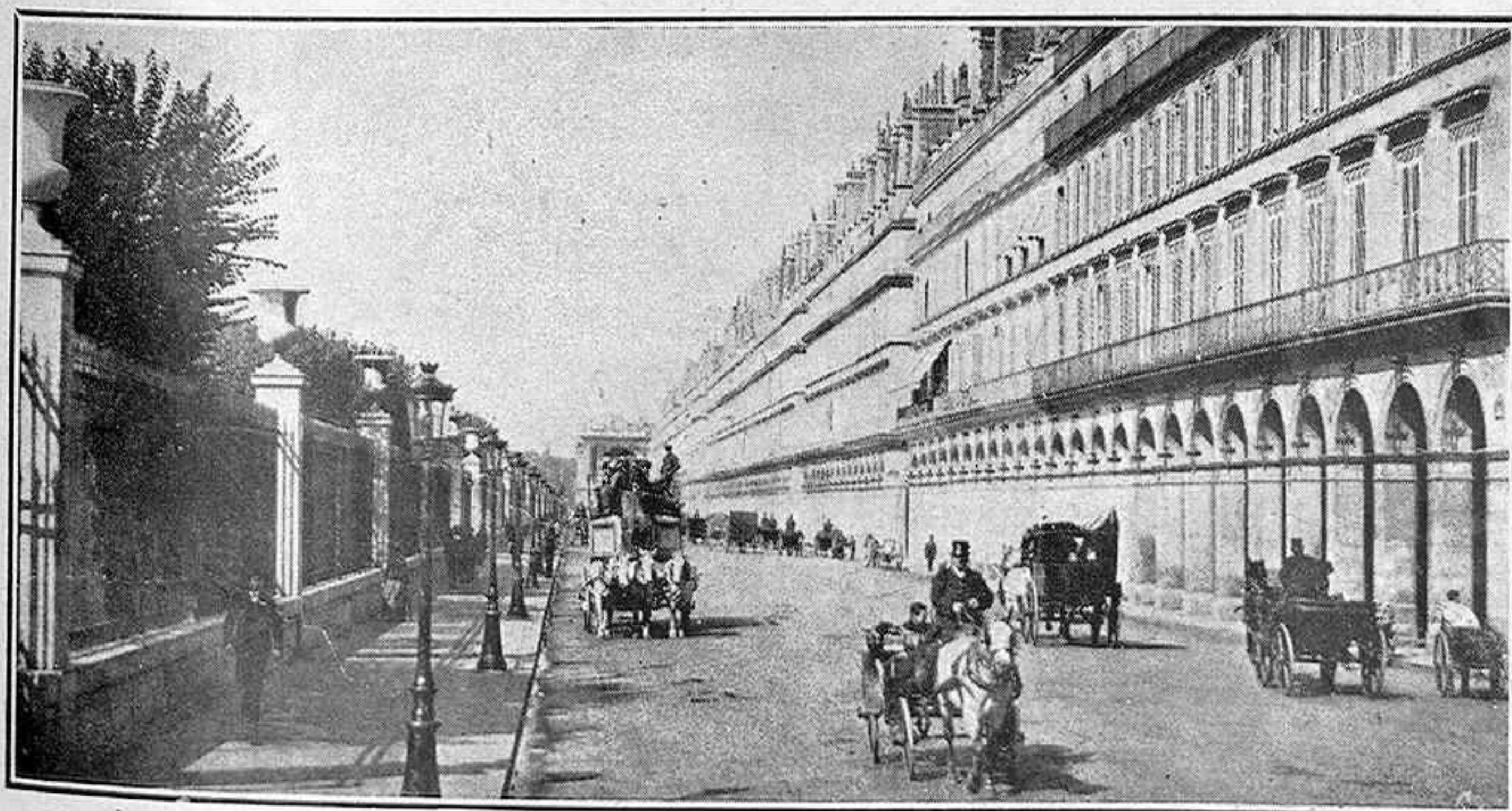
pectrales; por último, notamos que el París aquel, tan distinto al actual, horro de carácter á fuerza de poseer todos los caracteres, era el auténtico París, el único.

Durante luengo tiempo, Lutecia ha poseído una fisonomía definida, que variaba sin cesar de mostrarse *sui generis*, y languidece con el advenimiento de la guerra europea. Prescindiendo de épocas remotas, en toda la anterior centuria su exquisitez impuso leyes á la mentalidad del orbe, desde el romanticismo hasta la estética «fin de siglo»; viene más tarde el estilo novecentista, parisiense también, de las criaturas pálidas, las volutas y las hojas de ninfea; á la postre, tres lustros atrás, esta gracia típica, siquier de continuo discutible, agoniza á los compases místicos del tango... En nuestros días cabe creer que el genio parisino ha muerto ó se ha rendido al genio de ajenos países á los cuales remeda. París, actualmente, se parece á cualquier gran ciudad, acaso por pretender con éxito las demás grandes ciudades parecerse á París otrora, y no logramos reconocerlo sino merced á vetustos vestigios ó á obsoletas trazas.

Hay dos momentos culminantes de la influencia parisiana, frescos todavía en la memoria de infinitas personas: las dos Exposiciones universales de 1889 y de 1900. La primera inaugura una torre Eiffel visible de muy lejos, y sin la cual no atinaríamos en lo sucesivo á concebir la urbe donde se asienta; la segunda dicta nuevos cánones de arte. A la sazón, se extiende la hege-



Perspectiva... cronológica de la lujosa calle de la Paz



La calle de Rivoli en plena juventud, se nos antoja aquí casi deshabitada, no obstante su tránsito de coches y tranvías... de mulas

monía del *boulevard* por virtud de su *cachet* depurador y de su magia seductora. Una decoración de ensueño, con los más contradictorios edificios, surge á orillas del Sena, recelando su conjunto variolado cierta paradójica armonía, y afluyen á visitarla peregrinaciones de exóticos viajeros. Lo que llama Paname nuestra ironía moderna, se torna Atenas, Meca y Citerea para el turista que nos precedió, y alcanza su apoteosis. Después el ídolo padece un ocaso lógico—el péndulo del gusto oscila, y así lo exige el equilibrio—, de manera que ha de resignarse por su parte á influencias extrañas; á partir de aquel histórico minuto, poco á poco se esfuma la realidad de su prestigio, y al presente, su prestigio reflejo no deslumbra á nadie.

¡Qué encanto el suyo hace treinta ó cuarenta años!... Guiados por documentaciones é impelidos por la imaginación, paseémonos á lo largo de unas calles no atestadas de gente ni de vehículos. La marcha ganaba en majestad lo que la faltase de rapidez. Se llevaba excesiva ropa encima y se leía á la luz de petróleo. Los extranjeros constituían la *élite* cosmopolita acá, sin que apenas los desacreditara la menor escoria. Una elegancia sólida marcaba de refinamiento el *grand prix* de Longchamp y la salida de los teatros. Exenta de vértigo, conservaba sabor la existencia, y todo se manifestaba ponderado,

gracias á un exacto sentido de medida. Cada idilio revestía aparato novelesco y emanaba auras sentimentales... ¡Oh!, aquellos parisienses sabían adónde iban; mas su brújula cayó al agua por la borda del postrer *bateau-mouche*, y conforme procura convertirse en una metrópoli *up to date*, París se desnaturaliza.

¡París!... Es menester contemplarlo á alguna distancia cronológica, si nos interesa descubrir su secreto, un secreto de *chic* que está bastante *demodé*. Lo poetiza el recuerdo y lo revive nuestro nostálgico prurito, impregnado de una admiración como la que suscitan esas señoras venerables cuya extinta hermosura se deduce. Claro que el pretérito, quizá conmovedor por abolido, resultaría insuficiente no bien resucitara; al revés, difunto, resulta delicioso de curiosear, y embriaga con su evaporada esencia capitosa.

A raíz del camino recorrido en cuarenta años, mientras obreros del futuro escrutan un horizonte indiscernible y viandantes vulgares miran aquende los taludes, nosotros, simples divagadores de la ruta, algo emotivos, volvemos á momentos la cabeza hacia el pañuelo que nos dice adiós...

GERMÁN GOMEZ DE LA MATA

PÉRFILES DE AYER Y SILUETAS DE HOY

DE LA VIDA DEL CAMPO

La vida moderna, tan poco amiga de conservar leyendas y tradiciones, ha dado un golpe de muerte a la vida sosegada y patriarcal que aun no hace un cuarto de siglo solía hacerse en la paz de los campos, en lo intrincado de los montes y en los rincones de la sierra.

No sé yo si hoy hubiera tenido el divino fray Luis razones bastantes para escribir aquello de:

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Los *blaxons* de los automóviles, lanzados a toda marcha por carreteras amplias y caminos escondidos han acabado con todo el sosiego del campo y serenidad del alma que cantaron nuestros clásicos, tan aficionados a la musa virgiliana, elevando el alma y el pensamiento a las más altas cumbres del Parnaso.

Hoy el roto y malaventurado Cardenio, penitente de amor en el corazón de Sierra Morena, no hubiera permanecido incógnito tanto tiempo, ni le hubieran dejado lugar tranquilo para llorar la tragedia de sus celos.

Los pastores de hoy, por este acercamiento veloz de la ciudad al campo, saben más que muchos sabios de entonces que leyeron cátedras de filosofía y de humanidades en los famosos estudios mayores de Salamanca y Alcalá.

Antaño era una distracción ansiada por los rústicos guardas de los ganados el paso de las galeras, sillares de posta y aun más por los coches particulares de camino, que parándose en un fresco y delicioso lugar para que los viajeros acudiesen al reparo de los estómagos, siempre les dejaban las sobras de alguna vianda, que para su sobriedad era un exquisito regalo. Ahora pasan ante ellos las veloces máquinas, rugientes y hostiles, como ráfagas de muerte, inspirándoles más rencores que cordialidad, porque raro es el que no les deja algún can-

despanzurrado, ó patitendida alguna oveja que se descarrió.

Por esto los zagales y mochiles de las majadas suelen saludar a cantazos los raudos vehículos, que sobre no arrojarles ningún relieve comestible, les suele dejar algún daño que sentir en el rebaño. Y, sin embargo, cuando la fatalidad trae por cabo una desgracia y deja un *auto* volcado en una cuneta, y los que lo ocupaban fenecidos ó en trance de muerte, siempre esta gente rústica acude y pone cuanto está de su parte en el socorro de los heridos, aunque poco antes, al mirar la desmedida marcha del carruaje, dijese más de labios afuera que de corazón adentro:

—¡Permita Dios que *sus estrellis!*

A la sombra de los olivos todavía descansan los pastores de Sierra Morena, si más avisados que los que hubieron de precederles, porque ya he dicho que el mundo es muy otro, sosegados y

sin grandes ansias de medro, porque ya saben que su sino es el de ser siempre siervos, y a cualquier parte que vayan, su destino es servir, sin esperar grandes ventajas de su servidumbre.

Mientras el ganado pace y el borriquito portador del hato descansa trabado, para que en busca de los rastros no se vaya demasiado lejos, el rabadán y el zagal hacen pronósticos y resumen de sus vidas, sin que nunca llegue a inquietarles mucho lo que haya tras de las altas montañas, que son frontera que les separa del otro lado del mundo.

Cuando mucho, el viejo pastor que en los años distantes de la mocedad sirvió al Rey, recuerda los capítulos de aquella otra vida que le sacó de sus *casillas* por algún tiempo, retornándole al cabo a su menester campestre, para ya nunca volver a recordarse de que a la otra banda de las montañas existen tierras y gentes distintas de las que él ve cada día.

Viejo hay de éstos en el riñón de la Sierra que al subir de la tierra llana no volvió a preocuparse de lo que en ella pudiera acontecer, y así el tiempo parecía haberse estancado para él en los años en que estuvo en la milicia, y por esto, cuando ve gente cortesana, le pregunta si vive todavía la *Señora*, y la señora es Isabel II.

Claro es que estos nietos de aquellos cabreros con quienes topó nuestro señor *Don Quijote*, y a los que enjaretó el magnífico y jamás como se debe alabado discurso de la *edad de oro*, son los menos, pues los más, despertados los sentidos por los bocinazos de los automóviles, el girar de las hélices de los aviones, y acaso por una sesión de radio, un día en que bajaron a la ciudad a darle algún recado al amo, no tienen ya más semejanza con aquellos amigos de la pastora *Marcela*, de *Cardenio* y de *Galatea*, que ganarse el cotidiano sustento trabajando en el mismo menester.

DIEGO
SAN JOSE

(Dibujo de R. Marín)



DE «HUMANO ARDOR»

CAPÍTULO DE UNA NOVELA ARGENTINA

EL SUICIDIO DE ALMADA

Altas horas de la noche, minutos después de la tragedia, llegó la escalofriante noticia al café de *Los Bohemios*, donde solía acudir Salvadorito. El doctor Almada, el jefe de la Unión Nacionalista, acababa de suicidarse en un coche tomado al salir de su casa.

El doctor Almada era el inspirador, el alma de un partido político importante y, en esos momentos, el hombre más popular de la República Argentina.

La ciudad de Buenos Aires comenzó a agitarse conmovida, como en presencia de un gran dolor y, antes de transcurrida una hora, estaban en la calle los *boletines* con los pormenores del hecho infausto.

Los *boletines* decían, en síntesis, cómo el doctor Almada había preparado el drama terrible.

Se trataba de un acto cuya gestación era fácil de determinar conociendo ciertos antecedentes. Almada había luchado con toda clase de obstáculos para sostener su actitud de político intransigente, sin arriar su bandera de principios. Sus métodos de violencia debían subsistir en tanto no cayera el nefasto régimen político combatido y con el cual, desde su punto de mira, no era posible ninguna transacción. Tres movimientos revolucionarios habían sido preparados sin obtener el éxito definitivo que se buscaba; y esta demora en el triunfo producía, en las filas nacionalistas, desmoralizaciones y deserciones sensibles y anunciadoras de un disgregamiento que pudiera ser fatal para la marcha futura del Partido. Almada era un romántico de la acción y, comprendiendo que para un cuarto movimiento escasearían los soldados, tuvo la visión del sacrificio, como postrer y heroico recurso de combatiente dispuesto siempre a dar la propia sangre en holocausto de su causa. Después de una meditación de muchas horas, había adoptado el camino, único, que, en sus noches de insomnio y de fiebre, entrevieran sus ojos de patriota. El había soñado con ofrendar su vida en aras de las ideas de redención que sostenía, caer de cara al sol, como los buenos, en un día de gloria y de triunfo, ordenando el avance final contra las fortalezas oligárquicas enemigas, desde las barricadas modernas erigidas por sus manos de agitador y de rebelde. Pero el destino se oponía a sus deseos, las luces del alba auguradora parecían alejarse cada vez más de su ambición nobilísima y preciso se hacía adoptar una determinación extraordinaria para detener el proceso acelerado de la disolución partidista. La sangre, siempre fecunda, se dijo, podrá también salvar la vida del árbol que él sembrara sin que hubiera aún empezado a fructificar. Y entonces, magnánimo, abnegado y fuerte, pensó en la suya como en un riego, generoso y fecundo, que las generaciones futuras sabrían aprovechar agradeciéndolo.

De acuerdo con los detalles recogidos en los primeros instantes, subsiguientes a la tragedia, el doctor Almada había permanecido en su despacho escribiendo hasta las últimas horas de la tarde. Antes que cerrara la noche envió un propio con cartas urgentes para los amigos íntimos, la media docena de hombres jóvenes y fieles, los líderes y abanderados, la vanguardia invencible de la Unión Nacionalista, los leales al jefe, los destinados a continuar su obra política, retoños del tronco fuerte y ya dispuesto al sacrificio. Las cartas eran lacónicas, terminantes, como órdenes para una cita de gran importancia, urgentes e inaplazables, pero que nadie interpretó en su verdadero sentido. Y es que nadie podía sospechar, aún, que era aquella la cita última, puesto que iba a ser la de la muerte.

Respondiendo a las cartas, los seis amigos acudieron solícitos a la casa del jefe. Eran las diez de la noche, hora señalada por aquél para forzar su destino.

Cuando llegaron, el doctor Almada les espe-

raba en la sala grande donde acostumbraba a departir con ellos.

Complacido, amable, con su mejor sonrisa, estrechó las manos leales, jóvenes y vigorosas que se le tendían. Agradeció, con el más noble de sus gestos, la puntualidad de sus contertulios; habló, después, de cosas fundamentales, relacionadas con la ruta a seguir por el Partido en peligro; reafirmó, con palabras de admirable serenidad y energía, su criterio radical en materia de conducta política y cuando ellos esperaban la revelación del caso concreto, motivador de aquella reunión nocturna fuera de costumbre, el doctor Almada, lanzándoles una mirada cuyos efluvios quedaron flotando en el ámbito de la sala, se retiró pidiéndoles que le aguardaran unos minutos; agregando que en seguida tendrían noticias de la causa por la cual les había molestado.

Los amigos, como dominados por una fuerza magnética, misteriosa y desconocida, permanecían en silencio, experimentando luego algo así como un vacío moral, que sólo pudiera ser llenado por un hecho inmediato a realizarse, un hecho, más que anunciado, presentado, en el fondo subconsciente de los espíritus.

Diríase que la ausencia de Almada fuera solamente corpórea, puesto que su esencia perduraba allí con ellos, como si en realidad no se hubiera desprendido de allí, sino en forma puramente material; tanto fué así que, pasados unos segundos y cuando aún persistía el mutismo en el grupo, vieron cruzar, fúgitiva y en dirección a la calle, con sombrero y bastón, la figura esbelta del jefe y oyeron su voz como una orden que decía: —¡Vuelvo en seguida; esperad! Y ellos que, en otra ocasión, hubieran saltado, ágiles, para observarle y cuidarle, inquietados por las continuas amenazas flotantes sobre su cabeza, ni se movieron siquiera, como sujetos aún por la fuerza misteriosa, magnética y desconocida que, indudablemente, estaba allí, con ellos, obligándoles, dominándoles, imponiéndoles, como si, efectivamente, con ellos hubiera quedado la voluntad inquebrantable del maestro.

•••••

¿Qué había ocurrido en realidad?

Almada había determinado matarse en su casa, en la salita íntima, mientras en la habitación contigua aguardaran los amigos citados por él aquella noche. Al encaminarse para cumplir su propósito oyó, con sorpresa, voces que salían de la salita ocupada por gente recientemente introducida en ella por el criado de confianza. Entonces fué cuando pensó en huir hacia la calle. Cogió en el vestíbulo el bastón y el sombrero, atravesó el patio y se lanzó a la ventura. A pocos pasos del portal llamó un coche que marchaba lentamente. —¡De prisa, al club del Centro!—dijo al auriga trepando al estribo. —¡A la orden, doctor!—contestó aquél, y demostrando, en su voz y en su gesto, el placer con que iba a servirle, azuzó a los caballos. Trescientos metros más adelante Almada desnudaba su revólver y se disparaba un tiro en la sien derecha. El estampido confundióse con el ruido del rodaje del coche sobre el empedrado de la calzada, y el conductor, sin darse cuenta del drama que acababa de desenlazarse en el interior del vehículo, llegó a las puertas del club con el cadáver de Almada caído de bruces sobre el asiento delantero.

La impresión del cochero al constatar la muerte del jefe de su Partido—él era también nacionalista—fué terrible; y con esa impresión grabada en el semblante, dió en el club, con voz temblorosa y emocionada, la nueva tremenda.

Media hora después, la ciudad entera era sacudida por el gesto bravío del luchador, gesto que, al través de los años, iba a demostrar que nunca es estéril la sangre del sacrificio.

•••••

Cuando Salvadorito, mezclado en la rueda nocturna de los bohemios bonaerenses, oyó la noticia de la tragedia, quedó mudo, conturbado,



ALBERTO GHIRALDO
Ilustre novelista



absorto. Pero, ¿era posible aquello? ¡Almada, su maestro amado, el hombre admirable, el de las grandes energías, en quien confiaba todo un pueblo, caer así, herido por su propia mano! ¿Vencido Almada? ¡No!—exclamó Salvadorito como dialogando consigo mismo.—Su muerte será, seguramente, otra enseñanza, la última, la definitiva lección de varonilidad y de civismo; ésa que escrita con su propia sangre quedará —¡oh, sí!—para que la recoja y utilice el pueblo de sus amores—. Y, como un inspirado, esa misma noche—después de acudir al club del Centro, donde estaba el cadáver del maestro amado, cuya frente, aun ensangrentada, besó—, escribió para una publicación de vanguardia un artículo que era a la vez rugido y amenaza, grito y sollozo, voz de combate y treno de amargura, lágrima y castigo, expresión juvenil de su dolor profundo y protesta sonora, retumbante, contra los motivos originadores del drama.

Después, sin darse cuenta exacta de lo que hacía, fumó y bebió en cantidad excesiva. No durmió esa noche. Las luces del alba le sorprendieron en el club al lado del cadáver de Almada, al que acompañó a su casa, donde fuera trasladado una vez llenados los requisitos judiciales del caso. Allí, en la casa de Almada, se enteró de otros detalles complementarios del suicidio. En la salita, donde pensó morir para que inmediatamente le recogieran sus amigos fieles, estaban las cartas de despedida dirigidas a ellos y otras aún más íntimas, familiares, documentos todos dignos del alto espíritu que las dictó. Todas juntas, como se vió cuando fueron conocidas en su integridad, formaban el testamento político del caudillo: instrucciones, voces de mando, órdenes y pedidos, ruegos y estímulos a la lucha, gritos heroicos y goethianos de avance a través de las tumbas, sobre su propio cuerpo. El caía como los soldados cuyos son los cadáveres que llenan las zanjas para facilitar el paso de las columnas destinadas a conquistar la victoria. ¡Valiente, noble Almada; abnegado campeón! ¿Quién fué más puro, quién fué más íntegro, quién tuvo más amplio el gesto del sacrificio y el martirio dentro de la política sensual, egoísta y concupiscente de la época?

Las cartas familiares eran verdaderos poemas íntimos encerrados en una cuartilla cada uno. A la hermana, a la compañera gentil de su vida turbulenta, le dejaba las rosas de su jardín abiertas esa misma noche—y, en el perfume de las rosas, la caricia más sutil de su espíritu—; al hijo único de sus libres amores, al retoño glorioso de su carne, un beso amplio, en la frente, para que nunca la manchara un pensamiento impuro. ¡Ah, grande, noble y fuerte Almada! ¡Alma de poeta, brazo de acero, corazón de gigante!

ALBERTO GHIRALDO

Barcelona, 1928.

NUESTROS DIBUJANTES

JUAN BASILIO

DÍAZ, estáte quieto!
—¡Pero si no hago nada!
¡Díaz, estáte quieto!

No hay manera. No hay forma de convencer á nuestro fotógrafo de que estamos en visita. Es que esperamos á Juan Basilio. Es que, días antes, le he asegurado con una gran cantidad de palabras de honor que no me presentaría en su estudio sin prevenirle. Es que, á última hora, no sé cómo nos las hemos arreglado, que nos presentamos en casa del dibujante inesperadamente, faltando, por modo ignominioso, á la gran cantidad de palabras de honor que hemos dado. Y es que, mientras comparece Juan Basilio, Pepe Díaz se pone repentinamente de acuerdo con su aspecto físico. Quiero decir que se infantiliza, se peponiza y comienza á diablear por la estancia, admirándose de todo, curioseándolo todo, perturbándolo todo.

•••••

Pero sólo ha sido un momento de decepción. Nada más que un momento. Como para consolarme de mi desilusión por la metamorfosis de Pepe Díaz, Juan Basilio experimenta, á su vez, el influjo mágico. ¡Ahora es en él en quien se realiza el milagro de infantilización! Pero esta vez el prodigio es mucho más convincente. Porque ahora tengo ante mí una estatuilla infantil conocidísima. Porque me dispongo á interrogar al Juanito Basilio con quien compartiera los primeros sueños de arte allá en la común ciudad nativa.

Así, pues, no solamente le veo transformado en niño, sino en el niño que yo sé que fué, que yo conocí y frecuenté hace—con no ser muchos—muchos más años de lo que yo quisiera.

Y he aquí que el encanto se convierte en tormento. Se multiplica despiadadamente la dificultad de la interviú. Es muy difícil enseriarse de pronto y dialogar gravemente sobre cuestiones trascendentales. Tengo la seguridad que Juanito no me concibe, frente á él, ante unas cuartillas, tomando nota de sus opiniones sobre los temas que le propongo. E inversamente. No nos decimos nada, y estamos seguros, uno y otro, de que luchamos por librarnos del tenaz recuerdo de nuestra infancia.

No sé por dónde empezar. El ideal sería realizar la interviú sin darnos cuenta. Resueltamente: yo, sin echarme á reír, no puedo preguntarle á Juan qué opina, por ejemplo, de la nueva generación de dibujantes. Resueltamente: le diré que estoy—el día de nuestra charla—cansado de visitas profesionales. Resueltamente: «ya vendré á verte otro día para lo de la interviú». Resueltamente: «Bueno, hombre, bueno. ¿Y qué? ¿Trabajas mucho? Cuéntame cosas.»

•••••

Y así, con sigilo y arteria, robo los datos indispensables para mi trabajo.

—Oye, me dijo *K-Hito* que te habías empeñado en dimitir la secretaría de la Unión de dibujantes.

—Y, por fin, he logrado que me la aceptaran. Me daba cuenta de la responsabilidad del cargo, y yo no dispongo de tiempo suficiente para dedicarle todo el que exige. Yo espero mucho de *K-Hito*, como presidente, y de la actual Junta directiva.

Como no iba tomando nota de lo que me decía Basilio, no acierto ahora á establecer el hiiván entre la noticia de su dimisión y su elogio de otras organizaciones corporativas de dibujantes extranjeros.

—Lo admirable es la organización de los dibujantes en Norteamérica. El Club de Ilustradores, de Nueva York, cuenta con estudios y modelos propios—estos últimos fichados rigurosamente con cada una de sus características—. En cuanto á comodidades y servicios ajenos á los de índole puramente profesional, todos los que aquí sólo son concebibles en círculos de amplia admisión, casi exclusivamente condicionada al importe de la cuota. Incluso en casos de enfermedad, el sanatorio costeado por el Club. Publican, además, un directorio anual con las direcciones

de todos los dibujantes, nacionales y extranjeros. Porque es sabido que en Norteamérica son muchos los dibujantes extranjeros que viven y trabajan como si fueran nacionales. Con todas estas ventajas y facilidades para el trabajo, se comprende la superioridad del dibujo norteamericano sobre el de otros países. Sí, ya sé... Está muy extendido el tópico del academicismo del dibujo norteamericano. Para desmentirlo basta hojear algunas revistas del país. Que yo recuerdo de momento: *Raleigh* es modernísimo, ágil, gracioso. *Vanity Fair* es una revista avanzada. Tú conocerás el *Theatre Magazine*... En pocas revistas europeas verás «cosas» más atrevidas, más revolucionarias. Además, la misma falta de tradición en el pueblo norteamericano es una razón para que sus artistas se sientan más libres, más desembarazados... Para ser modernos, ultramodernos, no tienen que realizar esfuerzo alguno, pues que no tienen que romper ningún vínculo que pudiera unirles á un pasado artístico, á un modelo anterior.

De pronto Basilio retrocede en su discurso. Es como el caminante que desanda unos metros



JUAN BASILIO

Juan Basilio nació en Jerez de la Frontera, en 1896. Como la mayor parte de nuestros dibujantes, sustituyó la enseñanza académica por un entusiasta practicar anárquico, en que la voz de la razón y de la experiencia quedaba inaudita ante el clamor irresistible de la propia intuición. En 1915, es decir, á los diecinueve años, Juan Basilio emprende la gran aventura de la conquista de Madrid. Como él mismo dice, traía á la Corte, por todo bagaje artístico, una gran afición, y por toda ayuda económica... otra gran afición á no morir. Esta inusitada riqueza de medios de perecer contribuyó en gran manera, como era lógico, á proporcionar al intrépido jerezano unos años de sobriedad ejemplar, casi de abstención absoluta. Luego, la vida se le muestra más propicia y, en menos de un año, conquista las principales revistas españolas y un gran número de editoriales. Tan gran número, que bate el «record» de portadista, dibujando 35 portadas en un mes. Las publicaciones de «Prensa Gráfica» y «Blanco y Negro» han reproducido en gran parte la admirable labor de este feroz autodidacto, que habla de llevar su independencia temperamental al extremo de no asistir, como norma irrevocable, á ninguna exposición ni concurso

(Fot. Ragel)

para recoger algo que hasta entonces no advierte que se le ha caído. Y hasta diría que retrocede con enojo, no por el simple hecho de que algo se le haya caído durante la marcha, sino más bien por el precio que él concede á lo momentáneamente extraviado.

—Pero, ¡qué prejuicio por lo académico! ¿Y sabes lo que te digo? Que muchos dibujantes de

tipo académico, ú ortodoxo, ó canónico, ó como quieras llamarles, son más honrados en su labor que la mayoría de nosotros. Yo aprecio en todo lo que valen á un Huerta, á un Méndez Bringa, á un Regidor. Lo más seguro, créeme, es saber dibujar. Lo más aleatorio, limitarse á dibujar á la manera de este ó aquel dibujante. Un modelo cualquiera puede pasar de moda. La Naturaleza, el objeto vivo, son modelos eternos. ¿Te acuerdas de Mucha? Para algunos fué como una revelación, como la Gran Clave, como el descubrimiento de la piedra filosofal. Pues bien, ya no está de moda. Créeme: algunos se dedican al dibujo, más que por verdadera vocación al arte de dibujar, por bobalicona y pasajera admiración á las habilidades y trucos de un dibujante determinado.

Sé que Federico Ribas es una de las admiraciones predilectas de Juan Basilio. Y sé también lo que le irrita que alguien se figure que él tiene el menor interés en ocultarlo.

—Es verdad. Considero á Federico Ribas el mejor dibujante español contemporáneo. Soy discípulo suyo en el sentido de que viéndole trabajar, saturándome de su técnica, aprendí á dibujar. ¿Que estoy influenciado por su arte? No se dan cuenta quienes esto dicen que tal afirmación supone un desmesurado elogio. Porque el arte de Ribas es el mismo de todos los grandes dibujantes del mundo. Una cosa es el estilo y otra el amaneramiento. Como Federico Ribas no es un dibujante amanerado, es imposible concederse á sí mismo patente de artista mediante el bonito truco de copiar su manera. En todo caso, habría que imitar su estilo. Y ya acabo de decirte cuál es el suyo.

¡Bravo! ¡Amistad admirable! No le basta el exaltado elogio. Hay que defender al amigo de los enemigos.

—¡Es un maestro, un verdadero maestro! Y se renueva constantemente. Los que dicen que copia, le calumnian. Falso, falso. Cuanto lleva su firma procede de su corazón y su cabeza. Lo que es mucho más meritorio, porque trabaja como un negro.

No contradigo á mi interlocutor en cuanto á la atribución á los negros de una actividad demostrablemente opuesta á su naturaleza tarda y floja, y no recuerdo cómo—ni hay por qué explicarlo—proyecto el foco discursivo sobre el tema de la juventud y las luchas de grupos.

Verdaderamente, yo no estoy muy seguro de la realidad de estas luchas. Pero creo conveniente, para animar el paisaje profesional de los dibujantes españoles, hablar de ellas, con la sana intención de inventarlas, si se comprobasen mis razonables conjeturas respecto á su inexistencia.

—¿Qué quieres que te diga? Yo no soy viejo. Ni artísticamente creo ser un viejo. Si no como iconoclasta, como «todavía joven», no seré yo el que me atemorice ante el empuje de la juventud. Pero no creo que en España, entre los dibujantes, exista esa lucha de grupos. No. Se puede decir que despreciamos esas cominerías. Tenemos un sentido más amplio, más generoso, de la vida. No, ya te digo... Grupo contra grupo, no. Aquí lucha todo el mundo contra todo el mundo. Somos gente de grandes concepciones.

—Se utiliza poco el dibujo en el periódico diario. ¿Es que nuestros dibujantes no están preparados para esa especialidad del dibujo informativo?

—Yo creo que tenemos varios dibujantes—no muchos—muy capaces de esa labor. Son las Empresas las que no parecen interesarse por esa clase de información artística. Es un trabajo muy ingrato, que se ha de cobrar muy bien, ó no hacerlo... Figúrate el tiempo que tienes que dedicarle. No se hace en casita, sobre el caballete. Hay que ir á donde se produzca la información. Con lo que hay que dibujar al día para vivir de una profesión como la nuestra, no se puede perder una mañana ó una tarde en una sola cosa. Desde luego, ese dibujo es difícil. Muchos buenos artistas, indiscutiblemente buenos, es muy probable que fracasaran al intentarlo. Lo que tampoco debe asombrar á nadie. Ante la obra buena, el público no tiene por qué preguntar á su autor cuánto tiempo ha tardado en realizarla.

Ese arte del dibujo rápido hay que valorizarlo, desde el punto de vista puramente artístico, no por el mérito de la rapidez, sino por el que pueda tener como tal dibujo. Acuérdate, por ejemplo, de los caricaturistas de café. Te hacen la caricatura en un segundo. Lo que no impide que, por lo regular, sean muy medianos artistas. En cuanto el arte ó la ciencia se conciben exclusivamente como oficios de habilidad, pasan—modestamente, no quiero decir si ascienden ó descienden—á la categoría de números de circo. Los rapidísimos cálculos de Inaudi—al menos, los que suponemos libres de truco—no autorizan á considerarle como un gran matemático.

¡Inaudi! El nombre del calculador maravilloso asociará perfectamente la parrafada anterior con el cálculo probable del beneficio económico que deducirán, sin duda, de sus Exposiciones los dibujantes hispanos.

—¡Horrible! ¡Horrible! No se vende un cuadro. En España no interesan ni los dibujos ni los dibujantes. Y no se piense que hablo así porque respiro por la herida. Yo no he asistido nunca á ninguna Exposición ni á ningún concurso. Pero, puedes creerlo, es algo vergonzoso... Se regatean la peseta, el céntimo, de una manera ignominiosa

—¿Ni siquiera los nuevos ricos?

—Los nuevos y los viejos ricos decoran sus hogares con estampas. Pero no solamente porque les cuestan más baratas; es también porque les gustan más. Les parecen mucho más «bonitas» que los dibujos originales. Y desde luego mucho más «vistosas».

—¿No te parece extraño que siendo el dibujo un arte de expresión universal—como la música—no acojan las revistas de cada país, con más frecuencia, dibujos de artistas extranjeros?

—Habrá que recurrir para explicarse el fenómeno al espíritu nacionalista. Es muy posible también que la pereza sea, en algún modo, responsable... Para las Empresas es más sencillo y más cómodo entenderlas con los de casa... No olvidemos, por otra parte, la presión de la amistad, los compromisos... Sin embargo, algunos casos, aunque excepcionales, se pueden contar. Gosé, compatriota nuestro, dibujaba para revistas de todos los países. Hoy mismo, Bergström, Drian, Lepape, colaboran en revistas norteamericanas. En las revistas inglesas no es raro ver dibujos de artistas franceses. Verdad que en este último caso interviene una razón de economía: en Londres es bastante más barato un dibujo de un artista parisiense, que de un artista londinense. Este factor económico debe de ser muy influyente en esas relaciones artísticas internacionales, porque fijate, por ejemplo, en el escándalo de las caricaturas extranjeras. Me refiero á España. Casi toda la Prensa diaria dedica un considerable lugar al humor de fuera. Es de suponer que la sección interesa á los lectores por ser gráfica y humorística, y no por extranjera. Se trata, pues, de un ingreso no desdeñable que se resta á los dibujantes españoles. Antes de presentar la dimisión, sugerí á la Unión de Dibujantes la conveniencia de ocuparse de este asunto. No sé si al fin se habrá decidido á ello.

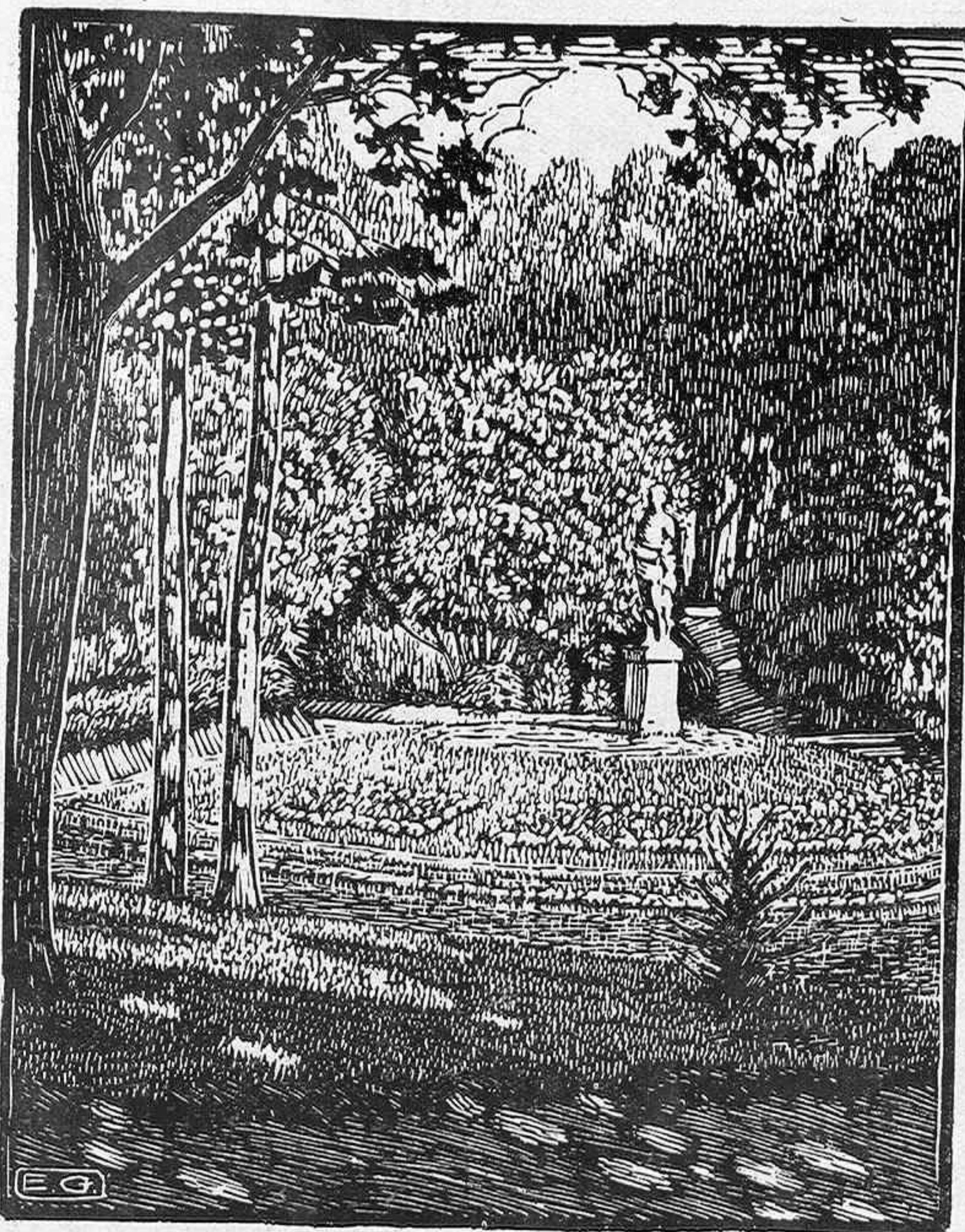
Mi designio era celebrar esta interviu sin trahir, con el menor detalle que la estaba celebrando. Sencillamente, charla que te charla... Y hasta, al salir de casa de Basilio, creía que había logrado mi propósito. Que no era exactamente el que mi amigo no se diese cuenta de que estaba sometido á un trance periodístico trascendental. (¡Cualquiera da gato por liebre á este andaluz malicioso y socarrón!) Sino que celebráramos la entrevista, olvidados del destino que le aguardaba. Y repito que creí lograda mi intención. Y ahora añado que esto creí porque así había ocurrido, en efecto.

Pero ahora, al leer las cuartillas escritas, advierto que he fracasado al pretender reflejar la manera, el modo de nuestra charla.

Y hago esta advertencia final para regarte, ¡oh, lector!, en mi nombre y en el de Basilio, no tengas para nada en cuenta mi torpeza expresiva. No nos sospeches, en aquella coyuntura, infatuados, ensoberbecidos, deliciosamente estúpidos... Tú me comprendes... Vaya, como dos chavales, diciendo tontunas y echándose las terriblemente de hombres.

FERNANDO DE LA MILLA

IMPRESIONES MADRILEÑAS



EL RETIRO

La sombría piedad de la mansa arboleda,
la infantil alegría en los quietos rincones,
el rumor de los pájaros cuando dan sus canciones
aromando de música la estival Rosaleda.

La oración de las hojas resbalando sin vida
en el polvo amarillo de la gris avenida...
Todo invita al amor en la paz de «El Retiro»:

Deslizar de los cisnes, con sus alas de seda,
como dos abanicos de nevados plumones,
y cantar de la fuente que deslía ilusiones
de cristal, que, al romperse, en silencio se queda...

Paraiso de ensueños y jardín de quimera
que perfuma las almas de sensual Primavera,
oyendo un «no me olvides», un beso y un suspiro...

José A. BALSEIRO

(Dibujos de Ernesto Gutiérrez)



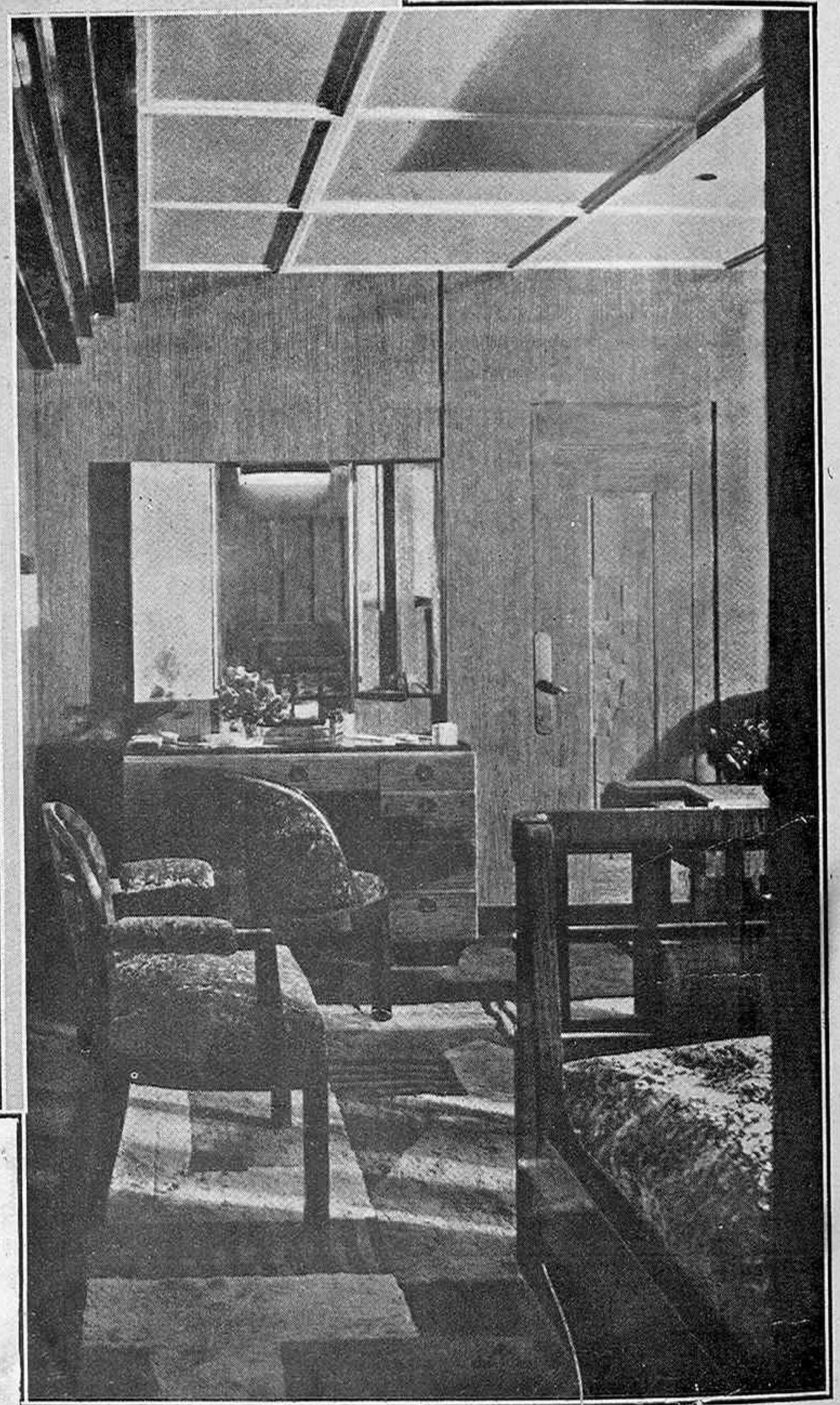
PARIS

Exposiciones de Primavera

*El XVIII Salón
de los Artistas
Decoradores*



«Comedor para un gran hotel», presentado por Kohlmann y Dubreuil



«Dormitorio de un departamento de lujo á bordo de un trasatlántico»

INSTALADOS en el Gran Palacio de los Campos Elíseos, como en años precedentes, los Artistas Decoradores prosiguen el magnífico esfuerzo que pareció culminar en la Exposición de 1925, mostrándose vacilante y desorientado en las Exposiciones posteriores de 1916 y 1927, y que en la presente, dueño otra vez de su destino, establece punto de partida para un nuevo impulso ascensional.

Este Salón es, ante todo y sobre todo, el de la Casa Moderna. Las tres cuartas partes de los stands contienen habitaciones decoradas y amuebladas por los *ensemblers* de más prestigio en París... Maurice Dufrené, director de *La Matrise*; René Prou, director de *Pomone*; Etienne Kohlmann, director del *Studium-Louvre*; madame Chauchet-Guilleré, directora de *Primavera*, nos proponen salas, comedores, bibliotecas, dormitorios, cuartos de baño, *boudoirs*, despachos, estudios, cuando no, como le ocurre á Dufrené con su «Casa Común», la residencia entera.

Quedan, pues, las demás secciones del Arte Decorativo relegadas á segundo término. La cerámica, los vidrios, los hierros, los tejidos, las joyas, las encuadernaciones, los mármoles, cons-

tituyen pequeñas Exposiciones sin importancia, al margen de la general, única interesante, y que podría titularse *De la Vivienda, en función de la Vida moderna*.

•••••

En Francia, más aún que en Alemania y Austria, casi todos los *ensemblers*, los «conjuntistas» del mobiliario y del decorado, son antiguos obreros: artífices de la madera y del hierro que han elevado su plano de acción merced á un temperamento artístico excepcional, servido por conocimientos adquiridos en las escuelas técnicas.

Nada tiene de extraña, y por lo contrario es perfectamente lógica, la sugestión que sobre estos iniciadores ejerce el mueble, en sí mismo, considerado aisladamente. Efecto de esta sugestión ha sido—y es aún en ciertos casos—la falta de homogeneidad entre los elementos del moblaje y del decorado, y, como conse-

cuencia, la falta de ambiente en el conjunto. Pero estos defectos han ido corrigiéndose á medida que la experiencia los ha hecho observar. De otra parte, el abuso de los planos rectilíneos, el exceso de sobriedad y la obsesión constructiva, opuesta á la tendencia decorativa, que impulsieron á los modelos de los primeros renovadores una rigidez y una tristeza mal avenidas con el espíritu del hogar, se han atenuado ó desaparecieron gracias á las influencias alemanas y austriacas, siempre fieles, dentro de las orientaciones nuevas, á la blandura de perspectivas, á la gracia de curvas y á la intimidad de luces que prestan á la casa una atmósfera y un alma.

Así, esta Exposición de 1928 supone un progreso muy notable sobre las dos anteriores, é inicia un ciclo de arte más completo y duradero, libre ó casi libre ya del sentido arquitectónico que malogró los precedentes intentos y que aún pesa sobre ciertos conjuntos, como el de Djo-Bourgeois, uno de los orientadores que más prometía en 1925, y que de entonces acá, en fuerza de acentuar su fórmula de sobriedad, se anuló por completo.

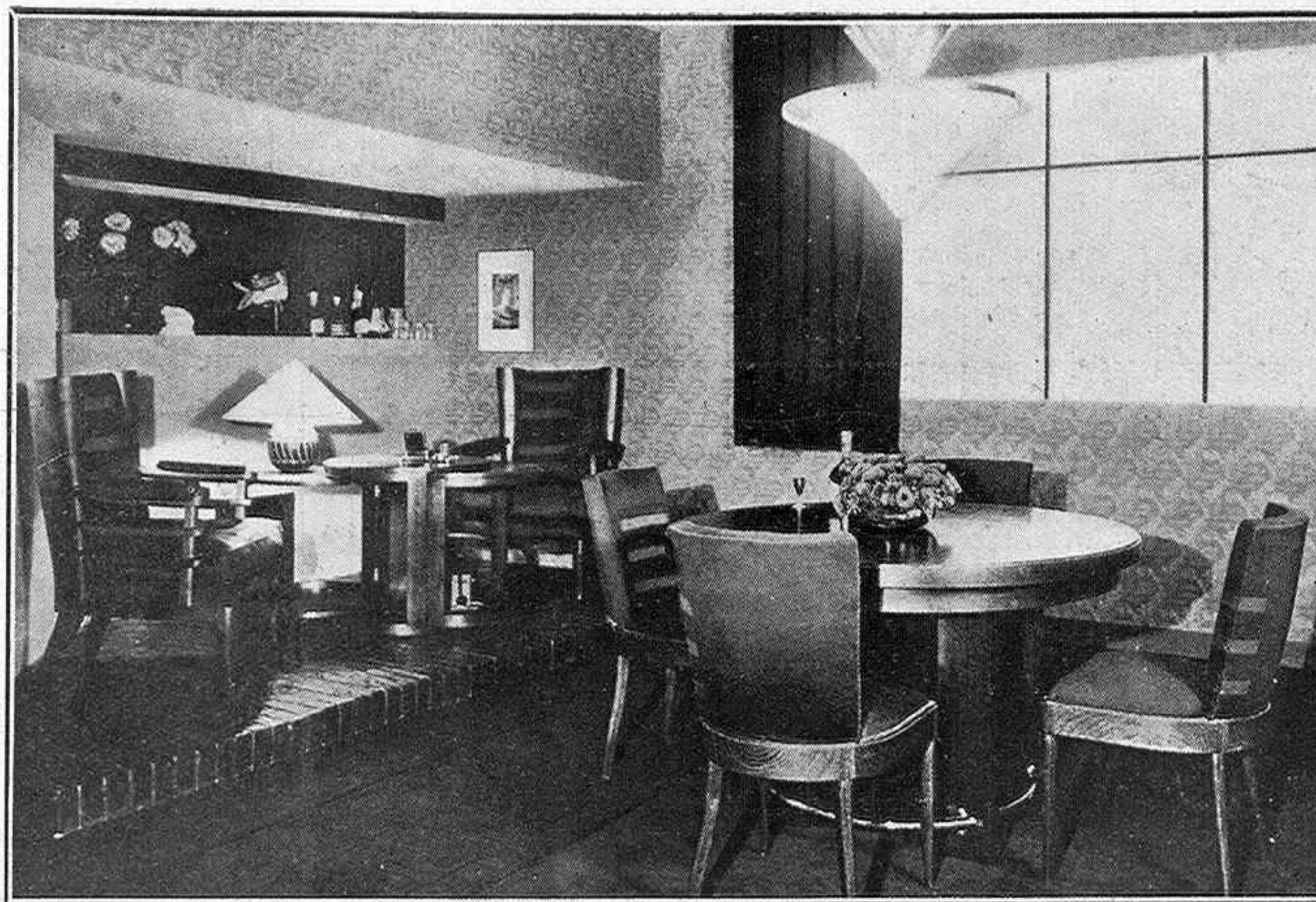
•••••

Chambre d'apparat llama Ruhlmann á su magnífico dormitorio, que, unido al suntuoso cuarto de baño firmado por Roux-Spitz, y en el que están reunidos la piscina, el tocador y el *boudoir*, podría constituir la habitación privada de una reina, en el nuevo palacio ideal.

René Proux nos presenta un «Salón para las damas» que está en perfecta armonía con el espíritu femenino actual: sillones inmensos, muy bajos; mesitas á cincuenta centímetros del suelo; pequeñas bibliotecas transportables, que la lectora puede tener á la mano en previsión de una inconstancia, muy de mujer, en el favor otorgado á los libros; servicios de café; servicios de fumar; ausencia completa de *bibelots* y de mesas de labor; y las flores en sus plantas, rodeando, á manera de pequeño jardín, un surtidor central...

René Herbst y madame Charlotte Perriard exponen, el primero, una sala de juego, y la segunda, un comedor, cuyos muebles—mesas, sillas y sillones—pertenecen al nuevo tipo metálico, con armadura de tubo de aluminio, ó de latón niquelado, y planos ó asientos de cuero tendido ó sostenido por tirantes. En estas habitaciones, los armarios y aparadores están labrados en el espesor de los muros, y se cierran con lunas corredizas. La impresión del conjunto es de confort absoluto y de limpieza insuperable: renunciamiento á toda ostentación de lujo, en favor del bienestar, de la higiene y del sentido práctico.

Maurice Dufrené ofrece, dentro de este mismo orden, un ejemplo que es tal vez lo más interesante del Salón: la «Casa Común», que puede ser un estudio de artista ó una residencia de campo, y que, dada la pequeñez de los pisos, en las habitaciones que ahora se construyen, podría también resolver el problema de la convivencia de la familia sobre una superficie reducida. En la «Casa Común» los tabiques no existen. La planta principal, y en realidad única, un amplio *living-room* distribuido, sólo por la diferencia del decorado y la utilización del mobiliaje, en «rincones»: rincón del trabajo, rincón de la comida, rincón de la charla, rincón del descanso...



«Comedor para una casa de campo», presentado por el «Studium»

so... Sobre el frente del *living-room* se tiende un ancho balcón interior, dividido, por medio de cortinas, en varios camarines, que sirven de alcobas, y á los que da acceso una escalera bajo la cual se abre toda una serie de armarios. Solamente la cocina y el cuarto de baño forman habitaciones aparte. Aquí obtiene, para todos los habitantes de la «Casa Común», el máximum de espacio, de luz y de aire...

Maurice Laffaille, Erric Bagge, Lucie Renaudot, Maurice Mattet y André Fréchet han realizado, igualmente, habitaciones ó conjuntos de gran belleza, de acuerdo con la orientación moderna que suprime todo lo inútil y busca, en el interior de la casa, la fórmula concisa y sana de la vida que al exterior es, por excelencia, deportiva y dinámica.

En todas estas instalaciones la distribución de las luces es objeto de un estudio especial. La del día entra, á raudales, por ventanas que han sido construídas solamente para ese fin, sin tener en cuenta su efecto decorativo en las fachadas... Y la luz artificial no surge ya de los focos obligados de las lámparas: se difunde con auxilio

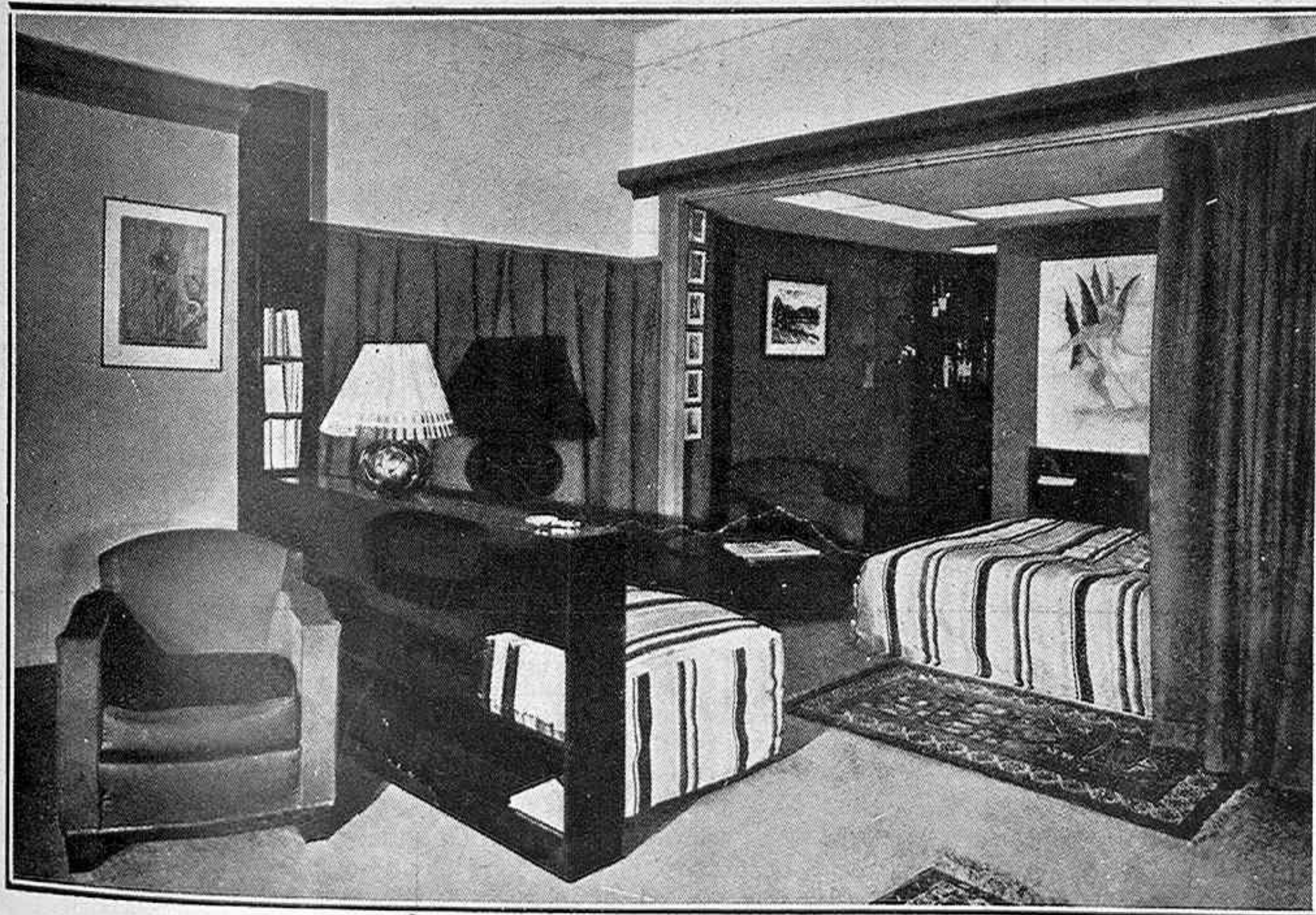
de planos de cristal superpuestos, que forman, en las paredes y en los techos, zonas luminosas, y que de este modo evitan las incidencias y las sombras molestas.

Los papeles de arte ó las telas decorativas cubren los tabiques, sobre los que ya no se ven cuadros; apenas si sobre los muebles subsiste algún mármol, ó alguna porcelana; han desaparecido los biombos, las mesillas auxiliares, los *poufs*; los divanes, los bronceos, los relojes de pared, los cien detalles que antes parecían indispensables en una casa bien puesta y que—ahora lo vemos—no servían para nada; y en el *home* no hay ya nidos de polvo, ni remansos de sombra, ni obstáculos que estorben la circulación... Todo es espacio, claridad, limpieza, utilidad...

•••••

Este concepto del mobiliaje y del decorado, ¿será definitivo ó transitorio?... En el ritmo de la vida moderna, la palabra *definitivo* pierde su verdadera significación... Todo es transitorio, y el tránsito se hace cada vez más breve... En otro tiempo, un estilo duraba un siglo... En nuestra época, diez años son ya un plazo demasiado largo... Por lo demás, lo único que parece definitivo es, precisamente, la desaparición de los estilos... El Renacimiento y el Luis XIII, el Luis XV y el Imperio, lo mismo que el Japonés y el Chino, el Alemán y el Español, son elementos que desaparecen de la existencia activa, para quedar relegados á las salas de los Museos y á las colecciones de los *amateurs*... La casa moderna, que transforma su arquitectura prescindiendo de la belleza exterior de fachadas, en beneficio de la comodidad interior y de las condiciones de salubridad, necesita un ajuar y un decorado que respondan á la misma tendencia... El mueble de esa casa es, por lo tanto, esencialmente práctico, de fácil manejo, de rápida limpieza, y construído de tal modo que ocupe el menor espacio posible, y que todo ese espacio sea utilizado con provecho.

El mismo criterio de exactitud, de sobriedad, de supresión de todo lo que estorba y hace perder tiempo, de todo lo que roba sitio y luz, preside á la disposición de las habitaciones y á su relación entre sí... Tiene el interior nuevo algo de clínica, y se comprende, ya que las condiciones de la existencia exigen, cada vez más, una defensa continua de la salud... Por ello, si las formas y las distribuciones han de cambiar en lo futuro, no es fácil que se modifique, en cambio, una orientación racional, que es, en resumen, la de la vida misma...



«Conjunto para una «garçonnère», presentado por Kohlmann

ANTONIO G. DE LINARES

Elegancias



Vestido de muselina de seda sobre un fondo de un color vivo

(Modelo Vionnet)

EL verano ofrece á la mujer momentos encantadores para lucir su gracia y su belleza; las *toilettes* de la presente estación son muy sugestivas, y to-



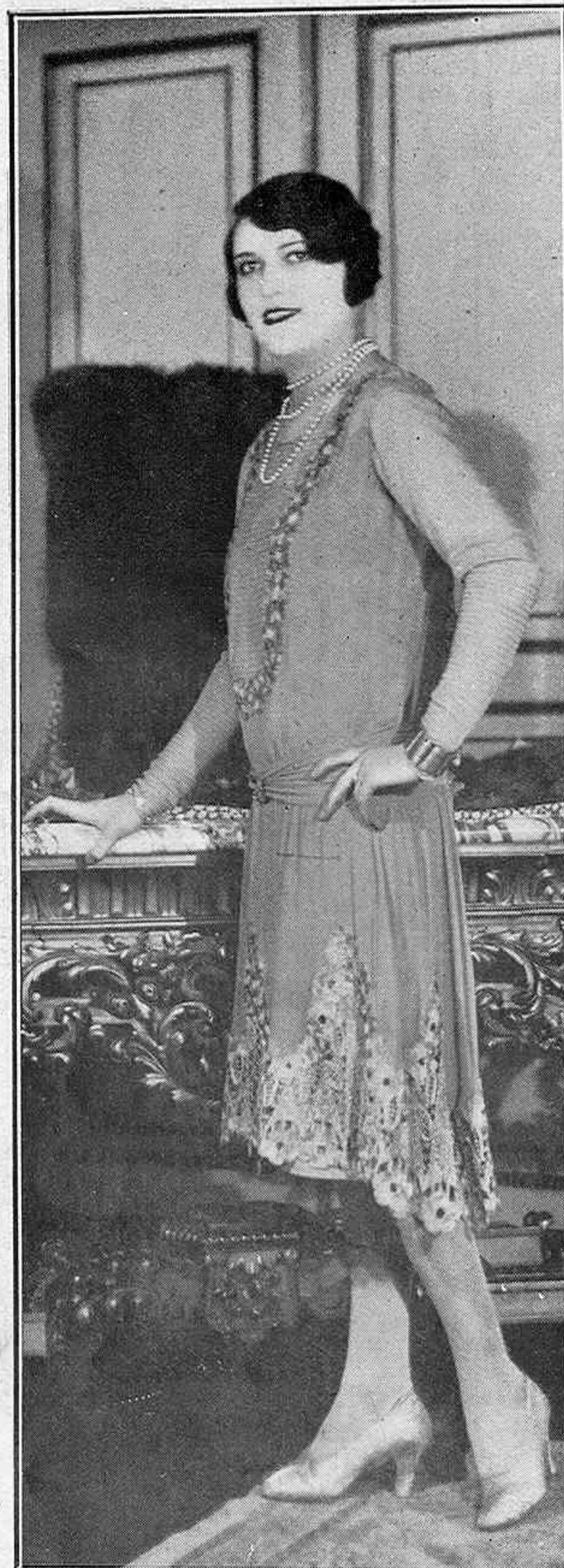
Vestido de «crêpe marocain» azul marino con jersey blanco

(Modelo Bechoff)



Vestido en crepella blanca con una chaquetita en «duvetina beige» oscuro

(Modelos Paquin)



Vestido de tarde en «georgette» color malva, con amplio bordado

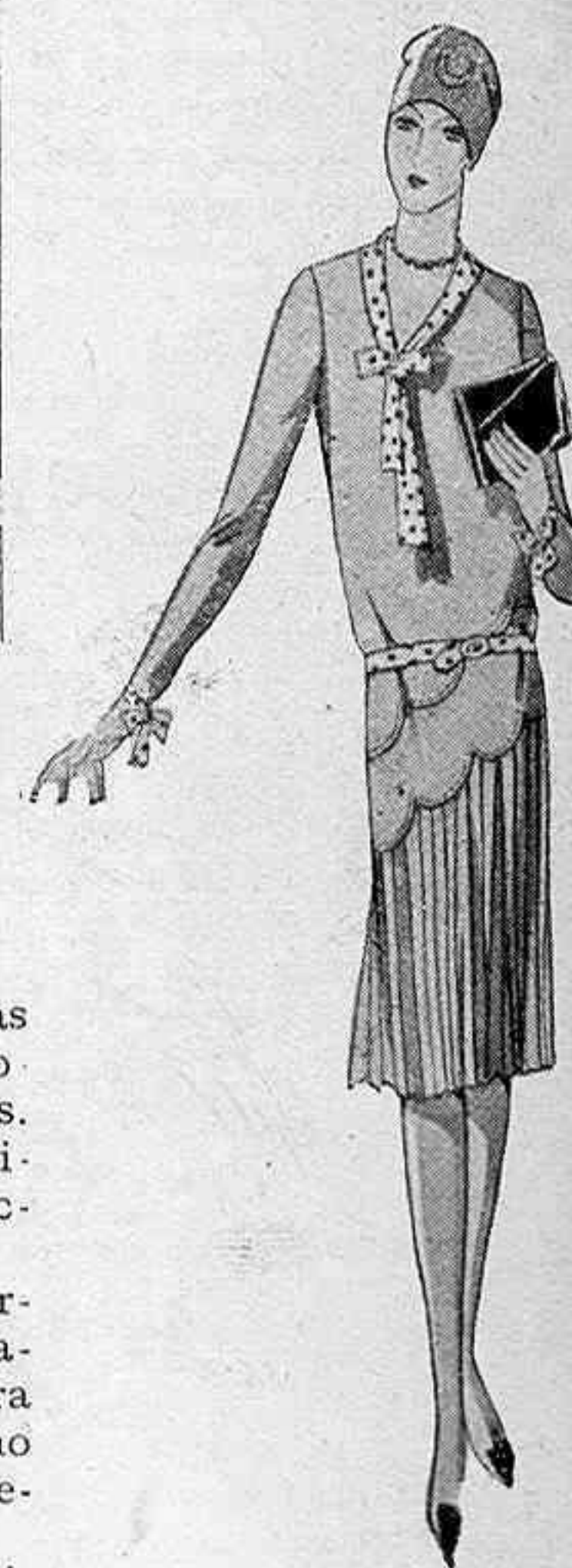
(Fots. Hugelmann)



Vestido de tul de seda estampado, con la falda en tres volantes

(Mod. Eugenne et Juliette)

que la línea recta, que hace siempre muy joven, y muy particularmente en los abrigos, para los que puede decirse que no hay otra línea que esa.



Vestido de «crêpe georgette» con una corbata de seda estampada

(Modelo Molyneux)

das tienden á realzar los encantos femeninos en una forma que no es posible conseguir en invierno.

Telas sutiles como el *georgette*, los tules, las muselinas, se prestan maravillosamente para estas creaciones de los modistos parisienses, en las que no sabemos qué admirar más, si su ligereza y vaporosidad ó la línea sobria y distinguida.

En los vestidos de mañana ó de playa con-



Sombrero de sirol negro (Modelo Marthe Berthon)

feccionados con telas estampadas, se ven volantes y más volantes. Mucho plisado, minúsculos ó anchos, rectos ó diagonales.

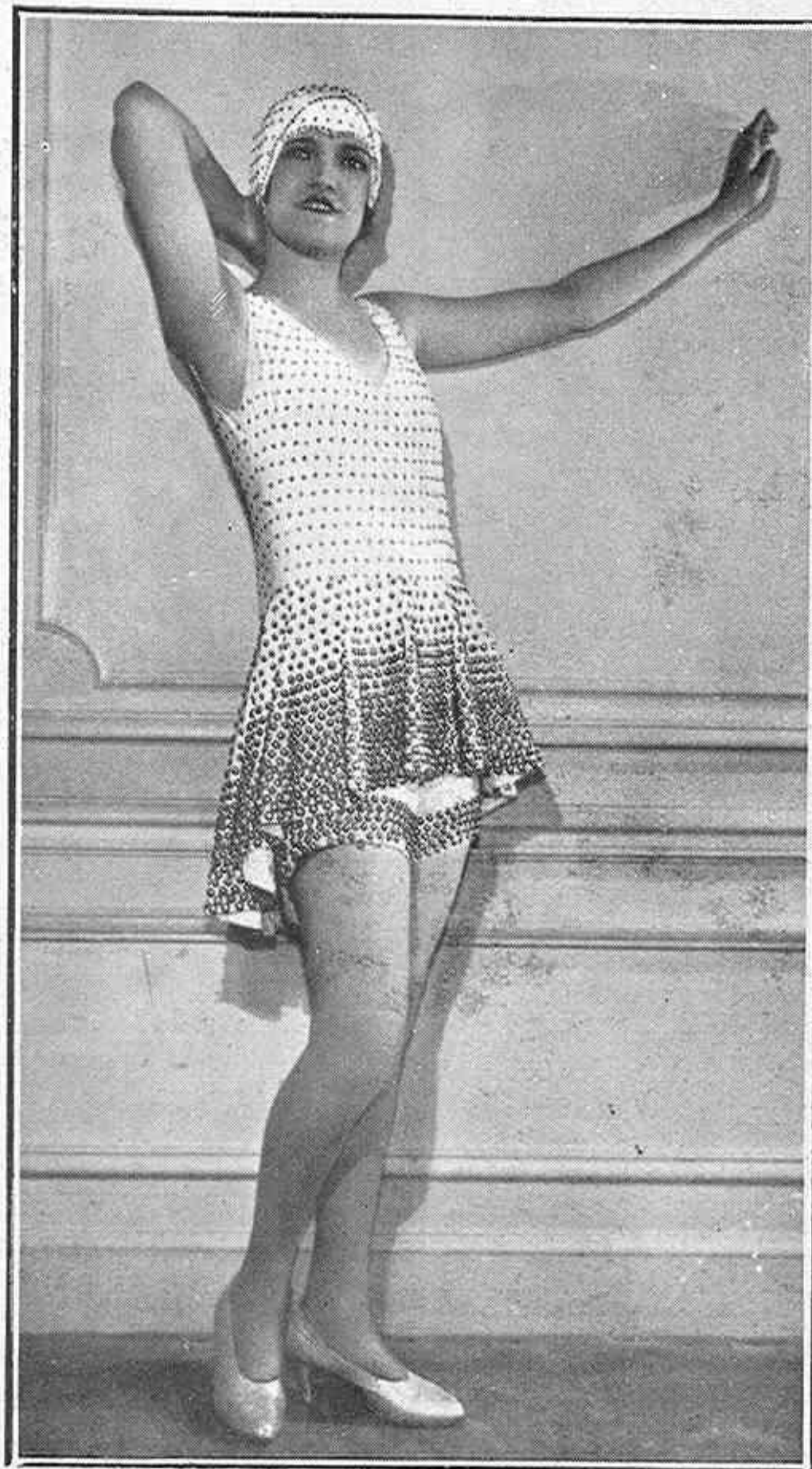
En los trajes de tarde se emplean los drapeados, utilizando para ello el *crispón romano* y el *georgette* preferentemente.

El talle está en su sitio en casi todos los nuevos modelos, y las faldas son un poco más largas. En general, se si-

Los alegres trajes de baño



Traje de baño en «jersey» de lana blanco y rojo
(Modelo Beer)



Traje de baño en «crêpe» de China impermeabilizado,
con bordado de plaquitas doradas

(Modelo Jenny)
(Fots. Hugelmann)



Traje de baño en «jersey» de lana blanca y azul marino
(Modelo Beer)

FÉMINA empieza ya á preocuparse de esa hora magnífica del baño en la playa de moda. Nuestras bellas ciudades del Norte empiezan asimismo á recibir á sus habituales visitantes, y la jornada veraniega ad-

quiere por momentos la animación que la es peculiar. Es maravilloso el espectáculo (siempre el mismo y siempre nuevo) de las bañistas sumergiéndose en las inquietas aguas y jugueteando con las olas que forman, al deshacerse contra la arena, como una inmensa mantilla de encaje.

La enorme extensión de la playa nos produce el mismo efecto que si contemplásemos la rica y luminosa paleta de un pintor levantino.

Aquí y allá, diseminados en abigarrado desorden, brillan los colores en una policromía desbordante.

Son las *toilettes* de baño de las mujeres.

Antaño el color negro era el tono imperante en los *maillots* femeninos; puede decirse que no se llevaba otro tono. Hoy, no; el traje de baño es de colores fuertes, incluso estridentes, pues se adornan con las combinaciones de tonos más opuestos y más vivos.

Mucho se ha hablado en contra del traje de baño actual, y, á nuestro juicio, nada hay de deshonesto en esta tendencia, siempre que la mujer lo lleve con la sola intención de la comodidad.

En realidad, se ven trajes de calle que, si bien son un

poco más largos que los de baño, son infinitamente más atrevidos que éstos.

En los presentes modelos, sujetos á las normas conseguidas á fuerza de severas críticas, está armonizado lo práctico y lo be-

llo; el modelo de Jenny es delicioso de forma y de concepto, y hace una silueta finísima, como se puede apreciar por el maniquí.

Los tejidos impermeabilizados son los más recomendables por su «honestidad», pues el punto tiene el grave defecto de que marca el cuerpo atrevidamente al salir del agua.

El blanco y el rojo y el azul y el blanco combinados ofrecen unos conjuntos sumamente *chic*.

Como salida de baño se llevan unas chaquetas largas hasta la rodilla en tejido de jersey de lana ó de esponja con dibujos grandes de flores ó cuadros.

Se usan poco las capas, siendo, como son, tan bonitas y tan prácticas.

El tocado de baño se inspira en mil tendencias; pero todas coinciden en lo reducido de sus dimensiones.

El *caucho* es material imprescindible para estos gorritos, y los fabricantes han conseguido calidades tan finas que pueden compararse con el más vaporoso *crepón*.

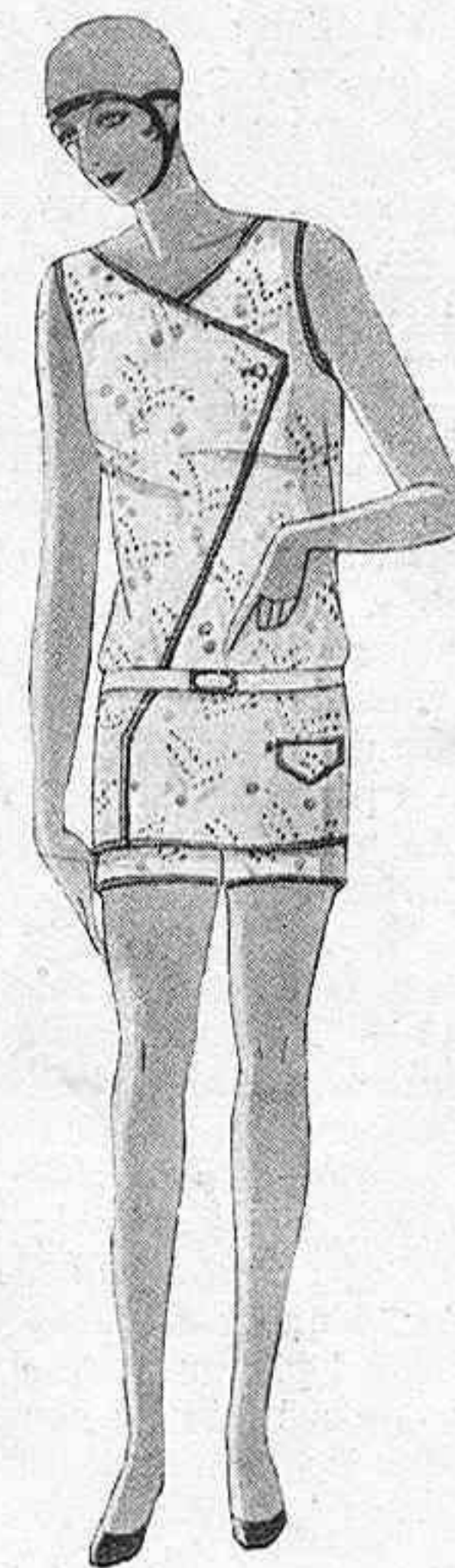
Los zapatos de baño, también de *caucho*, y en los colores luminosos del traje, llevan la suela de *crêpe* ó de esponja recia.



Traje azul marino con salida en blanco y varios azules



Traje de lana blanco con bieses azules



Traje de «crêpe» de China impermeabilizado

CRISTALINA

UN CUADRO INTERESANTE

CUANDO Francisco Goya y Lucientes regresaba á España de Italia, después de haber escapado milagrosamente de la cárcel, y quizá de la muerte, por el proceso escandaloso á que dió lugar raptando á la bella novicia napolitana, que le prendió de amores el mismo día que ingresaba en la casa del Señor, se refugió en Zaragoza, un poco arrepentido y contrito de sus locas aventuras, deseoso de crearse un hogar consuelo de sus amarguras y de descansó para la exaltación de su ánimo aventurero y fantástico.

Fué acogido en la ciudad aragonesa por la amistosa bondad del prior de *Aula Dei*, y con Bayéu trabajó en la decoración del Pilar, disfrutando de la dulzura de este nuevo ambiente, perfumado por el amor sentimental de Teresa Bayéu, hermana de su amigo. Con quien después se casó.

Poco saboreó Goya esta paz tan ansiada por él; disgustos y desavenencias entre los dos cuñados surgieron pronto por la forma y dirección de los trabajos que tenían encomendados, y Goya, molesto con su cuñado y con los canónigos del Pilar, se trasladó á Madrid, aceptando el ofrecimiento que Rafael Mengs le proponía de pintar cartones con destino á la fábrica real de tapices de Santa Bárbara.

Era Rafael Mengs el pintor favorito de la España de 1776. Goya trabajó con afán, y logró, merced á esta influencia, un puesto permanente en la Real Academia de San Fernando, que le permitió desde entonces ser un pintor de nota, aunque no el artista predilecto de la Corte, como había de serlo más tarde en el reinado de Carlos IV.

Esta es la mejor época de la pintura de Goya, la más serena, la más ecuánime, la más clásica quizá; Mengs, obsesionado por las producciones del joven aragonés, consultaba con él todos sus proyectos, y también á él pedía parecer, ayuda y consejo en las decisiones de sus aventuras amorosas.

Goya llegó á conocer el secreto de su protector. Una gran dama palatina mantenía la gloria del pintor entre el marfil un poco amarillento de sus manos; pero Rafael Mengs descuidaba este fuego sagrado que sostenía su gloria de artista y buscaba motivos de emoción entre los dulces halagos de las manolas y el sabroso coloquio de los chisperos.

El capricho de la tirana llegó á hacerse irresistible para Mengs; tenía que hacerse, en un



El «San Francisco» que Goya pintó con destino á la dama enamorada de Mengs

término que no había de pasar de quince días, un San Francisco para su oratorio, y el pintor olvidó la amenaza que aquella súplica llevaba implícita arrastrado por la armoniosa cadencia de las boleras que le enamoraban.

Goya fué siempre leal y bueno con los que verdaderamente eran sus amigos; al saber la decisión de aquella señora, que quería poner coto á las aventuras de su protector, no tuvo inconveniente alguno, en tan corto intervalo de tiempo, en preparar un San Francisco que á Mengs le pareció magnífico y por todos conceptos estimable; pero indigno, desde luego, de aprovecharse él de aquella joya para el regalo de la caprichosa. Pasaron unos días, y algo grave debió ocurrir á Mengs con la dama en cuestión, cuando después de no haber aceptado el ofrecimiento de Goya, recurría á él para la salvación de su compromiso.

Debió conocer la dama la estratagema de su amante, ya que después de un grave escándalo, que hizo eco en toda la corte, Mengs caía de la privanza de tan alta Señora, y el cuadro del joven aragonés desaparecía del oratorio de la linajuda.

Ningún biógrafo de Goya nos habla de esta aventura en la que el pintor de los *Caprichos*

jugó tan importante papel; sólo al enumerar los cuadros religiosos que Goya compusiera, aparece uno de San Francisco sin segura localización.

Hace muy poco tiempo, en una tela obscurecida y un poco deteriorada que había rodado mucho por entre las galerías de los aficionados, aparecía, después de limpia de barniz, un San Francisco, que por la tonalidad roja de la preparación se asemeja en todo á las que Goya se servía y aprovechaba para las carnaciones, y que son, sin duda, además de otros datos, los más seguros indicios para suponer que sea de él este cuadro maravilloso de tamaño natural.

Goya, en este momento de su arte, no muestra la violencia de sus encarnaciones, como en las producciones de sus últimos años; ni notas sombrías, ni aptitudes trágicas, sino la armoniosa serenidad y el colorido magnífico que mostró en la época del retrato de Bayéu, del D. Peral y anterior quizás al retrato de la familia del duque de Osuna.

En este cuadro extrema la nota romántica de sensual intelectualismo, pues aún cuando su imaginación era demasiado emotiva para estar agobiada por la precisión en el detalle, mostró, como en los otros cuadros reli-

giosos recientemente descubiertos en Valladolid, la concepción espiritual de escenas religiosas en una serenidad tan elevada que el secreto del cuadro está en la hierática actitud del penitente, en el tono diáfano de pureza y quietud que le rodea, en la armonía irresistible del Santo en oración que al caer de rodillas, gimiendo sus plegarias en las profundidades cavernosas de su retiro, reverbera por el hueco del sombrío refugio la nota azul de un cielo purísimo como remota esperanza de sus aspiraciones.

No es de extrañar el desconcierto grande que á primera vista produce este cuadro de delicada interpretación, en donde la vida del pintor refleja la serenidad de aquel remanso de paz que iluminó su vida en tan corto reposo, sobre todo para los que sólo saben de aquellos aguafuertes magníficos y eternos que á Goya un día y otro le sirvieron para llenar de desconcierto al público, que apenas comprendía aquellas representaciones tan monstruosamente dislocadas, en las que reflejó, con la fina ironía de su imaginación creadora, la tragedia moral de su época, en una nota aguda y vibrante de emoción eterna.

CONCHA PEÑA



Si nota cansancio

al hacer un viaje o después
de una labor fatigosa, disípelo
en seguida con la pura y
concentrada

Agua de Colonia Añeja

Aspire profundamente el
aroma de una pequeña
cantidad vertida en un
pañuelo, o humedézcase
con él la frente y las sienas.
Úsela también en casa, en
fricciones o mezclada con el
agua del lavabo o del baño.

Frasco, 2,50. - Litro, 15 ptas.
en toda España.

El impuesto del Timbre a cargo del comprador.

PERFUMERÍA GAL. - - MADRID

Algunos de los productos
más recomendados de la
Perfumería Gal.



El JABÓN HENO DE PRAVIA
es el predilecto de la gente "chic".
Pasta neutra, espuma suave,
perfume intenso. Pastilla, 1,25.



La PASTA DENS, crema jabonosa
antiséptica, limpia los dientes
suavemente y perfuma el aliento.
Tubo, 2 pesetas. Pequeño, 1,25.



El PETRÓLEO GAL suprime la
caspa y contiene la caída del pelo,
vigorizando la raíz. Frasco, 2,50.

ESPAÑA MEDIEVAL

El castillo de Escalona

AL doblar un recodo de la carretera, columbramos la ruinoso fortaleza, que se yergue sobre un alcor, oteando la rosa de los vientos con orgulloso ademán de casta.

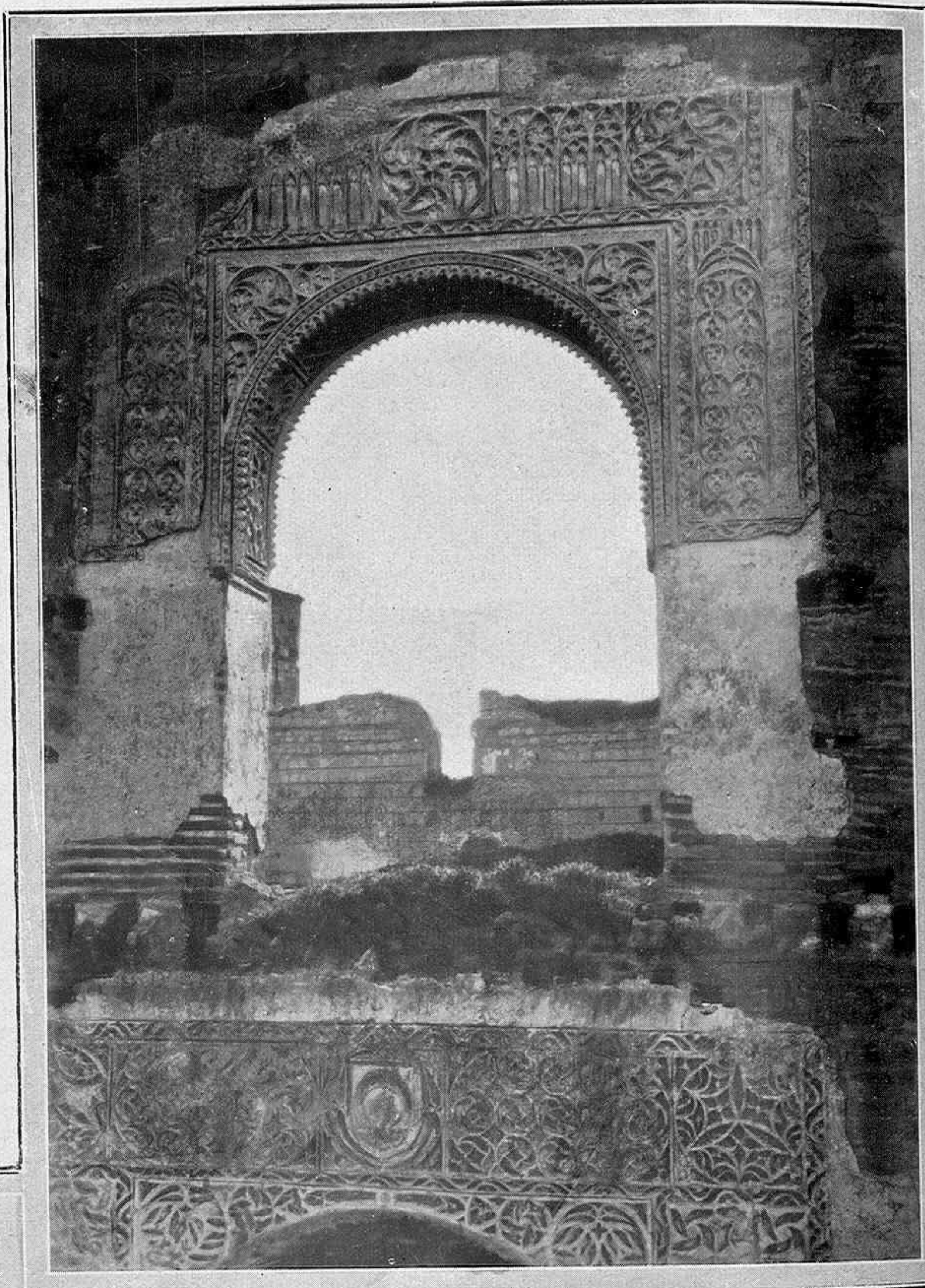
¡Ella cobijó el fuerte y proteico espíritu de D. Alvaro de Luna, gobernante, guerrero, músico y poeta, que supo convertir la Corte en maravilloso centro de cultura, erigiéndose en árbitro de los destinos de Castilla durante luengos años! El Alberche, cristalino y manso, pone en el cálido ambiente una nota lírica.

El gigantesco palacio muestra en sus torreones, murallas y matacanes, medio derruidos, el bárbaro agravio de los hombres. La acción demoledora del tiempo tiene ternuras de caricia. Sobre la torre del homenaje, que en un remoto ayer sostenía el lábaro feudal, se alza, hierática é inmóvil, la inquietante silueta de una cigüeña.

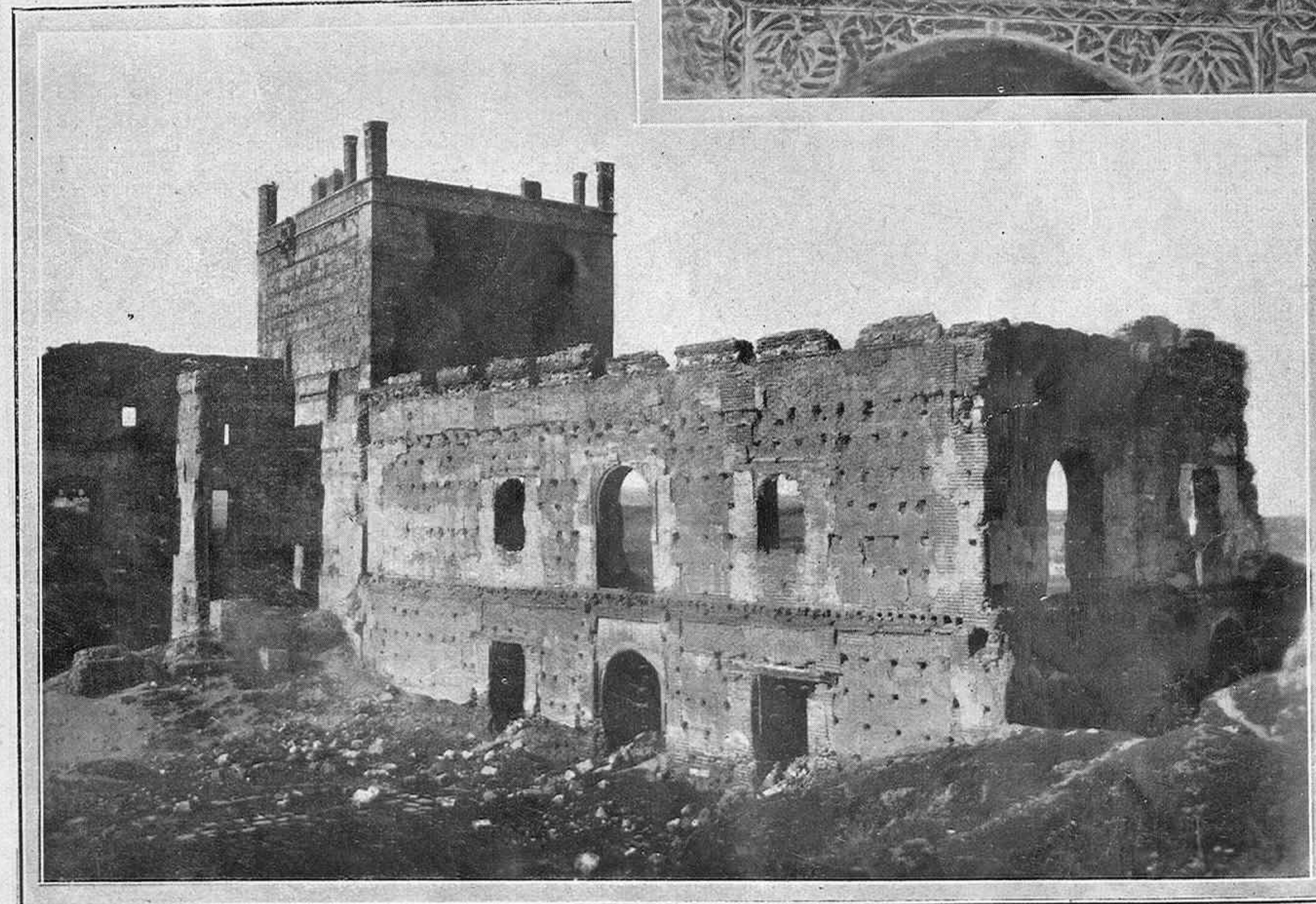
Atravesamos la sala de armas para penetrar en un amplio salón. Sobre las ocráceas ruinas aún florecen finos arcos gótico-mudéjares y frisos árabes casi borrados. Son huellas de pretérita opulencia. El favorito de Don Juan II, que supo absorber la voluntad versátil del monarca con audaz inteligencia, fué un espíritu exquisito, que enmascaró la carroña de su codicia con exteriorizaciones de músico y trovero.

Recorriendo el desmantelado castillo, atravesamos amplio pasadizo, para llegar á una estancia de pequeñas dimensiones, con bello artesanado, que debió ser la capilla. En un plano inferior, sobre extensa planicie, estuvieron los baños. Junto á las piscinas de aguas perfumadas, exaltadoras del sensualismo de Don Alvaro, el espíritu de la especie fué fecundo en bastardos, que más tarde ostentarían con orgulloso tesón el origen prócer... ¡Grande hombre fué el Condestable, que en la España medieval supo reinar sin corona! Tan superior fué á sus enemigos, que ellos hubieron de sacarle del primer destierro, á que le condenaron las intrigas cortesanas. Y su autoritarismo, triunfal, gobernó otra vez los destinos del reino... Porque el rey conoció por su favorito el aroma enervador de la victoria, venciendo al de Granada. Y un nuevo destierro, pedido por los nobles, fué el premio que obtuvo; pero aun proscrito, siguió gobernando.

Tras grandes esfuerzos, llegamos á la torre del homenaje. En nuestro derredor, la vista descansa sobre los que fueron



Florecen finos arcos gótico-mudéjares y frisos árabes, casi borrados...



dominios del señorío de Escalona. En la llanada se vislumbra la mancha gris de Cadalso de los Vidrios, burgo preferido de D. Alvaro, que abandonó para siempre, cuando las llamas del horóscopo, teñidas de sangre, profetizaron que tendría fin de gusano el que voló como águila sobre las miserias mundanas...

F. JIMENEZ ROJAS

El gigantesco palacio muestra sus muros medio derruidos...

(Fot. Pablos)